CARLOS CHORDÁ

El yeti y otros bichos ¡vaya timo!

Colección dirigida por Javier Armentia y editada en colaboración con la Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

Lectulandia

Serpientes marinas gigantes, pulpos con masas calculadas en toneladas, misteriosos marsupiales, hombres de Neandertal y otros homínidos salvajes, perezosos gigantes, monstruos acuáticos, brontosaurios, pterosaurios, mamuts… Un cajón de sastre borgiano donde cabe todo tipo de bichos raros. En 1986, Bernard Heuvelmans, el inventor del término *criptozoología* («estudio de los animales ocultos») puso un poco de orden en el mundo de esos seres «escondidos» y redactó una lista —que sigue creciendo— en la que incluyó a todos los anteriores más otros como el chupacabras, el monstruo del Lago Ness y el abominable hombre de las nieves. Desde luego, nunca tendremos una buena fotografía de ninguno de ellos. Como siempre, las fotos saldrán borrosas por culpa de la humedad de las lentes, o al fotógrafo se le caerá la cámara en medio de un río lleno de hipopótamos, o se la robará un travieso monito…

Lectulandia

Carlos Chordá

El yeti y otros bichos ¡vaya timo!

¡Vaya timo! - 4

ePub r1.0
Colophonius 20.05.15

Título original: *El yeti y otros bichos ¡vaya timo!*
Carlos Chordá, 2007

Editor digital: Colophonius
Escaneo: sirmath
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Deseo proponer a la favorable consideración del lector una doctrina que, me temo, podrá parecer desatinadamente paradójica y subversiva. La doctrina en cuestión es la siguiente: no es deseable creer una proposición cuando no existe fundamento para suponer que sea cierta.

Bertrand Russell

Querido divulgador…

… de lo paranormal, de la «verdad» que está *ahí fuera*; de ese mundo situado *al otro lado* de los límites del saber humano; de ese supuesto universo de avanzados conocimientos científicos, tecnológicos y éticos legados por antiguas civilizaciones; de esa *realidad* que la ciencia no puede ni quiere explicar; de los expedientes confidenciales que, gracias a tus contactos y denodados esfuerzos, eres capaz de conseguir…

Querido apologista de lo paranormal, que con tu buen hacer pronto conseguirás que los gobiernos de las naciones todas, más la NASA, la OTAN, la ONU, la UEFA y demás organizaciones conspiradoras, reconozcan que todo lo que afirmáis tú y tus colegas es nada menos que la verdad absoluta.

Querido anónimo aventurero de lo paranormal, a ti me dirijo y dedico este humilde libro.

También podría dirigir esta carta a ti, paisano Juan José Benítez, que sin mudar la expresión del rostro has afirmado que la humanidad está siendo visitada por 3000 razas distintas de seres extraterrestres, o que has declarado en una entrevista que tus detractores somos agentes de los Servicios de Inteligencia. A ti, a quien Televisión Española, que tanto dinero nos cuesta a quienes pasamos por la caja de Hacienda, te proporcionó un dineral para que viajaras por todos los continentes. Tú, que como resultado de ese viaje de millones de kilómetros de sangre, sudor y lágrimas, nos ofreciste una serie documental, *Planeta encantado*, en la que soltabas, sin rubor alguno, lindezas como que —y son tan sólo un breve muestrario, según sabes— Jesús de Nazaret estuvo en el coliseo romano, a pesar de que fue construido después de su muerte; o que los egipcios no sabían escribir (¿qué carajo son, entonces, sus hermosos jeroglíficos?); o que los astronautas de una de las misiones Apolo filmaron en la Luna una base alienígena en ruinas, película que nos mostraste como auténtica, pero que se realizó por encargo tuyo en unos estudios de animación.

O a ti, Charles Berlitz, que tuviste la feliz idea de trazar en un mapa del Océano Atlántico un triángulo, te aseguraste de que «precisamente ahí» habían desaparecido unos cuantos barcos y aviones —en proporción similar a la del resto de océanos del mundo, considerando el tráfico, las condiciones meteorológicas y su extensión—, adornaste los casos reales con datos y testimonios inexistentes, incluiste en la zona unas cuantas desapariciones ocurridas a miles de kilómetros, inventaste un buen puñado de desapariciones inexplicables, y te forraste con el invento del enigmático Triángulo de las Bermudas.

O a ti, Pedro Amorós, director de la Sociedad Española de Investigaciones Parapsicológicas, SEIP, institución que debe su «prestigio», sobre todo, a los (perdón, las) caras de Bélmez. Con qué seriedad escenificabas tu papel cuando decías: «Hay

que descartar que sean fantasmas, pues no se mueven como ellos», refiriéndote a las figuras humanas captadas en la grabación de un rascacielos madrileño en llamas (¿cómo se mueven los fantasmas?). A ti, que no tienes reparo en mentir asegurando que eres ingeniero informático o asesor del instituto SETI de la NASA (por cierto, ni siquiera te molestaste en comprobar que el SETI no pertenece a la NASA). Debiste cogerle gusto a eso de no decir la verdad: también inventaste que eras asesor de la CNN, de la BBC o de la serie de televisión *Expediente X*…

O a ti, Bruno Cardeñosa, que dices que en la película americana *Tres solteros y un biberón* se ve, sin ningún género de dudas, el fantasma de un niño asesinado tiempo atrás en el apartamento neoyorquino donde se filmó. Aunque si ver fantasmas es algo raro, más raro es que no des el brazo a torcer incluso cuando te dicen que la película no se grabó en Nueva York sino en unos estudios de Toronto, Canadá. Y que la silueta que se veía tras la cortina era una figura promocional de cartón, algo mucho más común que un espíritu atormentado. Claro que este tipo de historias son las que nutren tus artículos en varias publicaciones esotéricas, habitualmente tan absurdos como los argumentos del libro *El código secreto, los misterios de la evolución humana*, en el cual pretendes echar por tierra todos los conocimientos actuales sobre la evolución humana, y donde se evidencia tu nivel de conocimientos en genética, antropología, paleontología, anatomía, estratigrafía y unas cuantas disciplinas más.

O a ti, Enrique de Vicente, director de la revista *Año Cero*, publicación en la que no sólo los artículos, las noticias y los reportajes son de traca, sino que hasta la publicidad podría ser un filón para el programa de humor *El club de la comedia*. ¿Qué me dices del generador de ondas Beta-Alpha-Theta-Delta, con 48 programas, algunos tan impresionantes como los de claridad mental, energización, modificación de la personalidad o pensamiento superior? ¿Qué me dices del poderoso Sello de Salomón, magnetizado especialmente mediante un procedimiento de carga vibracional, y al que se le atribuye fuerza, abundancia, poder, protección y bendición? ¿O del genial Megabrain, que nos permite un aprendizaje acelerado, una relajación autógena o un equilibrio de los chakras, amén de fortalecer el sistema inmunitario o acabar con la adicción a las drogas? ¿Has probado la utilidad de los detectores de Biomasa, o lo que es lo mismo, de fantasmas, tal y como traduce el anunciante? Supongo que sí, dado que tu revista afirma que «investiga sobre la seriedad de sus anunciantes». Como comienzas el editorial del ejemplar que tengo ante mí con un sincero: «Hay meses en los cuales el escéptico que hay en mí…».

O a ti, Eric von Däniken, responsable de la idea de que los grandes logros escultóricos y arquitectónicos de los antiguos no europeos (pirámides, moáis, líneas de Nazca y tantos otros) son obra de extraterrestres. Claro que no dices lo mismo del Partenón o del acueducto de Segovia… ¿Racismo?

Tampoco me olvido de ti, Jaime Maussan, periodista del hermoso país de los mariachis, que desde los estudios de televisión ofreces un variado muestrario de embaucadores ufólogos, astrólogos, videntes, iluminados, abducidos,

quirománticos… Que todavía sacas a colación el sobado asunto de Roswell. Que afirmas que, siendo presidente, Eisenhower estuvo de charla con dos extraterrestres. Que muestras en tu programa la fascinante capacidad lectora de una niña con los ojos vendados (percepción dermoóptica, llamas a eso), capacidad que se esfuma cuando un escéptico interpone una carpeta entre los huecos que deja la venda a los lados de la nariz y el texto que supuestamente lee a través de las yemas de los dedos…

O a ti, Iker Jiménez, quien desde la radio, gracias a tu programa *Milenio 3*, y últimamente también desde la televisión, con *Cuarto milenio*, nos deleitas con absurdos tales como que los astronautas no llegaron a la Luna, pero que una vez allí se encontraron con terribles misterios. Tras una ardua investigación por parte de todo tu equipo diste a conocer el escalofriante caso del cosmonauta Istochnikov, que la Unión Soviética borró supuestamente de la historia (y de las fotografías oficiales) de un plumazo por ser conocedor de los detalles de una misión espacial fracasada. Más aún, añadiste que su familia fue deportada a Siberia y que sus amigos más íntimos fueron silenciados de diversas maneras. Lo que tan profunda investigación no consiguió averiguar fue que Istochnikov es la traducción al ruso del catalán Fontcuberta («fuente cubierta»), apellido del fotógrafo que se incluyó, disfrazado de astronauta, en un montaje de textos, fotografías y vídeos realizado para una instalación realizada en 1997 para la Fundación Telefónica, y expuesta en muchas ciudades. A ti, Iker, que con tu dulzura característica ofendes la más elemental inteligencia mostrando una foto trucada en la que se ven niñas fantasmas en un cementerio; que vives de los contactados, los *poltergeist*, las casas encantadas, los ovnis y los fantasmas; que pretendiste involucrar a planetarios y museos de la ciencia en una alerta ovni sin explicar tu auténtico propósito. Y todo esto sin despeinarte. En una reciente entrevista, decías, muy digno:

> En nuestra sociedad actual, todo vale. La gente se vende o se humilla por cualquier cosa, todo por salir en la tele.

Querido anónimo divulgador de lo paranormal, sabes perfectamente que muchas personas se esfuerzan día a día, desde muy variadas ocupaciones, en descifrar el funcionamiento de la naturaleza, averiguar nuestra historia, mejorar las condiciones de vida de los más desfavorecidos, perfeccionar los tratamientos de los miles de enfermedades a que estamos expuestos, reducir las tensiones entre gentes con distintos credos, educar a nuestros niños y jóvenes, utilizar la razón, en definitiva, para despejar las tinieblas de la ignorancia. Como sabes también que la ignorancia es el camino más corto a la miseria, la pérdida de libertades, la intolerancia y el fanatismo, y a ser víctima del engaño y la manipulación. Tu tarea consiste en tirar en dirección contraria. Lo sé, es una acusación terrible.

No estaría bien que intentaras justificarte con el rollo ése de que eres un perseguido por la ciencia oficial; eso de que tus teorías son tan avanzadas que los

científicos se verían obligados a rechazar sus «dogmas» y que por eso se empeñan en ningunearos. Sabes, o deberías saber, que los científicos no tienen dogmas sino leyes provisionales sometidas a continua revisión y mejora, como la historia de la ciencia se empeña en demostrar. No eres un nuevo Galileo, aquel científico revolucionario que no fue silenciado precisamente por los científicos. Galileos ha habido pocos, mientras que los charlatanes son legión. Lo que pasa es que éstos no acostumbran a pasar a la posteridad, y los pocos que lo hacen suelen servir de ejemplo a evitar.

Si lo que se te ocurre es apelar a la libertad de expresión, mejor no lo hagas. Eso estaría pero que muy mal, pues las libertades se merecen un respeto. De cualquier manera, y por si no lo sabes, existe un concepto abstracto pero imprescindible para, entre otras cosas, tratar de lograr un buen funcionamiento de la sociedad humana. Es la *ética*. ¿Te suena? Pues no sólo hay una ética universal, sino que, además, cada profesión tiene sus normas éticas específicas. Ahí va una selección de las normas del Código Internacional de Ética Periodística, de la UNESCO:

1. El derecho del pueblo a una información verídica. El pueblo y las personas tienen el derecho a recibir una imagen objetiva de la realidad por medio de una información precisa y completa.
2. Adhesión del periodista a la realidad objetiva. La tarea primordial del periodista es servir al derecho a una información verídica y auténtica por la adhesión honesta a la realidad objetiva, situando los hechos en su contexto adecuado.
3. La responsabilidad social del periodista. En el periodismo, la información se comprende como un bien social y no como un simple producto.
4. La integridad profesional del periodista. El papel social del periodista exige que la profesión mantenga un alto nivel de integridad.

Sobran los comentarios.

Debo reconocer, no obstante, que la *criptozoología* (del griego *kryptós*, escondido; *zóon*, animal; y *lógos*, estudio), objeto de este librito, es una de las más inocuas de entre todas las pseudociencias que te empeñas en prestigiar. No es tan dañina como las que forman el grupo de las pseudomedicinas. Con éstas, el paciente, además de dinero, puede perder la vida, lo que por desgracia pasa muy a menudo. No es tan peligrosa para la integridad psicológica como los rituales de adivinación o de contacto con *entes espirituales*. Ni llega a destrozar familias, como las técnicas de hipnosis regresiva, capaces de hacer aflorar falsos recuerdos de abusos sexuales en la infancia. Creer que la criptozoología es una disciplina científica no es especialmente dañino.

Sin embargo, cuando alguien «se informa» de manera habitual en vuestras fuentes, puede llegar en algunas ocasiones a la tragedia personal, incluso debido a algo tan aparentemente inofensivo como la creencia en bichos como el yeti, el chupacabras o el monstruo del lago Ness. Éste fue el caso de Jordi Magraner. Tras 15

años de infructuosa búsqueda del yeti pakistaní, y creyendo estar a punto de lograr el éxito definitivo, se negó a abandonar la remota región montañosa de Chitral incluso cuando se enteró de que los integristas musulmanes lo habían puesto en el punto de mira. A los 35 años, vestido como uno más de la tribu de los kalash, minoría politeísta con la que convivía desde hacía varios años, murió cosido a puñaladas. Según muchos de quienes le conocían, había perdido el juicio.

Para acabar con esta presentación te propongo que disimulemos. Has leído bien, sí. Hagamos como que yo creo que tú crees en las bobadas que pregonas. Tú y yo sabemos que eso no es así. Por desgracia, no podemos decir lo mismo de tu público, ése que habitualmente lee tu revista, o tus libros, o te escucha por su aparato de radio, o ve tu exitoso programa de televisión mientras le miras a los ojos a través de la pantalla con esa cara de buena gente. Tú, en cambio, no puedes creerlo. No porque seas especialmente inteligente. Eso no lo sé, aunque sospecho que sí, lo que a mis ojos te hace todavía más culpable.

Tú, anónimo divulgador de lo paranormal, no puedes creerte semejante sarta de patrañas porque recibes la información en bruto, eliminas de ella todo aquello que pueda resolver el presunto enigma, añades datos falsos, introduces testimonios de encargo y recortas las opiniones de personas sensatas, dejando sólo aquello que te interesa dar a conocer y censurando lo que no conviene.

Y si hace falta, te inventas la noticia, ¿no es cierto? Al fin y al cabo, ¿quién ha dicho que es necesario que un fenómeno exista para ser un buen enigma? ¡Todo sea para que la máquina de fabricar dinero no se detenga! Porque, y yo te lo he oído decir así, como suena, «los enigmas no deben ser desvelados».

1
¿Cómo que Darwin?

«Cuando iba como naturalista a bordo del *Beagle*, buque de la marina real, me sorprendieron mucho ciertos hechos en la distribución de los seres orgánicos que viven en América del Sur…». Así comienza un libro titulado *El origen de las especies por medio de la selección natural*, que no sé si has leído, aunque sospecho que no.

Y con él la biología se hizo mayor

Todo empezó el 22 de diciembre de 1831, fecha en que un navío de nombre *Beagle* partió de la costa británica hacia el continente sudamericano con el objetivo de cartografiar detalladamente su línea de costa. Entre los tripulantes se encontraba, como naturalista sin sueldo, el joven de 22 años Charles Robert Darwin. La travesía fue muy larga, no sólo por su duración (casi cinco años) sino también por su recorrido. Aparte de navegar en torno a las costas sudamericanas, el *Beagle* visitó numerosas islas del Pacífico, entre ellas las Galápagos, cuyas especies endémicas resultaron ser decisivas para el posterior desarrollo de las ideas de Darwin. Además, el navío hizo escala en Nueva Zelanda, Australia, diversas islas del Índico, África, y en las islas atlánticas de Canarias, Azores y Cabo Verde. Darwin, que era un hombre muy observador, aprovechó las circunstancias para fijarse en las formaciones geológicas de las costas a las que arribaban y reunir una gran colección de fósiles y ejemplares de vegetales y animales.

El *Beagle* retornó a Gran Bretaña en 1836, momento a partir del cual Darwin comenzó a madurar sus reflexiones, influenciadas, como no podía ser de otra manera, por las de otros grandes pensadores de su época, como Thomas Malthus, Charles Lyell y, sobre todo, Alfred Russel Wallace. Con este último mantuvo una fructífera correspondencia, dado que estaba llegando de forma independiente a unas conclusiones muy parecidas a las suyas, lo que el propio Darwin reconoció en la primera página de su libro.

En 1859 salió a la luz *El origen de las especies*, que se agotó el primer día que se puso a la venta (hubo que hacer seis ediciones sucesivas) y, lo que es más importante, sacudió los cimientos de la concepción que tenía de sí misma la especie humana. El revuelo formado fue de tal magnitud que hoy, siglo y medio más tarde, todavía no se ha aplacado. El escándalo que en determinados círculos provoca todavía la teoría propuesta por Darwin nos asombra a muchos. Pero ésta es otra historia…

En ese libro Darwin exponía la teoría de la evolución biológica por medio de la selección natural. En esencia, esta teoría sostiene que los distintos ejemplares de cualquier población compiten por su supervivencia. Sólo los que sobreviven hasta alcanzar la madurez sexual pueden llegar a ser los progenitores de la siguiente generación. Y los individuos de la siguiente generación reciben las cualidades presentes en sus progenitores por medio del fenómeno de la transmisión de los caracteres hereditarios, fenómeno que por aquel entonces era de naturaleza desconocida (si hubieras vivido en aquellos años lo habrías calificado como «enigma inquietante», ¿no te parece?, y seguramente habrías aventurado la original hipótesis de que tras él se ocultaban misteriosas energías cósmicas o alguna otra tontería por el estilo).

A lo que íbamos. Como resultado, generación tras generación, el conjunto de los individuos de la especie está mejor adaptado a su forma de vida, y este proceso lento y gradual se manifiesta como la *evolución de las especies*. O lo que es lo mismo, que las especies actuales son descendientes de especies anteriores ya extinguidas. Una de las implicaciones de la teoría de la evolución es que las especies emparentadas tienen antepasados comunes, lo mismo que los hermanos comparten padres; y los primos, abuelos. De esta teoría se desprende, además, que «el hombre viene del mono», una simplificación popular de algo que, sin duda, ha sucedido, lo cual cayó como una bomba.

Todos los biólogos del mundo reconocen, salvo quienes lo niegan por razones religiosas —ajenas, por tanto, a su formación científica (aunque insistan en que hablan desde posturas científicas)— que la biología es absolutamente incomprensible si se niega la teoría de la evolución propuesta por Darwin. Desde luego hoy, tras el tiempo transcurrido desde su proposición, todos, absolutamente todos los datos apuntan hacia su validez, incluso aquellos datos de los que Darwin no pudo tener noticia, como los procedentes de la genética o la biología molecular. Todos los científicos coinciden, en resumidas cuentas, en que el hecho real de la evolución (explicado por la teoría del mismo nombre) es el fundamento de la biología moderna.

Ante todo esto, además de ignorancia, manifiestas indiferencia. Vamos, que ni sabes ni te importa, salvo para arremeter contra la evolución cuando se tercie. Para ti Darwin es una figura muy importante pero por algo completamente distinto: para ti, Darwin debería pasar a la historia como ¡el primer criptozoólogo! Algo que ni él mismo hubiera llegado a imaginar jamás.

Científicos y coleccionistas

En un trabajo incluido en *www.usuarios.lycos.es/criptozoo*, titulado «La orquídea y la esfinge», uno de tus colegas, Germán Fernández, comienza recordando sus tiempos de estudiante. Pero antes debe quedar claro que ser estudiante no asegura aprender, ni

aprender supone necesariamente llegar a saber; conozco a gente muy sabia sin apenas estudios y también, y esto es realmente triste, a gente muy ignorante que va por la vida presumiendo de carrera. En sus tiempos de estudiante, Germán Fernández bromeaba diciendo que «los físicos son científicos; y los biólogos, coleccionistas». Dice que la broma tiene su parte de razón, ya que ciencias como la física y la química son empíricas, es decir, se basan en la experimentación para inferir leyes generales, mientras que la biología o la geología son de carácter descriptivo, por lo que su capacidad de predicción es prácticamente nula. Me sorprende tanto dominio del método científico por su parte, casi tanto como su cita de Popper, cuando dice que, según éste, ciencias como la biología ni siquiera deberían figurar entre las ciencias ya que carecen de la propiedad de la refutabilidad. Es decir, no permiten presentar hipótesis que puedan comprobarse como verdaderas o falsas.

Claro que esto es bastante correcto para las disciplinas que, dentro de la biología, son y seguirán siendo descriptivas, como la zoología o la botánica, pero no para otras como la dinámica de poblaciones, la genética o la biología molecular, que poseen un carácter mucho más predictivo.

Bonita introducción, de cualquier manera, para arrimar el ascua a su sardina. Porque ahora es cuando Germán Fernández pasa a contar cómo, en la época en que la biología y la geología iban de la mano en lo que se conocía como *historia natural*, un naturalista de genio fue capaz de formular una hipótesis o, lo que es lo mismo, una predicción a partir de los datos que conocía, y cómo esa hipótesis se reveló correcta por un descubrimiento posterior. Con todo ello monta una bonita historia sobre el nacimiento de una supuesta «ciencia» revolucionaria: la *criptozoología*.

El enigma de la orquídea

El aristócrata y botánico francés Louis Marie Aubert Aubert Du Petit-Thouars (supongo que Louis para sus amigos) partió al exilio en 1792, época de la Revolución Francesa. Durante varios años viajó por el Índico, visitando especialmente la isla Mauricio y Madagascar. Cuando las cosas se calmaron un poco se atrevió a regresar a Francia y unos años después publicó su *Historia particular de las orquídeas recogidas en las tres islas australes de África, de Francia, de Borbón y de Madagascar*.

Una de las orquídeas citadas en esa obra es la orquídea de Madagascar conocida como estrella de Navidad (*Angraecum sesquipedale* para los botánicos), cuyas hermosas flores blancas tienen un espolón, que es como se llama al tubo que contiene el néctar con el que muchas especies de orquídeas recompensan a los insectos que las polinizan. El espolón de esta orquídea es larguísimo, de unos 30 cm, de modo que el néctar queda a más de 25 cm de distancia de su abertura. Durante muchos años no se supo cómo se producía la polinización de esta planta, ya que no se conocía ningún

insecto que pudiera llegar tan adentro. Y si no alcanza el néctar, ningún insecto va a dedicar su escaso tiempo a esa orquídea; no hay ONG de insectos polinizadores.

Aquí entra en escena Charles Darwin, a quien Fernández califica de «célebre naturalista» (yo diría que fue realmente algo más que un «célebre naturalista»…). A pesar de que el *Beagle* no hizo escala en Madagascar, Darwin tuvo conocimiento de esa extraña orquídea. En *El origen de las especies* se había referido ya a la relación entre las orquídeas y los insectos, pero es en una obra algo posterior, de 1862, centrada exclusivamente en la fertilización de las orquídeas por estos animales, donde propone la hipótesis de que debe existir una especie desconocida de insecto, muy posiblemente una mariposa, con una probóscide o trompa de entre 25 a 28 cm (por cierto, este libro, *Orquídeas e insectos*, será publicado próximamente por Laetoli). Darwin argumentaba que sólo así podía ser fecundada la orquídea estrella de Navidad. Como por aquellos tiempos no se conocía ninguna mariposa con un «aparato» de semejante tamaño, muchos entomólogos ridiculizaron la propuesta de Darwin.

Supongo que ésta es la parte que más os gusta de la historia: Darwin propone la existencia de una especie animal desconocida (más en concreto, una mariposa) y a continuación unos insensatos científicos (mejor todavía, entomólogos: expertos en insectos) *rechazan de plano la idea*. Darwin sugiere la existencia de un animal desconocido para la ciencia: ¡he aquí, por tanto, al primer criptozoólogo! Y como todo buen criptozoólogo, es repudiado por el *establishment* científico… Estupendo, ¿no? Sin embargo, cualquier parecido entre lo que hizo Darwin al proponer la existencia de la enigmática mariposa y lo que hace un criptozoólogo es mera coincidencia, como veremos. Aunque sólo sea porque Darwin acertó en su predicción, mientras que los éxitos de la criptozoología… Bueno, el asunto de los «éxitos» de la criptozoología lo dejaremos para más adelante.

La solución del enigma

Decía que la predicción resultó correcta. Once años después de que Darwin propusiera su hipótesis de la mariposa de larga trompa, su buen amigo Alfred Russel Wallace, que estaba al tanto del asunto, informó de la existencia de varias esfinges tropicales cuyas probóscides eran, si no tan largas como exigía la dichosa orquídea, sí lo suficiente como para sospechar que la idea de Darwin no andaba del todo desencaminada. (Las esfinges son un grupo de mariposas que, por su porte y vuelo, suelen confundirse con los abejorros; las especies más grandes suelen tomarse incluso por colibríes. En ecología se dice que esfinges, abejorros y colibríes ocupan nichos ecológicos similares y que son un ejemplo de evolución convergente. Pero me estoy yendo por las ramas…).

Por fin, en 1903, el inglés Lionel Rothschild y el alemán Karl Jordan encontraron

una subespecie de la mariposa «esfinge de Morgan», *Xanthopan morgani*, que recibió el nombre de *Xanthopan morgani predicta* en recuerdo de la predicción de Darwin. Esta mariposa es un insecto impresionante, con una envergadura de unos 15 cm y una probóscide que llega a alcanzar los 30.

Años después la historia se repite: tras el descubrimiento de otra orquídea malgache del mismo género, con un espolón todavía más largo, el entomólogo Gene Kritsky ha aventurado la existencia de una mariposa con una trompa que debería alcanzar los 40 cm. Todavía no se ha encontrado. Aunque cuando se logre —si evitamos que se extingan tanto la orquídea como la esfinge, lo que posiblemente esté al llegar—, algo me dice que no será gracias a un criptozoólogo, seguramente porque estará tomando fotos a algún misterioso brontosauro selvático. (Como es habitual, las fotos saldrán borrosas por culpa de la humedad de las lentes, o se le caerá la cámara en medio de un profundo río lleno de hipopótamos, o se la robará un travieso monito…).

Los animales desconocidos

Seamos justos. A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. El primer criptozoólogo no fue Darwin sino el belga Bernard Heuvelmans, zoólogo de formación, quien acuñó el término *criptozoología* en *Sur la piste des bêtes ignorées (Tras la pista de los animales desconocidos)*, libro traducido a varios idiomas y del que se ha vendido más de un millón de ejemplares. En él, Heuvelmans plantea un método para rastrear, localizar e identificar los animales desconocidos e ignorados por la ciencia, y propone que esta disciplina, la *criptozoología*, sea reconocida como una categoría científica más. Así que no debemos negarle el honor: Heuvelmans es el primero de la gloriosa estirpe de los criptozoólogos.

Tan en serio se tomó este señor el estudio del yeti, el monstruo del lago Ness, el chupacabras y otros enigmáticos bichos, a los que bautizó como *críptidos*, que en 1982 creó la Sociedad Internacional de Criptozoología (*www.internationalsocietyofcryptozoology.org*), de la que fue presidente hasta 2001, año de su muerte. Esta sociedad, cuya sede está en el corazón de Estados Unidos (en Tucson, Arizona) cuenta en la actualidad con más de un millar de socios. De ellos, unos 100 son miembros activos, lo que significa que participan en expediciones a recónditos lugares donde aseguran que van a encontrar, tarde o temprano, las pruebas incontestables con las que callar la boca a tanto escéptico de mente estrecha. Mientras tanto, unos cuantos seguimos esperando a que nos traigan un yeti metido en una jaula…

En 1986, Heuvelmans puso un poco de orden en el fascinante mundo de los seres desconocidos elaborando una lista, que sigue creciendo, en la que incluyó serpientes marinas gigantes, cetáceos, pulpos con masas estimadas en toneladas, misteriosos

marsupiales, hombres de Neandertal y otros homínidos salvajes, perezosos gigantes, monstruos acuáticos, brontosauros, pterosauros, mamuts… Vamos, un cajón de sastre donde cabe todo tipo de bicho raro. Con una condición: que sea grande, muy grande. No vale la pena perder el tiempo con menudencias como insectos, arañas, gusanos o anfibios. Eso, para los zoólogos de verdad, que son una panda de aburridos.

Por cierto, el símbolo de la Sociedad Internacional de Criptozoología es un hermoso animal ¡que existe! Existe de verdad. Es el okapi, un mamífero emparentado con las jirafas, aunque a simple vista cualquiera lo confundiría con un equino. Vive en las densas selvas centroafricanas y es de carácter esquivo, lo que, a pesar de su tamaño (más de metro y medio hasta la cruz) hizo que no fuera descubierto hasta 1900: *descubierto* por los científicos occidentales, claro está, pues los nativos lo conocían desde siempre. El testimonio de los habitantes del lugar es un detalle que suele ser recalcado por los criptozoólogos, pues lo usan como prueba de la existencia de bichos como el brontosauro centroafricano y otros críptidos. Seres de carácter parasitario (los criptozoólogos, quiero decir), pues se empeñan en atribuirse el mérito del descubrimiento del okapi. Uno más en una extensa lista de «éxitos».

2
Una historia plagada de «éxitos»

Empezamos bien la historia de la criptozoología. Desde luego, hace falta mucho rostro para afirmar que la mariposa esfinge de Morgan es una especie animal dada a conocer a la comunidad científica por parte de algún criptozoólogo. Entre otras cosas, porque no es el estilo de «investigadores» como vosotros. No soléis dedicar vuestro precioso tiempo a nimiedades del tamaño de los insectos, salvo que esos insectos sean realmente grandes… ¡por ejemplo del tamaño de una persona! Entonces no os importa ir a la búsqueda de una polilla, ¿verdad?

El simbólico okapi

El okapi es un rumiante de la familia de los jiráfidos cuyo nombre científico es *Okapia johnstoni*. A pesar de su tamaño, similar al de los caballos, no es un animal con el que uno pueda toparse fácilmente, más que nada porque tiene la costumbre de vivir en lo más espeso de las selvas congoleñas, donde no es sencillo aventurarse. Salvo que tus conocimientos sobre los bosques lluviosos africanos los hayas adquirido en las películas del cinematográfico Tarzán, el simpático «hombre mono» tantas veces interpretado por Johnny Weissmüller. Pero en esas películas los escenarios tienen poco que ver con la realidad: en las tupidas selvas africanas no suelen encontrarse elefantes o leones, mamíferos más propios de la sabana.

De hecho, la mayor parte de los bosques centroafricanos son realmente difíciles de atravesar incluso por los más expertos, como puede atestiguarlo J. Michael Fay, protagonista de una expedición denominada Megatransect. En esta insólita aventura de exploración, Fay recorrió, acompañado por un reducido grupo de apoyo, 3200 kilómetros a lo largo de los bosques del Congo y Gabón, evitando ciudades y aldeas, en una caminata que comenzó el 20 de septiembre de 1999 y finalizó, a orillas del Atlántico, el 18 de diciembre de 2000. A pie, única manera de adentrarse en semejante terreno. Si lees los números de octubre de 2000 y marzo y agosto de 2001 de la edición española de *National Geographic*, verás las dificultades a las que tuvo que enfrentarse el loco de Fay. Lo dicho: un territorio muy inhóspito, en su mayor parte nunca pisado por el ser humano (los animales no huían ante su presencia).

Te decía que el okapi es un animal difícil de ver debido a las peculiaridades de su hábitat. Su comportamiento tampoco ayuda a tropezarse con uno de ellos: además de ser de naturaleza huidiza, tiene un oído finísimo, capaz de captar débiles sonidos a más de dos kilómetros. Por si esto fuera poco, y salvo en época de celo, cuando los

instintos exaltados les obligan a *chillar* de vez en cuando, no se comunican mediante sonidos.

Así que no es de extrañar que durante mucho tiempo sólo los nativos supieran de su existencia. Fueron conocidos en Occidente gracias al famoso explorador Henry Morton Stanley, quien ha pasado a la historia por aquel saludo famoso: «¿El doctor Livingstone, supongo?». En 1890, Stanley publicó el libro *El África tenebrosa*, donde contaba cómo en 1883 los pigmeos de la selva del Congo belga le hablaron de un misterioso animal. Harry Johnston, a la sazón gobernador de Uganda, decidió que había que encontrarlo. Tras rescatar de la Exposición Universal de París de 1900 a un grupo de pigmeos exhibidos como monos en un zoo, los condujo de regreso al Congo Belga, donde fue recompensado por ellos con pieles del animal. Al estudiarlas, se llegó a la conclusión de que el okapi era una especie de cebra (aún hoy hay quien lo llama erróneamente *cebra selvática*) y se le dio el nombre de *Equus johnstoni*. Los primeros ejemplares vivos llegaron a Europa en 1918.

Y ahora, dime, por favor: ¿dónde están los criptozoólogos en toda esta historia? ¿Lo era el periodista Stanley? ¿O quizá el gobernador Johnston? ¿O le endosamos el título de licenciado en criptozoología a alguno de los pigmeos? ¡Pobre okapi! Un animal tan hermoso convertido en la marca de una asociación formada por unos cuantos embusteros y otros tantos ingenuos, símbolo de la desfachatez y la ignorancia.

El coela… ¿qué? o ¡vaya metedura de pata!

Detengámonos en uno de los últimos e impresionantes éxitos de esta ciencia de vanguardia. Se trata del caso de un curioso pez llamado celacanto. Además de por otras peculiaridades, es curioso porque forma parte de la subclase de los crosopterigios, antiguo grupo de peces de esqueleto óseo considerados precursores de los tetrápodos. Sí, *tetra podos*, cuatro patas: los clásicos anfibios, reptiles, aves y mamíferos. Ahora que, para curioso, el asunto de su descubrimiento.

El 19 de abril de 2002, la agencia informativa EFE ofrecía a los medios la noticia del descubrimiento de un extraño pez que se creía extinguido desde hacía muchos millones de años. El teletipo rezaba textualmente:

> El coelacanth, un predador marino que se pensaba había desaparecido hace 70 millones de años, ha emergido vivo y coleando en aguas de la costa este de Sudáfrica.

En el número de junio de ese año de la revista *Más Allá*, dirigida por Javier Sierra, y bajo el titular «Peces de 280 millones de años», podemos leer la siguiente

noticia:

> En la localidad sudafricana de Sodwana Bay, en la costa este del país, han localizado una colonia de coelacantes, peces de 280 millones de años de antigüedad que se creían extinguidos hacía 70 millones de años.

Esta vez hay disculpa. Al fin y al cabo, la revista no hizo sino reproducir el teletipo recibido de la agencia. Claro que conviene no tragarse directamente todo lo que proviene de las agencias informativas, capaces de confundir, aunque a muchos nos cueste creerlo, la astronomía con la astrología. Para la posteridad queda un titular enviado por EFE, repetido en casi todos los periódicos sin que los correctores fueran capaces de pillar el gazapo: «Astrólogos húngaros descubren un nuevo planeta fuera del sistema solar». Ya sé que para ti astrólogos y astrónomos vienen a ser la misma cosa, pero no es así: la astronomía estudia los astros utilizando el método científico, mientras que la astrología afirma que nuestras vidas son regidas por ellos según su posición en el instante del nacimiento, así que en poco se parecen astrólogos y astrónomos, aunque suenen tan parecido como la gimnasia y la magnesia. Que yo sepa, lo único que han descubierto los astrólogos es cómo vaciar la cartera de los crédulos. Dudo mucho, incluso, de que sean capaces de localizar en el cielo nocturno las constelaciones del zodiaco. Otra vez me voy por las ramas…

Te decía que hay disculpa para ese artículo, pero, pensándolo mejor, creo que no. Porque en el mismo número de *Más Allá*, en esa misma publicación que tantas veces pone en solfa la labor de la ciencia, aparece la foto de los autores de un libro sobre criptozoología posando en el interior del Museo de Ciencias Naturales de Tenerife. Qué osados representantes de la criptozoología, esa rama del saber denostada por la «dogmática ciencia oficial»… Y en un museo de ciencias, ¡en la guarida del enemigo! ¿A qué viene todo esto? Viene a que en esa foto los dos autores posan delante de un hermoso ejemplar disecado de… celacanto. El mismo pez protagonista de la noticia de EFE.

Durante la fase de corrección de este libro, el segundo canal de Televisión Española emitió una película, de la que debo admitir que desconocía su existencia, dirigida por Antonio Momplet y protagonizada, ni más ni menos, que por la fantástica pareja formada por Conchita Velasco y Tony Leblanc. El argumento gira sobre el descubrimiento, en una conservera de pescado, de un antiquísimo pez. Su título, pásmate: *Julia y el celacanto*. Por cierto, es una película rodada ¡en 1960!

¿Cómo es posible? ¿Se trata acaso de un fenómeno paranormal? Pues no. Como suele suceder, la explicación de tan apasionante enigma es mucho más prosaica. De hecho, entre los libros que conservo de mi paso por la facultad de Biología (de lo cual hace ya demasiado tiempo) hay un tomo de zoología donde se cita al celacanto:

> No se ha encontrado ningún celacanto fósil posterior al Mesozoico y hasta

> 1939 se creyó que los actinistios, incluidos los celacantinos, se habían extinguido hacía 50 millones de años; pero en ese año se extrajo un individuo vivo frente a la costa oriental sudafricana, que se describió con el nombre de *Latimeria chalumnae*; se le capturó a unos 60 metros de profundidad, medía 1,5 metros de longitud y tenía 50 kilogramos de peso. Su color era azul de acero.

Parece que la agencia EFE no siempre muestra la diligencia necesaria: la noticia (que evidentemente desde hacía tiempo ya no lo era) llevaba un retraso de 63 añitos. Se podía haber reducido el error si se hubieran referido al descubrimiento de una segunda especie de celacanto, *Latimeria meadoensis*, esta vez cerca de las costas indonesias, sucedido en 1998 (*sólo* cuatro años antes de la noticia de EFE) y de cuyo hallazgo fue autor un biólogo marino. Una vez más, ni rastro de criptozoólogos en ninguno de los casos; de otro modo lo habrías sabido de inmediato gracias a esas publicaciones tan estupendas donde en todos los números se informa de los últimos avances en criptozoología.

Los minúsculos habitantes de Flores

Desde hace tiempo se pensaba (mejor dicho: los pérfidos científicos pensaban) que, tras la extinción hace unos 30.000 años del *Homo neanderthalensis*, los famosos neandertales, nuestra especie era la única representante de la familia de los homínidos sobre el planeta Tierra. Te alegrará saber que esos científicos estaban tal vez equivocados.

En septiembre de 2003, investigadores indonesios y australianos llevaban excavados unos seis metros en el suelo de la cueva de Liang Bua, en la isla de Flores, Indonesia. Faltaban pocos días para el final de la campaña, de tres meses según las previsiones iniciales, cuando apareció una astilla de hueso. Después fueron saliendo a la luz parte de un cráneo, una mandíbula, una pelvis y una pierna con los huesos todavía unidos entre sí.

«Al principio creímos que se trataba de un niño de unos tres años», afirmaron los autores del hallazgo. Un examen más minucioso reveló que los huesos eran propios de un adulto: una mujer adulta de un metro de altura. No es sorprendente que lo bautizaran con el nombre de Hobbit.

Continuaron con la excavación y desenterraron otros restos de adultos de tamaños similares. Eso permitió descartar que Hobbit fuera un adulto afectado por desnutrición o alguna enfermedad. Habían descubierto nada menos que una nueva especie de humanos: el *Homo floresiensis* (en realidad, no todos los científicos están de acuerdo con esta conclusión, y algunos sostienen que se trata de hombres modernos aquejados de microcefalia; cuando escribo estas líneas, el debate sigue

abierto. Lo repito: *debate*, en esa ciencia que os resulta tan «dogmática»…).

Uno de los aspectos más llamativos del caso es la edad de estos fósiles. Tan pronto como dataron los restos de Hobbit con las técnicas del carbono 14 y de luminiscencia se reveló que su muerte se había producido hace *sólo* 18.000 años. En 2004 se había determinado la antigüedad de otros seis individuos, entre 13.000 y 95.000 años. Hubo una época, por tanto, en la que vivían tres especies diferentes de seres humanos.

El descubrimiento era realmente excepcional, como señalaron Eudald Carbonell y José María Bermúdez de Castro, codirectores de las excavaciones de Atapuerca. Y lo era, por supuesto, por haber coincidido en el tiempo con los humanos modernos hasta fechas relativamente muy recientes. Era excepcional, además, por lo reducido de su talla y peso (tan sólo unos 25 kilos) y también por el escaso volumen de su cerebro. Con sus apenas 380 centímetros cúbicos de capacidad craneal, menos de un tercio de la de los humanos actuales, es la especie del género *Homo* con el cerebro más pequeño.

Por si faltara poco, las características craneales de estos diminutos seres humanos, lejos de parecerse a las de los fósiles de *Homo erectus* desenterrados en otros yacimientos del este asiático, son semejantes a las de otros *erectus* más antiguos y pequeños, como el hombre de Dmanisi, de hace casi dos millones de años, hallado en Georgia, Asia Central, e incluso a los australopitecos africanos de más de tres millones de años.

Esto, sin embargo, no les impidió disponer de una tecnología relativamente avanzada, como demuestra la existencia de restos de hogueras, huesos carbonizados y miles de herramientas líticas, junto con el revelador detalle de que en aquella época posiblemente no había rastro de *Homo sapiens* en la isla. Es muy probable que floresienses y representantes de nuestra especie no tuvieran conocimiento unos de otros ya que, a la espera de nuevas excavaciones, los más antiguos restos de *sapiens* hallados en Flores son de hace 11.000 años. Y algo me dice que, de haber coincidido, los grandullones habrían terminado rápidamente con los pequeñitos…

Los antepasados *erectus* de los hombres de Flores eran seguramente más altos; llegaron a la isla por algún medio y allí quedaron aislados. El enanismo es frecuente en grandes mamíferos que quedan confinados en ambientes insulares, tanto por la ausencia de depredadores como por la escasez de recursos: es más fácil alimentar un cuerpo pequeño. De hecho, la isla de Flores ha sido el hábitat del elefante enano.

Todos los investigadores coinciden en que faltan muchas piezas del apasionante rompecabezas de la evolución humana. El descubrimiento del *Homo floresiensis* ha supuesto un importante revulsivo. «Queda mucho por hacer, muchos lugares por explorar; es posible que haya especies parecidas en entornos insulares», afirma Carbonell. Y su colega Bermúdez de Castro añade: «Puede aparecer cualquier cosa en cualquier sitio».

Estos comentarios fueron, sin que ellos lo pretendieran, la guinda del pastel con el

que celebrar el último gran «éxito» de la criptozoología. De hecho, en cuanto el hombre de Flores salió a la luz, Henry Gee proclamó las «profundas implicaciones para la criptozoología» que suponía el hallazgo, y nos recordó «la existencia de misteriosos homúnculos selváticos en Indonesia, que los criptozoólogos llevan discutiendo casi 50 años». Para vergüenza de *Nature* —y no es la primera metedura de pata de esa revista; recordemos el artículo sobre la memoria del agua firmado por un homeópata— queda la afirmación de Gee, responsable de paleontología de la revista, de que la criptozoología podía ya reivindicar la búsqueda de humanoides fabulosos:

> El hecho de que *Homo floresiensis* sobreviviese hasta una época tan reciente, en términos geológicos, presta más credibilidad a las historias sobre otras míticas criaturas de apariencia humana como el yeti.

¡Vivir para ver!

Podrían ser todavía más

En *www.usuarios.lycos.es/criptozoo*, donde se glosan las bondades de la criptozoología, aparece un apartado titulado de la siguiente manera: «Algunos éxitos de la criptozoología». Para más inri, al final de la lista se dice que suponen «una cura de humildad para la comunidad científica», aunque resulta que son humildes científicos (casi todos, zoólogos) los responsables de esos éxitos…

Después del okapi, el primero citado, vienen unos cuantos más, como el tapir andino, descubierto en 1829. O el ave de Peter Mundy, un pájaro algo mayor que el estornino y del que se cuenta que, desde que Mr. Mundy lo observó y dibujó en 1656 en la isla Ascensión, nadie más lo ha vuelto a ver, quizá porque se ha extinguido a causa de la introducción de ratas en la isla. Otras muescas en la canana de la criptozoología se atribuyen al descubrimiento del hiloquero, un cerdo salvaje conocido antes por los pigmeos; al varano del Yemen, lagarto de más de un metro nunca visto en la península arábiga hasta que en 1987 se rodó un documental sobre la naturaleza local; al mangabey de montaña, monito catalogado en 2004 como una nueva especie; al guepardo real, que no es sino una variante recesiva del guepardo común (así que nada nuevo hay en el mundo de los guepardos); o a otro félido, la onza, que quizá sea una subespecie del puma, así que tampoco parece haber nada nuevo en el mundo de los pumas…

En esto de los éxitos criptozoológicos hay algo que no me cuadra. Son éxitos, de acuerdo, pero ¿de quién? Porque, una vez más, ¿dónde están los avezados criptozoólogos en todas estas historias? Ni siquiera se habla de ellos en vuestras

webs, salvo que se suponga que el tanto se lo tiene que apuntar la criptozoología, sin más (buen truco: hablar de criptozoología, genéricamente, para no tener que nombrar a esos criptozoólogos que nunca están en el escenario del descubrimiento), siempre que los nativos conocieran al animal en cuestión antes que los científicos. Pero el mérito, en todo caso, debería ir a parar a los nativos, ¿no? Me parece también que os parece que el mérito es de la criptozoología cuando hay un debate entre los zoólogos sobre si el animal en cuestión es especie o subespecie, cosa que en muchos casos no es fácil de delimitar. Pero ahí tampoco me imagino a los tuyos haciendo, pongamos por caso, análisis genéticos para tratar de resolver la cuestión…

Tampoco me cuadra la introducción a la lista de éxitos de la citada *web*. Me refiero a esa frase sobre que «varios importantes descubrimientos han sido predichos criptozoológicamente», como la mariposa esfinge que ya conocemos, el pavo real del Congo, el reptil *Gymnophtalmus cryptus*, el lémur dorado del bambú y el sifaka de Tattesal (un lindo monito). Claro que tampoco en estos gloriosos descubrimientos aparecen los criptozoólogos por ninguna parte. Me pregunto si el término *criptozoólogo* no querrá decir *zoólogo escondido*, y por eso nunca se les ve…

Me vas a permitir que dude de que esos animales «han sido predichos criptozoológicamente». Usa el sentido común y fíjate en las actuales «predicciones criptozoológicas»: hombres de las nieves, dinosaurios, plesiosauros y pterodáctilos, chupacabras, hombres lobo, hombres pez, hombres polilla… Nada de pájaros (pequeños), nada de monos (pequeños), nada de polillas (pequeñas)…

Por cierto, si en estos descubrimientos ha habido predicción criptozoológica (a mí me parece que no, ya ves tú), ¿qué papel ha desempeñado la criptozoología en los otros, en aquellos en los que no ha habido predicción?

Podrían ser todavía más. Continuamente se descubren nuevas especies animales. Si no están en vuestra lista quizá sea porque no os ponéis al día leyendo los periódicos. Aquí tienes algunos titulares de los últimos meses: «Nuevo carnívoro en la selva de Borneo», «La expedición española al Luba halla seis nuevas especies», «Un grupo de científicos descubre un nuevo mundo submarino en el Caribe», «Descubierta área inexplorada con nuevas especies en Indonesia», «Nuevo crustáceo cubierto de pelo», «El CSIC halla en los Andes siete nuevas especies de ranas»…

Ya hay más… Y si estáis atentos, veréis que la lista seguirá aumentando. Los cálculos más audaces dicen que faltan millones de especies por catalogar (la mayoría, eso sí, de individuos pequeñitos), sobre todo en los puntos calientes de biodiversidad, 25 lugares repartidos por todo el planeta que suman más de dos millones de kilómetros cuadrados de superficie terrestre. Me daré por satisfecho cuando me nombres a un solo criptozoólogo participante en cualquiera de esos inminentes descubrimientos.

3
Nessie, eres un monstruo

En el norte de Escocia hay un lago que parece querer cortar en dos las hermosas Tierras Altas. Es el lago Ness, una masa de agua de casi 40 de largo, dos de ancho y hasta 230 metros de profundidad. Según puede deducirse de lo que sueles contar, en él mora el mundialmente famoso monstruo del lago Ness, Nessie para los amigos.

La historia de Nessie parece empezar en 1868, cuando el *Inverness Courier*, un periódico de la principal localidad a las orillas del lago, se hizo eco de los rumores sobre la presencia en sus aguas de un enorme pez o criatura similar. Pero se dice que en tiempos tan remotos como el siglo VI vivía en el lago un terrible monstruo cuya principal afición era devorar a los incautos, hasta que San Columbano, artífice de la cristianización de aquellos lugares, logró apaciguarlo…

El 19 de abril de 1934, el cirujano Robert Kenneth Wilson consiguió fotografiar a tan extraordinaria criatura; dos días más tarde apareció la foto en *The Daily Mail*. Efectivamente, la instantánea muestra un largo cuello coronado por una pequeña cabeza emergente de las tranquilas aguas del lago. Este impactante documento, que ha pasado a la gloriosa historia de la criptozoología como «la foto del cirujano», constituye el punto de inflexión que supone el reconocimiento mundial de nuestro amigo Nessie, uno de los especímenes más importantes de la supuesta ciencia criptozoológica.

Desde entonces, no sé si Nessie ha crecido, pero sí es evidente que la estupidez que rodea al simpático bicho se ha incrementado exponencialmente. Como muestra, vaya media docena de botones.

Botones de estupidez

1. El empeño de poner nombre a algo que ni siquiera quienes creen en él se ponen de acuerdo en si es reptil o mamífero. Bernard Heuvelmans dijo en 1965 que se trataba de un pinnípedo gigante, algo así como una enorme foca de cuello largo, y bautizó oficialmente al monstruo como *Megalotaria longicornis*. Poco le duró la alegría, pues los criptozoólogos Scott y Rines aseguraron en 1975 que Nessie no era sino un plesiosauro con unas aletas en forma de rombo, así que le pusieron un nuevo nombre, *Nessiteras rhombopterix*. Por cierto, poner nombre a «presuntos» animales está rechazado por la Comisión Internacional de Nomenclatura Zoológica… que al fin y al cabo está integrada por científicos de mente estrecha…

2. En el libro *Mis enigmas favoritos*, tu colega Juan José Benítez habla de la

filmación realizada en el lago Ness el 23 de abril de 1960 por el ingeniero aeronáutico T. Dinsale, quien afirmó: «Era un animal, estoy seguro. Vi sus aletas y se movía en zigzag. Después se sumergió». Benítez afirma que «la película fue analizada por la Royal Air Force, y no hay dudas sobre su autenticidad»: falso como un Judas de plástico.

3. La BBC, principal emisora de radiotelevisión del Reino Unido, de titularidad pública, financia con el dinero de los contribuyentes frecuentes sondeos del lago en busca del esquivo monstruo. Siempre con resultados negativos.

4. Un criptozoólogo sueco, Jan Sundberg, va más allá de los sondeos y pretende montar una trampa para atrapar a Nessie. Ante tamaña osadía, el sumo sacerdote de los brujos blancos británicos (individuo que existe de veras y se llama Kevin Carlyon) lanza un maleficio para impedir que Sundberg logre su malvado propósito. Por si acaso, la organización gubernamental para la conservación del patrimonio escocés dicta unas normas para que, si es atrapado, sea liberado sano y salvo —¡faltaría más!— tras tomarle una muestra de ADN.

5. Los organizadores de un triatlón, que incluye natación en el lago, contratan un seguro de más de dos millones de euros en previsión de posibles ataques del monstruo. Ya me hubiera gustado ser la compañía aseguradora…

6. El Smithsonian Institute, el mayor complejo de museos del mundo, no sólo tiene una página *web* dedicada al monstruo del lago Ness, sino que en ella anima a adherirse a la Sociedad Internacional de Criptozoología, y afirma que la mayoría de científicos mantiene la mente abierta y aguarda pruebas concretas de su existencia.

Pruebas e hipótesis

¿Acaso no es indudable la existencia de Nessie? Bien, casi indudable… pero todavía no, te apresuras a contestar. Y añades que el monstruo del lago Ness es uno más entre los muchos enigmas que la ciencia se niega a considerar. Repasemos, entonces, las pruebas que aportáis para que consideremos seriamente si en el lago Ness puede haber un enorme ser desconocido para la ciencia.

Comencemos por los testimonios. A pesar de que los investigadores de tu estilo los consideráis de una fiabilidad prácticamente total, conviene ser muy precavidos. O escépticos, como os gusta consideraros… Si descontamos los casos de mala fe (es decir, de mentiras), por ejemplo para lograr una entrevista y una foto en algún periódico sensacionalista, muchos avistamientos pueden explicarse como identificaciones erróneas de troncos flotantes o grupos de animales, como nutrias que nadan en fila, o pequeñas embarcaciones entrevistas en la niebla… Los esturiones, que llegan a crecer mucho, pueden parecer también un monstruo cuando se sumergen. Hay quien sugiere que Nessie ha podido ser confundido en ocasiones con masas de materia orgánica que, al descomponerse, producen y retienen gases como

metano, y lo liberan a la atmósfera al llegar a la superficie para volver parsimoniosamente a las profundidades, como si de un extraño ser vivo se tratase. Si se añade que es realmente difícil estimar el tamaño de un objeto desconocido cuando no hay referencias visuales cercanas, puede explicarse lo grande que se ha «visto» en muchos casos.

No sé si te has enterado de que muy recientemente el paleontólogo Neil Clark, de la Universidad de Glasgow, ha propuesto la hipótesis de que los avistamientos de 1933, año en que se produjo la mayoría de ellos, pueden explicarse por una trompa. La del elefante de un circo que recorrió la zona aquel año, y que se daba sus buenos chapuzones en el lago para refrescarse. Cuando no hacen pie, estos majestuosos mamíferos nadan con relativa agilidad sumergidos de manera que apenas emerge parte del lomo —y no siempre—, parte de la cabeza y la trompa, apéndice que levantan en vertical dirigiendo su extremo hacia adelante. Como nada les impide respirar, pueden permanecer nadando lentamente, sin emerger durante muchos minutos. Ahí lo tenemos. El monstruo de cabeza pequeña y cuello largo, con una y a veces dos «jorobas». El dueño del circo, que al parecer era un cachondo, al darse cuenta de la confusión llegó a ofrecer 20.000 libras, muchísimo dinero, si alguien capturaba al «monstruo» para su espectáculo. Clark reconoce que no puede probar la hipótesis, pero tiene buenas probabilidades de acabar con gran parte del enigma, aunque a ti eso de que se resuelva un enigma no te guste nada de nada…

Un avistamiento masivo resultó ser un montaje perpetrado por la cadena de televisión Channel Five. Fabricaron un Nessie de pega y lo hicieron surgir, manejado por tres buceadores, frente a un camping lleno de turistas. Unos días después repitieron el experimento frente a un barquito turístico con más de cien pasajeros. Con las expresiones del público, la mayor parte con síntomas de ser protagonistas de la historia, y con el «cómo se rodó», se montó un documental en el que si algo queda claro es que el personal tiene ganas de creerse cualquier cosa.

En cuanto a las fotografías y filmaciones, algunas de ellas son tan borrosas que es realmente difícil llegar a conclusión alguna. De cualquier forma, la mayoría han resultado ser, simplemente, fraudulentas. Como «la foto del cirujano», que durante años se consideró la prueba definitiva. Aunque muchos expertos ya habían afirmado tiempo atrás que era falsa, en 1994, 60 años después de ser tomada, un tal Chris Spurling reconoció, a punto de pasar a mejor vida, que se trataba de un montaje urdido por su suegro, llamado Marmaduke Wetherell. La imagen de la foto no era otra cosa que un barquito de juguete con un añadido de arcilla para imitar el cuello y la cabeza. A pesar de eso, muchos seguís afirmando que la foto es, sin sombra de dudas, auténtica.

No debemos olvidar las fotografías subacuáticas tomadas por el equipo de Scott y Rines, aparecidas hasta la saciedad en las revistas donde sueles colaborar. Si no me equivoco, llegué a verlas en un ejemplar de *Selecciones del Reader's Digest*. Éstas imágenes borrosas (¡cómo no!) fueron las que llevaron a ambos «investigadores» a

asegurar que Nessie era el plesiosauro *N. rhombopteryx*. De tener razón, ambos habrían pasado a la historia de la ciencia por tan sensacional descubrimiento. A la historia sí que han pasado, pero a la de la infamia. Se ha demostrado que esos supuestos demoledores documentos no son sino imágenes manipuladas de los sedimentos del lago.

Nunca soléis poner reparos a la hora de aprovechar el trabajo de los científicos de verdad, los mismos a quienes soléis denigrar, como cuando recientemente se encontró parte del esqueleto fosilizado ¡de un plesiosauro de verdad y a orillas del lago Ness! La prueba definitiva de la existencia del monstruo, dices con la voz entrecortada por la emoción. Pues no, ya ves tú. Ese fósil tiene 150 millones de años, y en aquella época era un animal común en un mundo de reptiles gigantescos, como los famosos dinosaurios. El lago, por su parte, existe desde hace unos 10.000 años y es producto de la última glaciación. El fósil se formó en un lugar que en nada se parecía a Escocia, que ni siquiera estaba en esas coordenadas, y en una época en que las Islas Británicas no existían. Se trata de una simple coincidencia. Claro que eso es lo que dice la ciencia…

Como las «pruebas» no consiguen tener la consistencia adecuada para sustentar la existencia del pesado monstruo, desde la académica criptozoológica se lanzan hipótesis para explicar la presencia de eso que os resistís a abandonar.

Ni foca gigante ni plesiosauro superviviente del período Cretácico. Ni mamífero ni reptil, sino pez. Anguila, para ser más exactos. Estos peces nacen en el mar de los Sargazos, cerca de América, y se dirigen a los ríos europeos llegando en forma de apetitosas angulas. En los ríos viven unos diez años y, cuando están hechas unas hermosas anguilas, se dirigen al lugar que las vio nacer para aparearse y morir, perpetuando el ciclo. El «científico» Richard Freeman, miembro de una delirante institución autodenominada Centro de Zoología Forteana, propone que Nessie es una anguila de una decena de metros, a la que algo le ha impedido migrar. Al no poder hacer uso de su sexualidad, le ha dado por seguir creciendo y no morir. Lógico, ¿no? Las que se reproducen se mueren, luego las que no lo hacen… se vuelven inmortales. ¡Fantástico!

Otra hipótesis, ésta extraída de *Año Cero*, propone seriamente que el lago no es el hogar de Nessie, sino su segunda residencia. Vive en el mar, y entra en el lago por túneles que nadie conoce. Pero esto, además de no explicar quién puñetas es Nessie, es imposible. Si el lago y el mar estuvieran comunicados, el nivel de ambos sería el mismo, por el principio de los vasos comunicantes. Y no es así: el lago, muy cercano al mar por un extremo, tiene su superficie a 16 metros sobre el nivel del mar.

Está claro, aunque no te guste, que las probabilidades de que exista el monstruo del lago Ness tienden a cero, como ha reconocido —más vale tarde que nunca— la BBC. Se ha gastado demasiado tiempo y esfuerzos en tratar de comprobar si realmente hay algo detrás de lo que no deja de ser, en el mejor de los casos, una leyenda. Se ha barrido el lago con detectores de sonar en varias ocasiones, lo han

recorrido en todas direcciones minisubmarinos que no han encontrado ni siquiera una bolita que pudiera sospecharse sea un excremento de Nessie, y desde hace unos años hay *webcams* en varios puntos del lago enfocándolo 24 horas al día. El *Daily Mirror* ha publicado recientemente que el gobierno británico utilizó delfines en la búsqueda del monstruo, allá por 1979. Los resultados, invariablemente, fueron negativos.

Eso sin hablar de la imposibilidad ecológica de explicar la presencia de un animal de la talla de Nessie. En primer lugar, no puede haber un único Nessie, salvo que sea más viejo que Matusalén. De haberlo, tiene que existir un buen número de ellos, al menos un centenar según los cálculos más conservadores, para mantener estable la población. Lo que tampoco puede ser, pues se ha calculado, tal como se publicó en *The Naturalist,* que la baja productividad del lago Ness impide que en él sobreviva un depredador de más de 300 kilos. ¡Y tú sin enterarte!

Atención, pregunta

Rápidamente: ¿eres capaz de hacer un listado con los nombres de, digamos, quince lagos de todo el mundo? No me digas que te he puesto en un aprieto… De los miles de lagos que salpican continentes e islas, el lago Ness no es, ni de lejos, el primero en nada. No es el de mayor superficie, ni el situado a mayor altitud, ni el más salado, ni el situado más al norte, ni el más profundo, ni… En todo caso, es posible que sea el número 1 en la lista de lagos más populares. ¿Adivinas por qué?

Prueba a recoger folletos o a visitar las páginas de Internet de distintas agencias de viajes en las que aparezcan viajes por Escocia. Trata de encontrar algún circuito que no ofrezca una visita al lago Ness. Yo no lo he conseguido. Absolutamente todas las agencias incluyen un crucero por el lago o un recorrido por sus orillas con parada en el castillo Urquart: «un lugar idóneo para observar al monstruo», según una reputada guía de viajes. Vamos, que Nessie empieza a revelar su verdadera identidad. Juraría que no es ni pez ni saurio ni foca; apuesto a que el famoso monstruo es un ave… de corral: la gallina de los huevos de oro.

Por si acaso no lo tienes del todo claro, ahí van datos correspondientes al año 2003, tal como se recogen en el estudio más reciente al respecto, el informe *The volume and value of tourism in the Loch Ness partnership area*:

- 212.000 visitantes pasaron al menos una noche en la zona del lago, generando unos ingresos de 17.610.000 libras.
- 173.000 visitantes alojados fuera de la zona dejaron unos beneficios de 2.414.000 libras.

Si tenemos en cuenta el cambio entre la libra y el euro, resulta que los ingresos alcanzaron aquel año un total de casi 30 millones de euros, lo que supone que la

economía local debe mucho al amigo Nessie. Aun asumiendo que no todos los visitantes del lago acuden atraídos por él, es evidente que buena parte de ellos no se dejaría sus dineros en la zona si no fuera por la leyenda del monstruo del lago Ness. Por ejemplo, porque el lago ya no sería un destino inevitable en los circuitos organizados que recorren Escocia…

Los primos de Nessie

Dado que Nessie resulta ser un atractivo turístico de primer orden, no debería extrañarnos que otros lagos se hayan ido poblando, como por arte de magia, de monstruos locales. El número 2 de los monstruos lacustres, aunque a mucha distancia de Nessie, líder indiscutible, es quizá Nahuelito, habitante del lago Nahuel Huapi, en Argentina. Ojo al dato: las descripciones son calcadas de las de Nessie: que si unos diez metros, que si largo cuello, que si una o dos jorobas… (y como a aquél, hay que alimentarlo: un desconocido dejó recientemente un sobre con fotos de Nahuelito en un diario local de Bariloche, localidad pegada al lago). Heredero de las leyendas indígenas, que desde tiempos inmemoriales hablaban de un monstruo en cada río y lago del Cono Sur, Nahuelito es un asiduo de las publicaciones «misteriosas» y en ellas encontramos, claro está, todo tipo de supuestas explicaciones: otra vez un plesiosauro o una gigantesca foca de larguísimo cuello o un mamífero extinguido llamado milodón (sin embargo, el milodón no era acuático). La mejor hipótesis, seguramente fruto de las elucubraciones de una mente impresionable tras ver un episodio de *Los Simpson*, es la siguiente: Nahuelito es un mutante, un desgraciado producto de la radiactividad liberada por el Centro Atómico Bariloche.

Pero *hay* muchos bichos más, como se lee en *Año Cero* o en el libro *Mis enigmas favoritos*, cada uno con su nombre, como las mascotas, y cada uno en su lago: Altamaha-Ha, Caddy, Champ, Manipogo, Menphre, Ponik, Ogopogo, Igopogo, Chan… la lista es extensa. En casi todos los casos se repite la misma historia: jorobas, cuellos largos, fotografías y películas borrosas, testigos, leyes para evitar daños a las criaturas…

Y puestos a exprimir el tema, qué menos qué poblar los océanos con monstruos de todo tipo. El kraken, por ejemplo. Un terrible monstruo de las leyendas noruegas, de más de dos kilómetros, gracias al cual el obispo de Bergen explicaba en 1755 la existencia de islas que desaparecían súbitamente. Ahora cuentas que los criptozoólogos han «descubierto» que son calamares gigantes… de unos pocos metros.

Como los calamares, a veces aparecen enormes «monstruos» en descomposición varados en las playas. Entonces vas y tomas un puñado de fotos y las publicas diciendo que se trata de una extraña criatura, que recuerda vagamente a un plesiosauro, un ictiosaurio o a *Carcharodon megalodon*, el gigantesco tiburón

extinguido, y añades que los científicos —¡no iban a ser los criptozoólogos!— se han llevado unas muestras para analizar. Los análisis de ADN confirman (siempre) que el «monstruo» es un cachalote o cualquier otro cetáceo, irreconocible tras llevar muerto varios días. Pero tu siempre olvidas esta parte final de la historia, ¡no vaya a resolverse el enigma!

4
Lagarto, lagarto

Hace mucho, mucho tiempo, en una era conocida como Mesozoico, los reptiles dominaban el planeta. No sólo los dinosaurios, como cree gran parte de la población, que agrupa bajo este nombre a todos los grandes reptiles «antediluvianos», sino también otros, impresionantes por sus dimensiones y variadas formas de vida, como los ictiosauros, plesiosauros o pterodáctilos, los mayores seres voladores que han existido jamás.

Pero a todos los grandes imperios les llega el fin tras su época de gloria, y si no que se lo pregunten a los romanos, los incas, los egipcios… (¡tiembla, imperio americano!). Como no podía ser de otro modo, el imperio de los grandes reptiles, y con él el Mesozoico, terminó hace nada menos que 65 millones de años, dando comienzo al Cenozoico. Desde entonces, sólo unos pocos representantes del gran clan de los reptiles permanecen entre nosotros, en un segundo plano, tras sus descendientes las aves y los mamíferos: tortugas, cocodrilos, lagartos y serpientes. Los científicos dicen osadamente que de aquellos grupos zoológicos de gloriosos gigantes reptilianos no queda ni un solo representante, tras resultar extinguidos por el brutal impacto de un asteroide (hay otras hipótesis para explicar esa extinción, pero ésta parece ser la más probable).

Para sostener semejante afirmación —desde luego, de mayor calado que pretender que un plesiosauro mora en un lago escocés—, los científicos aportan pruebas de las de verdad. Por ejemplo, que en los estratos (los depósitos de sedimentos transformados en rocas) de más de 65 millones de años hay abundantes fósiles de dinosaurios y otros grupos de reptiles que no vuelven a aparecer en los estratos más recientes; eso es así en cualquier yacimiento del mundo. Más aún, existe, en todo el planeta, un fino estrato de 65 millones de años con un elevado contenido en iridio, metal muy poco abundante en la corteza terrestre pero muy frecuente en los asteroides. Por debajo de ese estrato hay fósiles de dinosaurios; por encima, no (los sedimentos más recientes se depositan sobre los más antiguos). Finalmente, a mediados del siglo pasado se encontró frente a la península del Yucatán un enorme cráter causado hace 65 millones de años por el impacto de un objeto de unos 10 kilómetros a una velocidad de 25 kilómetros por segundo. Este impacto ale equivalente a 5000 millones de bombas atómicas como las lanzadas sobre Japón en la Segunda Guerra Mundial, suficiente, desde luego, para provocar un repentino cambio climático capaz de borrar del mapa un porcentaje muy elevado de especies, sobre todo las más grandes, que tienen enormes necesidades nutritivas y son más lentas en adaptarse a los cambios.

Por cierto, debemos nuestra existencia a la catástrofe planetaria producida por la caída de aquel meteorito. Si hubiera cruzado la órbita terrestre unas horas antes o después, no se habría producido la gran extinción que permitió que unos pequeños vertebrados poco interesantes, los mamíferos, ocuparan tantos nichos ecológicos que habían quedado vacíos. Sin la caída de aquel meteorito, el mundo no habría conocido a los humanos.

A pedradas con la inteligencia

¿Y qué haces tú con todo esto? Pues pasártelo por el arco de triunfo. Como hace ya unos añitos hizo con el «apasionante» caso de las piedras de Ica (Perú) Juan José Benítez en su libro *Mis enigmas favoritos* y, más específicamente, en *¿Existió otra humanidad?,* y rescató después en la serie *Planeta encantado* de nuestra televisión pública. «Mensajes fidedignos de un pasado remoto», según él. Para añadir a continuación con una ceja levantada: «¿Por qué temen los arqueólogos aceptar su autenticidad?».

Recordemos la historia tal y como la muestra al público uno de tus compañeros en *www.lo-inexplicable.com.ar*:

> Corría el mes de mayo de 1966. Al consultorio del doctor Javier Cabrera, en el pueblo de Ica, llegó su amigo Félix Llosa, llevándole un regalo. Una piedra ovalada, de color negruzco, y de aristas redondeadas; tenía grabada en una de sus caras la imagen de un extraño pez […]. Llosa le dijo que su hermano poseía una gran colección, proveniente del caserío de Ocucaje, donde un huaquero (campesino que realiza excavaciones arqueológicas clandestinas) las extraía por docenas.
>
> Esto despertó la curiosidad del doctor Cabrera, quien, a lo largo de los años, ha reunido una colección de miles de piedras grabadas. Y lo que es más, ha realizado una interpretación […] que, de ser cierta, revolucionaría todas las ideas actuales acerca de la antigüedad del hombre en la Tierra y también de sus orígenes.

La cosa promete. ¿Qué grabados aparecen en las piedras? En lo que toca al objeto del presente libro, escenas que muestran la caza de dinosaurios o el desarrollo (que no la evolución, como equivocadamente indicas) de los dinosaurios desde el huevo hasta su completa madurez. Desarrollo absurdo pues incluye una metamorfosis propia de insectos. Pero la cosa no queda ahí: otros dibujos muestran robots, pirámides, complejísimas intervenciones quirúrgicas como trasplantes de órganos, mapamundis que muestran el planeta tal y como era en el Mesozoico (incluyendo los

misteriosamente desaparecidos continentes de Lemuria y la Atlántida), esquemas del ciclo menstrual femenino, personas volando a lomos de seres alados… Incluso hay grabados que muestran la utilización de la acupuntura, lo que es en sí bastante curioso porque aquí, en nuestro planeta Tierra, todavía no se ha podido demostrar que sirva para nada. ¡Quizá sea un tratamiento válido en otros lugares del universo…!

Eso no es todo. El no va más es la interpretación realizada por el doctor Cabrera de las piedras y que tú tampoco dudas en airear sin someter a crítica alguna. A saber: que las piedras fueron grabadas por una raza superior que llegó a la Tierra desde otro lugar del cosmos; que no encontraron seres inteligentes y que los crearon a partir de una especie de lémur —un prosimio— extinguido hace 50 millones de años; que esa raza decidió grabar sus conocimientos en piedras y en metales preciosos que han sido destruidos por la avaricia humana (¿cómo sabe esto último el doctor Cabrera?); que esta información nos la transmitieron para evitar catástrofes a los hombres del futuro y para que rigieran sus vidas con normas sabias y racionales; que los incas así lo hicieron, pues conocieron y conservaron las piedras; que se han desenterrado, junto a objetos toscos fabricados por los incas, otros de la misma época con complejos diseños que no pudieron haber sido obra suya sino de una inteligencia superior (¿no es esto racismo?); que como las piedras son andesitas del Mesozoico, fue en esta época cuando los extraterrestres crearon la humanidad…

Y tú sin inmutarte. Ni siquiera imaginas que el pobre doctor Cabrera se ha podido volver loco… Asumes —algo es algo— que la mayoría de arqueólogos (los que llamáis arqueólogos *convencionales*) ni siquiera consideran que las piedras sean auténticas, pero aduces que es imposible que el pobre huaquero haya tenido tiempo material de grabar semejante montón de cantos rodados. ¿Acaso no has oído hablar de las confesiones de los campesinos locales, que han reconocido ganar dinero vendiendo las piedras? ¿O que los análisis demuestran que las muescas son recientes, realizadas con ácidos y limas? Decís también que el pobre huaquero, Basilio Uchuya, prefiere mantener un velo de misterio sobre su hallazgo, por miedo a la durísima legislación que afecta a los hallazgos arqueológicos. ¡Pero si el señor Basilio es conocido como proveedor del doctor Cabrera desde hace una porrada de años (su foto y nombre están en *Mis enigmas favoritos*) y nadie le ha acusado nunca de expoliar el patrimonio arqueológico de Perú! Como muestra del miedo que tiene, el señor Basilio fue grabado para el programa *Planeta encantado* sacando piedras de uno de sus yacimientos secretos mientras el inefable presentador calificaba el momento de *histórico*, lo que sería suficiente —si realmente se tratara de un yacimiento arqueológico— para terminar ambos en la cárcel.

Debe ser especialmente peligroso ver una serie como *Los Picapiedra* con una mentalidad como la tuya. Quizá deberían advertir al comienzo de cada capítulo que no está basada en hechos reales y que todo es mera ficción. En ese caso, sería mucho más probable que no te empeñaras en que el ser humano convivió con los dinosaurios. Que no. Que el ser humano moderno tiene unos 120.000 años, y los

dinosaurios se extinguieron hace unos 65 millones de años. Sí, ya sé que además de las piedras de Ica tienes más «pruebas» que demuestran supuestamente la coincidencia temporal de hombres y dinosaurios, pero, la verdad, son todas igual de patéticas. Como las del cauce del río Paluxy, en Texas, terreno formado hace 100 millones de años. Aseguras que allí, junto a huellas de saurios de muchas especies, se han encontrado, con «notable perfección», otras de seres humanos, lo que echa por tierra la teoría de la evolución. Claro que cuando los paleontólogos de verdad acudieron a comprobar tan impactante descubrimiento no encontraron ni una sola huella humana. Las que pretendidamente tenían ese origen, que no mostraban dedos ni empeines (por lo que tampoco parecían muy humanas) fueron atribuidas a dinosaurios: en concreto, a impresiones de metatarsos y colas en el mismo barro en el que dejaron las demás huellas.

El que detiene los ríos

O lo que es lo mismo, el mokele-mbembe, como le conocen los nativos de las selvas congoleñas. Pero, como se le «localiza» por toda el África subsahariana, incluido Madagascar, se le conoce con muchos nombres, según me informo en la *web usuarios.lycos.es/criptozoo:* nyamala, amali, badigui, songo, guanerú, diba, jago-nini, isiququmadevu… Un bicho tan extendido y conocido por todo tipo de gentes no puede pasar desapercibido para la ciencia… ¿O sí?

Pues sí, la verdad es que no aparece en ningún tratado de zoología, lo que se me hace muy extraño, sobre todo teniendo en cuenta los datos de que dispone Germán Fernández sobre el bicho en la mencionada *web*. En cuanto a su descripción: de cinco a diez metros de longitud; cuello largo y flexible, de tres metros de largo; cabeza pequeña y serpentina, con un largo cuerno, y en algunos casos con cresta; piel lisa, de color grisáceo; huellas con tres dedos. Me pasmo todavía más de sus conocimientos sobre su comportamiento, teniendo en cuenta que hablamos de un críptido: se halla casi siempre sumergido, sólo asoma la cabeza para comer y respirar, es herbívoro y su alimento principal es la planta conocida como malombo, se enfrenta a cocodrilos e hipopótamos, aunque no los devora… Me atrevo a añadir que su carne debe de ser venenosa, pues nos informa de que «se cuenta» (vamos abandonando la precisión) que en una ocasión unos pigmeos mataron un mokele-mbembe y todos los que comieron su carne murieron.

Parece que la sensación dominante entre los criptozoólogos es que se trata de uno de aquellos gigantes desaparecidos hace 65 millones de años; más en concreto, de un saurópodo, uno de aquellos diplodocus de algunas entrañables ilustraciones de nuestra infancia. Sin embargo, sorprende que, con tantos datos de que disponéis, no os pongáis de acuerdo sobre el grupo al que pertenece. Así, hay quienes opinan que se trata de un varano gigante de cuello largo o de una tortuga gigante. Hasta aquí

todavía estamos hablando de un reptil, pero resulta que el gran Heuvelmans, el «padre de la criptozoología», sugiere que se trata de un mamífero que ha adquirido el aspecto de un dinosaurio… ¿Qué tal otra foca gigante de cuello largo?

Es curioso, pero todas las pruebas que aportáis de su existencia son tan sólidas como la de la indigestión de los pigmeos. A saber, se cuenta que una expedición de 1980 al río Likouala-aux-herbes, en la República del Congo, encontró una pista que empezaba y terminaba en el río, abierta por un animal de unos dos metros de alto que arrastraba una cola pesada. ¿Cabría la posibilidad de que fuera el rastro de una persona que tirase, por ejemplo, de una canoa? Se cuenta también que en 1993 un tal Rory Nugent fotografió un objeto acuático en el lago Télé. Así, sin añadir nada más. ¡Pasmoso! Ah, eso sin olvidar los testimonios de los habitantes de la zona. En Wikipedia está recogida la opinión que tenía Hans Schomburgk, cazador de principios del siglo XX, de los testimonios sobre el mokele-mbembe:

> Los nativos que desean complacer al visitante blanco y esperan una recompensa valiosa están dispuestos a garantizar que conocen un animal de piel azul, seis patas, un solo ojo y cuatro colmillos.

¿Solución? Quizá la que propone Manuel Carballal en el espeluznante relato en que cuenta su búsqueda del mokele-mbembe titulado «Y el río, más que sonar, bramaba a nuestro alrededor», publicado en *www.mundomisterioso.com*; tras el rastro de

> una de esas extraordinarias criaturas que siempre han sido relegadas a la superstición de los indígenas por parte de los misioneros y de los zoólogos más conservadores.

Con su estilo habitual, capaz de poner los pelos como escarpias al más pintado, cuenta su recorrido de kilómetros y más kilómetros por territorios inhóspitos y sus encuentros con nativos primitivísimos, y casi congela nuestra respiración cuando se acerca el desenlace:

> […] un espantoso bramido a escasos metros de mi cabeza me hizo caerme *(sic)* al húmedo suelo de la barcaza […]. Instintivamente dirigí el 300 mm de mi cámara hacia la fuente de aquel terrible rugido, pero no pude apretar el disparador antes de que dos enormes ojos redondos despareciesen bajo las aguas […]. Aproveché para sacar el magnetófono dispuesto a grabar de nuevo aquel bramido si llegaba a producirse. Y vaya si se produjo. Poco a poco, a unas decenas de metros de la barcaza, comenzaron a asomar de las aguas del río Lambwe pares de ojos redondos flanqueados por divertidas orejas oscuras. Eran hipopótamos.

Pues no era el mokele-mbembe. ¿O sí? Porque lo cierto es que la explicación más racional de las antiguas leyendas locales es precisamente que se trata de este mamífero acuático, el hipopótamo. La inscripción «Aquí habitan dragones», que en los antiguos mapas solía colocarse sobre las regiones inexploradas del centro de África, junto con la candidez de algunos pioneros exploradores ante las respuestas de los nativos, contribuyó a la leyenda.

¿Dragones? Sí, pero en vuestras cabezas

Una leyenda que os empeñáis en engordar, como en ese artículo publicado en la revista *Año Cero* titulado «Dragones, ¿existieron realmente?». No me ha quedado más remedio que leer algunos de vuestros reportajes, aunque no termino de acostumbrarme. En éste, Miguel Seguí propone la presencia de pterodáctilos, serpientes y lagartos gigantes como una realidad aún ignorada para explicar los relatos, aparentemente míticos, en los que aparece la figura del dragón:

> ¿Es posible que la sugerente figura del dragón sea el recuerdo de unos extraños animales todavía no clasificados por los zoólogos?

Cualquier persona sensata diría que no; que los dragones son tan reales como las hadas (aunque lo cierto es que hay gentes aparentemente sensatas que creen en las hadas, así que no debería extrañarme nada). Sin embargo, no es esto lo que opina el autor de una delirante *web* con el apocalíptico nombre de *www.antesdelfin.com*. Se trata de alguien empeñado en que la Biblia es cierta al pie de la letra, desde «En el principio» hasta el «amén» final. Y si para ello hay que prescindir por completo del sentido común, ¡pues peor para el sentido común!

Parece ser que el autor, Dawlin A. Ureña, que firma como pastor, licenciado y miembro de una asociación «científica» llamada reveladoramente Creation Research Society, está empeñado no sólo en que el Génesis es un documento científico que revela el origen y evolución (con perdón) del universo, sino que día a día se está cumpliendo el último de los libros bíblicos, el Apocalipsis. Cualquier catástrofe natural, como una inundación en Bangladesh, o causada por la estupidez humana, como un atentado terrorista en Bagdad, está reflejada en algún versículo del Apocalipsis, o al menos él la encuentra. Con la de catástrofes que afligen a la humanidad, ya tiene mérito.

Mérito tiene también asegurar que en la Biblia están las tres leyes de la termodinámica, que contiene un modernísimo tratado de meteorología o que explica las relaciones entre la salud y las bacterias. ¡En serio! Lo que me extraña es que no haya acusado de plagio a Pasteur, pongamos por caso.

Volvamos a los dragones. ¿Qué nos dice este pastor licenciado? Que dragones es el nombre con que se conocía en la antigüedad a los dinosaurios. Que la Biblia llama Leviatán a los plesiosauros. Que no se extinguieron hace decenas de millones de años, como dogmáticamente sostienen los evolucionistas —a los que califica de ateos siempre que puede—, sino que, junto a los demás trillones de fósiles (aquí exagera el hombre), fueron enterrados bajo inmensas cantidades de lodo y grava como consecuencia del diluvio de Noé.

Qué alegría se llevó este buen hombre cuando se descubrió el fósil de plesiosauro en el lago Ness, hecho al que me he referido ya en el capítulo anterior. ¿Y qué opinaba, a raíz de la noticia, de los «evolucionistas ateos»?

> Pero vamos, así que cientos de personas han tomado imágenes y han reportado haber visto un animal gigantesco en un lago de Inglaterra [confunde Inglaterra con Escocia], y estos enemigos de Dios y de la Biblia pretenden convencernos de que nuestra razón nos engaña.

Y pone la siguiente afirmación en boca de los evolucionistas:

> Sabemos que los plesiosauros y demás dinosaurios [*sic*] desaparecieron hace millones de años. Por tanto, estos fósiles deben haber sido plantados por alguien […] para que los evolucionistas quedemos mal.

¿Cómo es capaz de poner semejante idea en boca de un evolucionista? Pues retorciendo la idea de que los fósiles, junto con los estratos en los que quedó atrapado el cadáver del plesiosauro, han terminado realmente ahí gracias a que *algo* los ha puesto donde se hallan. *Algo* (no alguien) como la tectónica de placas, que se manifiesta en fenómenos a muy largo plazo tales como la deriva de los continentes, la elevación de las cordilleras o la apertura y cierre de los océanos, capaces no sólo de colocar al dichoso plesiosauro en las orillas del lago Ness sino también de situar fósiles de moluscos en las cumbres del Himalaya. Pero, claro está, el pastor licenciado no cree en la teoría de la tectónica de placas, que explica los fenómenos asociados a los movimientos de la corteza terrestre. Para él, esta teoría es tan demoníaca como la de la evolución. (Y si está clara su incultura en ciencia, tampoco es muy ducho en teología: valga como muestra la amenaza de ser enviado al infierno por Cristo —¡desde las nubes!— a quien abrace la evolución o el comunismo, que ya son ganas de liar las cosas).

Dawlin A. Ureña insiste en que es evidente que los dinosaurios, antes llamados dragones, han existido en épocas históricas: ¿acaso no tenemos noticia de la épica batalla entre san Jorge y un dragón? ¿O de que los dragones eran especialmente comunes en Escandinavia, tanto que tras matarlos tenían la costumbre de colocar sus cabezas en los extremos de sus embarcaciones? (esto seguramente lo sabe gracias a la

serie documental *Vicky el vikingo*).

De cualquier manera, este licenciado pastor no es un criptozoólogo al uso. Digamos que sus intereses no tienen nada que ver con los tuyos. Todo su empeño se centra en demostrar de forma enfermiza la literalidad de la Biblia. Y queda claro que lo que le preocupa, ante todo, es el ataque que supone la teoría de la evolución a sus convicciones creacionistas. Dragones y dinosaurios no son un fin sino un medio en su absurdo discurso. Si le resultaran útiles los extraterrestres para demostrar la presencia de la serpiente en el Árbol del Bien y del Mal, los usaría. A ti te resultan útiles los dragones y los extraterrestres para sacar pasta a los ingenuos. Por eso escribes sobre ellos, envolviendo tus relatos en una capa de misterio. Por eso tú no me das pena, no sé si lo has notado. Me resulta triste, sin embargo, ver cómo este señor trata de demostrar de forma pretendidamente científica, además de la existencia actual de dragones-dinosaurios, otros absurdos tales como la posibilidad de que todas las especies animales catalogadas por la ciencia cupieran en el arca de Noé mientras el diluvio sumergía a la totalidad de los continentes, o la extraordinaria talla (más de tres metros) y la no menos extraordinaria longevidad (los 969 años de Matusalén, por ejemplo) de los hombres antediluvianos.

En fin, no es el momento de rebatir las tesis creacionistas. Me vas a permitir que te señale una obra, compañera de colección de la que tienes ahora en tus manos, que profundiza en el tema: *El creacionismo ¡vaya timo!*, de Ernesto Carmena. Te la recomiendo por si, puesto a arremeter contra la dogmática ciencia, te planteas que quizá la teoría de la evolución no es más que eso, una teoría. Desafortunado y erróneo planteamiento que, importado de Estados Unidos en el marco de las tesis creacionistas, es capaz de hacer incomprensible la biología actual. Aunque no sé para qué me empeño. Si te parece rentable el creacionismo, te harás portavoz del creacionismo, tampoco hay que ser tan escrupuloso…

5
Muy latino

Cuando hablamos de lo *latino* nos viene a la cabeza todo aquello característico de los países americanos de idioma castellano y, en muchos casos, también de España. El primer elemento vertebrador ha sido, históricamente, el idioma. El segundo, la religión católica. Por supuesto, los latinos compartimos muchas más cosas, casi todas ellas de vital importancia: el festival de la canción de la OTI, la festividad del 12 de octubre, el sentido del ritmo (en realidad, sólo los del lado oeste del Atlántico, con honrosas excepciones en el lado este), una cierta propensión a ser «gobernados» por dictadores (afortunadamente, cada vez quedan menos) o esa alegría de vivir de la que tanto hacemos gala y que quizá no deja de ser un tópico. Pero hay más. Tenemos un críptido prácticamente en exclusiva, tan nuestro como la delicada expresión *cojones*: el chupacabras. Lo cual, francamente, es muy extraño. No es normal que un animal se distribuya por un territorio (y sólo por él) muy amplio, con gran variedad de climas y paisajes, repartido entre dos continentes y varias islas. La distribución espacial de los seres vivos, estudiada por la biogeografía, no contempla motivos políticos o lingüísticos. ¡Pero qué más da! El chupacabras es un críptido muy especial. Quizá precisamente por eso, porque es latino.

Al parecer, los primeros informes del chupacabras se remontan a la década de 1960 en los Andes bolivianos. Desde entonces ha actuado, según fuentes «dignas de todo crédito», en Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos —que, al fin y al cabo, está lleno de latinos—, las españolas islas Canarias, Santo Domingo, Puerto Rico…

¿Y cómo es él?

Seguramente, bajo el nombre *chupacabras* se esconde una amplia variedad de seres, o al menos eso es lo que podemos concluir si atendemos a los distintos testigos que juran haberse topado con él. De cualquier manera, si pudiéramos formar una imagen que sintetizara las diferentes descripciones, obtendríamos un ser de aproximadamente un metro de altura, piel verdosa y cubierta de escamas, ojos grandes y saltones, y cabeza relativamente grande y ovalada. Andaría a dos patas, por lo que su aspecto tendría algo de humanoide a pesar de estar un tanto encorvado. Las patas delanteras serían unas garras con uñas afiladísimas al final de sus cuatro dedos, mientras que las traseras, parecidas a las de los perros, tendrían tan sólo tres dedos. Por supuesto, no podemos olvidarnos de la boca, armada con terribles colmillos y, tal vez, con una especie de trompa filiforme destinada a succionar los órganos y la sangre de sus

víctimas.

Claro que es mucho más probable que se parezca a la terrible imagen publicada en *Año Cero*, generada por ordenador por el «investigador» chileno Jaime Ferrer, de la organización «científica» Calama UFO Center, que por algo es un experto en enigmas. En este caso la piel no es verdosa y escamosa, ya que el bicho está cubierto en toda su superficie por un pelo grisáceo, tirando a cano en la cabeza. Los ojos son grandes, brillantes y de color rojo; la lengua asoma bífida, como la de un ofidio.

Quizá Don Jaime se basó en la escalofriante descripción del chupacabras realizada por un testigo de Villa San Rafael, en Calama, Chile, que se publicó, junto con una foto del testigo debidamente *pixelada*, en *www.akasico.com*, *web* oficial de las revistas *Año Cero* y *Enigmas*. Al fin y al cabo, la noticia comienza diciendo que la llamada telefónica fue recibida en el Calama UFO Center sólo tres minutos después del encuentro. Además de la descripción del (en este caso) peludo ser, el testigo relata su propia reacción:

> Como ésta no es mi primera experiencia con estos depredadores, lo primero que pensé fue: ¡Éste es el CHUP…! Intenté terminar la palabra ¡pero no me salía!, quise gritar y llamar a mi papá, que duerme en la habitación contigua, ¡pero tampoco pude hacerlo! ¡Quedé paralizado! Este ser hizo una gesticulación y achicó sus ojos, sentí como una orden en mi mente que me decía ¡CÁLLATE, NO GRITES! Y de hecho ¡NO PUDE HACERLO!, ni siquiera moverme, llenándome de pánico.

En este relato de un encuentro con el chupacabras —¡que no es el primero, caramba!— aparece uno de sus aspectos característicos, como veremos en seguida: su capacidad «hipnótica».

Como sucede en otros críptidos, se hace realmente difícil adscribir al chupacabras a un grupo concreto del reino animal. Si tiene escamas y es verdoso, diría que se trata de un reptil, algo parecido al extinto velociraptor popularizado por Spielberg en *Parque Jurásico*. Si es peludo, diría que es un mamífero, pero no sé si situarlo en el grupo de los grandes simios —junto a chimpancés, orangutanes, gorilas y humanos —, aunque la marcha bípeda y la postura encorvada así lo indiquen. Pero no me cuadra que tenga patas de perro, ni sus escasos dedos. Tampoco la lengua bífida y esos ojos rojos y brillantes, si me pongo exigente. En fin, decido consultar la Wikipedia y me encuentro con que su aspecto puede ser, además de reptiliano, mamífero, pero en este caso lo adscriben entre los quirópteros (murciélagos) o los cánidos (perros y similares). Lejos de aclararme, mi confusión aumenta.

Enigmático *modus operandi*

El chupacabras es un bicho malo, muy malo. Seguramente el peor de todos los críptidos. Los demás tienen su puntito canalla, pero no dejan el rastro de muerte y destrucción que deja este mal nacido. Hay quien jura que el yeti rapta ocasionalmente a bellas señoras (que resultan ser siempre amigas del primo de un conocido), o que el mokele-mbembe envenenó *post mortem* a unos que osaron probar su carne… pero no es lo mismo, ni de lejos.

Los ataques del chupacabras no tienen parangón en el reino animal. Ni en el vegetal, me atrevo a añadir. Según cuentan, los animales muertos por él quedan completamente desangrados y, en la mayor parte de los casos, incluso sin vísceras, lo que tiene mucho mérito si tenemos en cuenta que suele producir sólo una única herida: un solitario agujero.

El misterio se acrecienta debido a la extraña reacción de las víctimas ante el inminente ataque. O mejor aún, por su ausencia de reacción. Me explico. Los dueños de granjas que han sufrido el ataque del chupacabras no comprenden cómo es posible que ni vacas ni ovejas ni gallinas ni demás pobladores de la granja enviados a mejor vida mostraran signos de inquietud. Ningún alboroto, ningún pataleo. Nada de mugidos, berridos, cacareos, balidos o relinchos. Más aún: ni siquiera los perros, omnipresentes en las instalaciones agropecuarias, dieron nunca la más mínima muestra de que un extraño ser estuviera masacrando a diestro y siniestro. Eso sí, tras el ataque, los perros (los supervivientes, pues incluso ellos pueden sucumbir a manos —¿o a garras?— del chupacabras) suelen mostrarse retraídos y asustadizos. Para empeorar las cosas, no suele haber testigos humanos de los ataques.

Pero eso no es todo. El enigma alcanza una dimensión extra pues casi nunca se encuentran huellas del atacante; algo lógico cuando el ataque tiene lugar sobre un suelo de cemento, pongamos por caso. Pero tampoco aparecen huellas en la cálida y blanda capa de estiércol en la que hasta unos momentos antes del fatídico desenlace retozaban en su beatífica estupidez ovejas y vacas. Y no se trata sólo de las huellas de los pies (si es que son pies): tampoco aparece ni una miserable gota de sangre. Sólo con imaginarlo se me eriza el vello.

En realidad, a veces el chupacabras sí deja alguna huella, pero entonces es aún peor. A veces han aparecido unas huellas que recuerdan las de un enorme cánido, con la prolongación de un talón. Lo más escalofriante es que están separadas por unos buenos cuatro o cinco metros, lo que indica una extraordinaria capacidad para el salto.

Como ejemplo de las mortíferas capacidades del chupacabras te copio a continuación lo que se publicó en *www.akasico.com* respecto a un ataque en Tizimin, Yucatán:

> La propiedad en cuestión pertenece a Don Esteban Osorio, quien fue informado de que, de forma misteriosa, les habían succionado la sangre a 23 de sus aves (gallinas y pavos) sin dejar ni una gota ni rastro de ésta en el lugar

> […]. Presentaban huellas de colmillos incrustados en la garganta y la masa encefálica succionada.

Esto, ya de por sí, constituye toda una hazaña anatómica, por decirlo de alguna manera. Se precisa una habilidad fuera de lo normal para succionar el encéfalo a través de la garganta (además, sorber la comida es de mala educación). Pero aún cuenta más:

> [El capataz] se llevó una considerable sorpresa al percatarse de que una yegua de escasos dos meses de edad presentaba similares señales de colmillo en el cuello y estaba igualmente sin gota de sangre […]. Hace tan sólo un mes y medio un suceso similar se había registrado en un rancho vecino, ubicado a 3 km […] Ambos hechos ocurrieron exactamente tres días antes de la Luna llena.

Claro que tú también estás convencido de que la Luna tiene una influencia decisiva en multitud de circunstancias de «aquí abajo» (al fin y al cabo, la astrología es una «ciencia», ¿verdad?)… Seguro que «sabes» con certeza que hay más partos, más ingresos en manicomios y más altercados violentos en las noches de Luna llena, así que ¿cómo no va a influir la Luna en el comportamiento del chupacabras? En fin, qué atrevida es la ignorancia… Por cierto, ya me explicarás cómo es posible que dos «Lunas llenas» estén separadas por un intervalo de mes y medio. Los astrónomos definen un mes lunar o sinódico como el tiempo que pasa desde que la Luna está en una fase hasta que vuelve a estar en esa misma fase: como promedio es de 29,5 días. Aunque no hace falta ser astrónomo; basta con mirar de vez en cuando el cielo para comprobar que el origen del mes, como el de la semana, está en las fases lunares…

El chupacabras tinerfeño

No voy a ser menos que tú y voy a escribir lo que me dé la gana. Y ahora me dan ganas de hacer publicidad de una revista diferente de ésas en las que alegremente colaboras. Se llama *El Escéptico*, y justo debajo pone, en letra más pequeña, *La revista para el fomento de la razón y la ciencia*. Supongo que no te va a gustar, sobre todo cuando te diga que tras ella está ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico, la misma sociedad que colabora en la edición de esta colección de libros.

En el número 19, publicado en 2005, Ricardo Campo (sí, el mismo autor de *Los ovnis ¡vaya timo!)* publicó un informe exhaustivo sobre el caso del chupacabras tinerfeño que me voy a permitir resumir. Para que, ya puestos, veas la diferencia entre tus métodos y los de personas como él.

La historia se remonta a mayo de 1979, cuando en Taco, un barrio de Santa Cruz de Tenerife, se produjeron unas misteriosas muertes de animales domésticos. En octubre, la historia se repitió en otro núcleo de población llamado Barranco Grande.

La prensa tuvo un papel destacado en los acontecimientos. La primera referencia que encuentra Ricardo en su investigación es del periódico santacrucero *El Día* en su edición del 12 de mayo. Este periódico informaba de que habían aparecido dos perros y tres cabras sin corazón ni sangre en las venas. LA día siguiente ampliaban la noticia informando de que algunos vecinos se sentían inquietos al pensar que podría ser un fenómeno extraterrestre. La razón estaba en que el 5 de marzo de ese mismo año se habían observado en la alta atmósfera los efectos de varios misiles *Poseidon* norteamericanos, calificados por la prensa como «ovnis».

Ricardo continúa tirando de hemeroteca y halla que las informaciones publicadas por la prensa local son contradictorias de principio a fin: la primera muerte extraña de un perro había sucedido el 29 de abril, pero sus dueños no le dieron importancia inicialmente al pensar que se había debido a una pelea entre perros. Entonces nadie habló de heridas extrañas ni de desangramientos. Así se publicó en *El Día* el 15 de mayo. Sin embargo, al día siguiente los dueños no se ponían ya de acuerdo sobre las heridas ni sobre las vísceras extraídas; al mismo tiempo, se atribuía la autoría a una secta satánica que en cualquier momento podía pasar de los perros a los seres humanos… Un día después, el 17 de mayo, el mismo periódico dedicó una página entera al caso, apuntando como hecho relevante la existencia de una creencia popular en las islas según la cual un ladrón que lleve en el bolsillo vísceras secas de animales puede neutralizar la fiereza de un perro, acercándose a él sin que le ataque. El autor del reportaje confirma que la cosa funciona de verdad (¡qué pasada!).

Otros periódicos, en las mismas fechas, no hicieron sino aumentar la confusión: niños que habían visto un bicho, sin añadir más; que había aparecido un cerdo con el hocico destrozado; que se rumoreaba sobre el hallazgo del cadáver de un joven con las mismas heridas que los animales, aunque luego el mismo periódico, tras investigar el rumor, concluyó que era falso; que las muertes de los perros estaban causadas por manos humanas; que habían aparecido conejos y cabras degollados, pero el veterinario afirmaba que el autor era un perro (los perros no pueden degollar, como bien indica Ricardo); que se descartaba que el autor fuera un guepardo huido de un Safari Park cercano…

Respecto a los sucesos de octubre en Barranco Grande —ocho cabras y varios conejos muertos—, la prensa se decantó, más racionalmente, por una gamberrada. Al fin y al cabo, las autopsias indicaron que los animales habían sido estrangulados, desangrados, y que después les vaciaron las vísceras.

En 2002, Ricardo se puso en contacto con uno de los periodistas que cubrió el caso, quien le confesó que trataron la historia con mucha carga dramática, quizá demasiada, lo que pudo motivar a unos imbéciles a dedicarse a despellejar animales.

En 2005 mantuvo una conversación con el jefe de prensa de la Policía Nacional

de Santa Cruz de Tenerife, quien a su vez se puso en contacto con quien era jefe de la Brigada de Investigación en 1979. Según éste, la conclusión ale que en casi todos los casos se trató de perros asilvestrados, y que las víctimas, cabras en su mayoría, estaban heridas en el abdomen, como si se hubiera adiestrado a los perros para agredir en esa zona. El dato de que no había sangre resultó ser falso. Además, alguien vio una pequeña banda de perros, que bien pudo ser la responsable. La Jefatura Superior de Policía dio una rueda de prensa para informar de todos esos detalles, añadiendo algunas posibles explicaciones para otros casos, como la autoría humana y la posterior participación de ratas, pero los periodistas no se dieron por satisfechos. Otras hipótesis tenían más gancho…

Ricardo contactó asimismo con un experto en sectas, quien le confirmó que alguna de las muertes tenía visos de haber sido causada por manos humanas, sin nada que ver con ritos satánicos sino más bien con simple gamberrismo.

¿Dónde está el chupacabras en toda esta historia? En aquellos lejanos días de 1979 nadie nombró al bicho. Fue uno de vosotros quien, años más tarde, desempolvó los hechos enfundado en su chaleco multibolsillos para encontrar, «sin ningún género de dudas», el rastro indeleble del enigmático chupacabras, y sacar tajada de ello. Como te decía, hay una gran diferencia.

¿Quieres más?

Te presento un documento difundido por el argentino Servicio Nacional de Sanidad y Calidad Agroalimentaria, fechado en Buenos Aires el 1 de julio de 2002, que puedes encontrar en la *web* de ARP-SAPC (*www.arp-sapc.org/articulos/mutilaciones.html).* Se trata del *Informe oficial sobre lesiones y mutilaciones de cadáveres bovinos*, encargado a la Universidad del Centro ante la «sospecha» de que el chupacabras pudiera ser responsable de la muerte de varios animales en 15 establecimientos agropecuarios de Olavarría, Tandil, Tres Arroyos, Coronel Pringles, Coronel Dorrego y Balcarce.

Tras analizar 20 cadáveres, el Servicio Nacional concluyó que las muertes se produjeron por causas naturales, en concreto por enfermedades metabólicas e infecciosas, y que las lesiones fueron provocadas por predadores, en particular por el «hocicudo rojizo», un ratón del género *Oxymycterus* cuya población está en aumento y ha cambiado sus hábitos alimentarios.

El estudio fue concienzudo. Incluyó análisis de radiactividad, que resultaron negativos, así como la acción de narcóticos. Se demostró que las lesiones en la piel y los órganos, estudiadas por observación directa y mediante una lupa estereoscópica, fueron ocasionadas por depredadores tales como roedores y zorros, y se descartó la participación de elementos como el calor o la cauterización. Las lesiones, además, estaban asociadas con aberturas naturales, como boca, orejas, ubres, recto, vulva y, en

cadáveres con más tiempo muertos, el abdomen: el patrón habitual que siguen los carroñeros para acceder a los órganos internos.

Los especialistas no se conformaron con las autopsias. Por un lado, realizaron observaciones de campo, que les permitieron encontrar roedores alrededor y dentro de los cadáveres en el momento en que los estaban devorando. Por otro, colocaron animales recientemente muertos, sin lesiones, en lugares elegidos para observar la acción de los predadores y constataron que las lesiones producidas fueron exactas a las del resto de animales estudiados.

En definitiva, que no había chupacabras. Claro que estos puñeteros científicos lo demuestran fácilmente con un método que es, sencillamente, lógico. Y racional. Se llama método científico. ¡Así cualquiera! También es posible que, aunque sólo sea por no dar el brazo a torcer, te alinees con los que mantienen que el gobierno ocultaba algo terrible. Y así la historia continúa en forma de conspiración.

De cualquier manera, y como no podía ser menos, el chupacabras es, ante todo, un negocio. En los Andes, sobre todo en la década de 1990, su imagen era habitual en recuerdos para turistas como camisetas, llaveros y demás quincallería. En el puertorriqueño periódico *La Estrella*, en un artículo firmado por Lucas Montes Valentín, me informo de que en los últimos años el chupacabras se ha convertido en un icono internacional y en el primer artículo de exportación de Puerto Rico…

6
El yeti y otros seres abominables

Me pregunto quién ganaría en una hipotética consulta para decidir cuál es el críptido más famoso, aunque creo adivinar entre qué dos enigmáticos seres se disputaría el título. Algo me dice que, si salimos a la calle, y durante un rato pedimos a quien se nos cruce el nombre de un animal *enigmático*, la mayoría de las respuestas se concentraría en dos únicas opciones. «El monstruo del lago Ness», dirían muchos. Efectivamente, el simpático Nessie, a quien hemos dedicado un capítulo, es ya una estrella en vuestras publicaciones esotéricas y en el imaginario colectivo. «El yeti» sería la otra elección masiva. Desde luego, la lista de críptidos que ofrecéis al público es muy larga, dado que los únicos límites son los de vuestra imaginación, pero Nessie y el yeti se llevan la palma en páginas de libros y revistas y horas de emisión de radio y televisión.

(Casualmente, días después de escribir el párrafo anterior, me entero de que en EE UU se acaba de publicar un libro sobre los 1O1 personajes de ficción más influyentes en los habitantes de dicho país. Abre la lista, por desgracia, el viril causante de muchísimas muertes prematuras en todo el mundo: el vaquero de Marlboro. Otros personajes son el novelesco rey Arturo, Papá Noel, la muñeca Barbie y, en el puesto 56, el monstruo del lago Ness, del que ese libro asegura que «su influencia en el *cash flow* de su país ha sido significativa»).

Me atrevería a añadir, además, que entre ambos seres, Nessie y el yeti, hay un paralelismo sorprendente. En ambos casos nos encontramos con confesiones de fraude, búsquedas infructuosas, hipótesis absurdas, negocietes turísticos, parientes por todos los continentes… Al respecto de esto último, es impresionante lo bien que se documentó Juan José Benítez para escribir *Mis enigmas favoritos: sasquatch* en Canadá, *bigfoot* en Norteamérica (supongo que sólo EE UU), *maricoxi* en el Amazonas, *chemosit* en África, *xuêren* en China, *alma* en el Cáucaso, *chuchunaa* en Siberia, *hibagón* en Japón, *yowy* en Australia. Para tratarse de enigmas con patas, sorprende la precisa clasificación que hacen los sherpas de los yetis: los *metrey* son yetis caníbales de 1,5 metros; los *chutrey* llegan a medir tres metros y devoran yaks; y los *theima* (¡qué alivio!) son herbívoros y pacíficos. Ya sé que le gusta asegurar que hace investigación de calidad porque recorre miles de kilómetros, pero ha olvidado citar los más cercanos: los hombres de las nieves de los Pirineos, conocidos a su vez con nombres tan variados como *ome granizo, chigán, crepazero* o *basajaun*. En la población aragonesa de Lafortunada hay quien asegura haberlo visto.

¿Serán todos ellos de la misma especie? ¿Serán distintas especies del mismo género? No le demos más vueltas. Me informo en el libro *El código secreto, los*

misterios de la evolución humana, de Bruno Cardeñosa: algunos de ellos son neandertales, otros *Homo erectus*, y también hay ejemplares de *Australopitecus* y *Gigantopitecus*. Según Cardeñosa, ninguno de estos homínidos se ha extinguido, como sostienen erróneamente los científicos.

El yeti existe

No lo digo yo, que conste. Reproduzco textualmente un titular de *www.akasico.com*. Podría decirte ahora que cuando leí tan impactante noticia me sobrecogí pensando que había llegado el momento de reescribir la historia de nuestra familia, los homínidos; que la paleontología iba a sufrir un vuelco desde sus cimientos; que la criptozoología, en fin, iba a ser considerada una más entre las ciencias de verdad. Pero si escribiera cosas como ésas sospecharías que estoy usando la vieja figura retórica de la ironía, y acertarías. Otra cosa hubiera sido leer el mismo titular no ya en la prensa del día, que hubiera sido casi lo mismo, sino en una revista científica de ésas que tienen revisores que miran con lupa los originales.

El yeti existe, dice el titular. A ver, a ver, me digo. Y como el texto de la noticia es breve, mi mirada es captada por la última frase, que me deja patidifuso: «Puede que haya llegado el momento de que el escepticismo integrista se tenga que tragar un sapo» (por supuesto, también utilizáis figuras retóricas, porque lo del «sapo» debe de ser una metáfora, digo yo; y lo del «escepticismo integrista» se me antoja una antítesis, aunque no lo pretenda el autor). Decido leer desde el principio:

> Científicos británicos que siguen el rastro del Yeti han encontrado la mejor prueba disponible hasta el momento sobre la existencia de la mítica criatura del Himalaya: una muestra de pelo que hasta el momento ha sido imposible identificar.

El mundo es de los valientes, sí señor. Por la misma regla de tres vamos a aceptar el piojo como animal de compañía. Así que alguien ha encontrado una muestra de pelo imposible de identificar:

> Pruebas genéticas realizadas sobre esos pelos, recogidos de un árbol en Bhután, no consiguieron asimilar su ADN al de ningún otro animal, según un informe publicado el lunes en el *Times* de Londres.

Es decir, el yeti existe porque alguien ha encontrado unos pelos que, de momento, y si es cierto lo que publica el *Times* (no sería la primera vez que alguien se la cuela a un periódico), no se ha logrado identificar. Claro que con esas deducciones cualquiera

hace ciencia. Y ésta es «la mejor prueba disponible» de la existencia del yeti en el Himalaya…

La historia se repite. Ahí va otro titular, de un artículo firmado por Miguel Seguí y publicado en *Año Cero*. «Nuevas pruebas de la existencia del Yeti de Sumatra». Son tan similares ambos casos que me costó darme cuenta de que se refería a un yeti alejado miles de kilómetros del anterior, llamado *orang pendek* por aquellas tierras. Pruebas de su existencia: otra vez un mechón de pelo y unos presuntos análisis de ADN que no consiguen identificar la especie.

He intentado, en ambos casos, ver en qué queda la historia, y si definitivamente se han asignado esas muestras a alguna especie conocida. No he podido encontrar nada. Quizá no os ha interesado darlo a conocer. O quizá sea cierto que no ha habido manera de identificar a los propietarios de esos pelos. En este caso, es posible que pertenezcan a una especie desconocida para la ciencia. Pero asegurar que pertenecen al yeti sin dejar la puerta abierta a que se trate, qué se yo, de un mono, una musaraña o una rata sin catalogar, me parece muy aventurado. Se han resuelto casos similares: el mechón que unos testigos juraban que pertenecía a un homínido peludo de tres metros de alto, visto por sus propios ojos en el Yukón, fue sometido a análisis de ADN en la Universidad de Alberta. Resultado: pelo de bisonte.

De cualquier forma, hay cosas que no entiendo. Por un lado, reconoces que la mejor prueba de la existencia del yeti (o de cualquiera de sus muchas variantes) es un puñado de pelos. Y por otro, que con sólo esto un criptozoólogo sea capaz de escribir un libro sobre la vida sexual de, por ejemplo, el bigfoot norteamericano: *Bigfoot, la verdadera historia de los simios en América*. En él su autor, Loren Coleman, relata con todo lujo de detalles su comportamiento íntimo (el del bigfoot) a partir de los numerosos informes de avistamientos en los que el grandullón ha sido visto practicando el sexo. No olvida semejante lumbrera incluir en tan apasionante documento los testimonios de hombres raptados por un bigfoot y obligados a copular con una hembra de esa especie. ¡Pavoroso!

Los testimonios irrefutables

Las personas de visión «dogmática», pensamos, aunque quizá estemos profundamente equivocados, que lo que cuenta un libro como ése no es más que una solemne tontería, como casi todo lo que rodea al mundo de la criptozoología en general o al de los yetis y otros bichos similares en particular.

Como, por ejemplo, las perlas que localizo en el artículo de Scott Corrales «Criaturas extrañas de Norteamérica», colgado en *www.mundomisterioso.com*. En este compendio de irracionalidad se detallan unos encuentros con el temible bigfoot. El del año 1811 en Allegancy Creek, por ejemplo, propició que alguien pintara el único óleo que existe de la bestia y lo titulara *El oso monstruoso*. El autor, desde

luego, opina que es mucho más probable que se trate del bigfoot, aunque el «oso monstruoso» se parezca mucho a un oso.

También nos revela que en la hemeroteca del *Minnesota Weekly News* se encuentra esta noticia de 1869:

> La población de Gallipolis, Ohio, está siendo asediada por un hombre salvaje […] desnudo y cubierto de pelo; su estatura es enorme y sus ojos comienzan en el fondo de sus órbitas.

Esto de que los ojos comiencen —o terminen, según desde donde se mire— en el fondo de las órbitas nos pasa a todos, así que no añade nada interesante a la descripción del salvaje… Pero lo bueno viene a continuación:

> Un carruaje que transportaba a un padre con su hija fue atacado por esta criatura. La criatura se abalanzó sobre el padre, echándolo del carruaje y cayendo sobre él para rasguñarlo y morderlo como lo haría una bestia salvaje. La contienda entre ambos fue larga y cruenta, ya que la criatura sujetaba a su víctima contra el lodo, tratando de asfixiarlo. La hija, tratando de salvar la vida de su progenitor, puso fin a la contienda cuando le asestó un golpe a la criatura con una piedra cerca de la oreja. La criatura se levantó y se internó lentamente en un matorral cercano.

En fin, uno de esos casos que demuestran sin género de duda la existencia de la bestia… salvo si eres un taimado escéptico y te planteas si es normal sobrevivir al largo y cruento ataque de un ser enorme, que incluye ser derribado violentamente de un carruaje, arañado y mordido e incluso sufrir un intento de ahogamiento, con la cara presionada contra un charco de lodo. Tampoco es de buen gusto dudar de la veracidad de la inmediata rendición de la bestia tras el ataque de la muchacha…

El caso del condado de Logan, Ohio, es el que más me gusta de todos los seleccionados. Sucedió el 24 de junio de 1980, cuando un policía del poblado de Rusell's Point alegó haber visto salir de un granero a una criatura peluda de más de dos metros de alto. El policía pensó que se trataba de un vagabundo y le gritó, pero la bestia salió corriendo y se ocultó en una arboleda cercana. Entonces el policía cayó en la cuenta de que no se trataba de un ser humano, pues a su paso dejó un hedor fortísimo descrito por él como «queso de Limburgo vertido sobre un amortiguador caliente». ¡Toma ya! ¿Quién no ha experimentado alguna vez un olor tan frecuente como ése? Imaginación no le falta a nuestro testigo, y no quiero añadir más…

Otro caso espeluznante es el ocurrido en 1995, cuando tres jóvenes cazadores sufrieron una experiencia aterradora que no podrán olvidar. Esos muchachos cuentan que lo que les pareció inicialmente un oso que se movía entre los árboles, les miró y se lanzó hacia ellos a dos patas, a largas zancadas, bramando como una mezcla de

gorila y ser humano. Como estaban cerca de su furgoneta, se dieron a la fuga, entrando en el vehículo justo cuando les alcanzaba la criatura, quien propinó un golpe certero al parabrisas haciéndolo añicos. Según uno de los aterrorizados jóvenes, «la criatura parecía estar comiendo algo cuando nos miró con ojos amarillos y malévolos». Vista de lince la del muchacho si le pareció ver que estaba comiendo; más aún si pudo ver en los ojos de la criatura, además de su color, una malévola expresión. Lo digo porque el relato sitúa la acción en un bosque y al amanecer, y la distancia estimada por los chicos existente entre ellos y la bestia era, al comienzo de la persecución, de unos 150 metros, más de vez y media la longitud de un campo de fútbol. Resulta también sospechoso que conozcamos la historia si el dueño de la furgoneta *no quiso* reclamar el arreglo del parabrisas a su compañía de seguros para no tener que contar tan inverosímil historia.

En fin, testimonios. Pruebas tan consistentes como el queso de Limburgo derretido sobre un amortiguador caliente.

Más «evidencias»

No sólo disponemos de la «prueba» —concluyente, según tú— de la existencia del abominable hombre de las nieves (unos pelitos). Parece ser que hay más.

En relación con el bigfoot, quizá el mejor documento existente es una película de 16 mm grabada el 20 de octubre de 1967 por Roger Patterson y Bob Gimlin. En ella, a decir de los «expertos», se ve a una hembra bigfoot corriendo por un riachuelo del bosque de Six Rivers, California. En la película puede apreciarse un objeto cilíndrico similar a una lata de cerveza bajo el brazo del peludo ser. Conclusión de Eric Beckjord, del Proyecto de Investigación del Sasquatch de San Francisco: estos seres provienen del espacio exterior y son androides experimentales. Sus argumentos son éstos:

- «Un mono no tiene un cilindro en el brazo, a no ser que sea una criatura experimental».
- «Podría estar pululando en pro del gobierno estadounidense».
- «El cilindro es, muy posiblemente, un equipo de radio o equipo médico».
- «La indicación más persuasiva de que el bigfoot es de otro mundo es la ausencia de restos arqueológicos».
- «No se ha encontrado ninguno de ellos muerto en la carretera, tal y como aparecen los animales terrestres».

Razonamientos tan impecables sólo requieren prescindir de algunos detalles que enturbian tan sorprendentes revelaciones. Basta con no tener en cuenta que las primeras huellas del bigfoot fueron creadas en 1958 por el constructor Ray L.

Wallace, quien después se dejó ver por los bosques con un disfraz de simio con el propósito, tal como confesó, de alejar a los gamberros que destrozaban su maquinaria aparcada en las carreteras en construcción. O que recientes análisis de la película de Patterson y Gimlin han revelado algo parecido al cierre de un disfraz en la pelambre de la «hembra» bigfoot, disfraz que vestía un tal Bob Hieronimus, a quien los autores del montaje le prometieron 1000 dólares, que al parecer nunca llegó a cobrar. Según el cineasta John Landis, el creador del disfraz fue John Chambers, ganador del Óscar de maquillaje por *El planeta de los simios*. Así que ese cilindro que parece una lata de cerveza, ¿podría ser realmente una lata de cerveza?

Parece que la historia de la criptozoología está llena de fraudes. Como su primo norteamericano, el yeti se fundamenta en argumentos similares: por poner un ejemplo, falsas huellas del yeti por el Himalaya, sembradas durante más de quince años por un *tal* Rant Mullens. En *Mis enigmas favoritos,* Benítez llega a aceptar que tras el yeti hay fraude, lo que no puede obviarse desde que se reveló que un cuero cabelludo encontrado procedía del lomo de un antílope:

> Los restos de un cuero cabelludo, de un cráneo y de una mano de un Yeti son exhibidos y reverenciados en los monasterios budistas de Pangboche, Namche y Khumjung. Sin embargo, los análisis practicados revelan que son falsos. Pero, a decir verdad, el rigor científico les trae sin cuidado […]. Y en el fondo puede que tengan razón. Aun así, este enigma tendrá que ser encarado de forma sistémica *[sic]* por la comunidad científica.

¿Enigma «encarado por la comunidad científica»? Pero si cada vez que el enigma es encarado por la ciencia, se desvanece… Además, no nos engañemos, si a los monjes de esos remotos monasterios les trae sin cuidado el rigor científico, a vosotros, directamente, os repatea.

Tampoco os parece mal usar la falacia del principio de autoridad. Si la eminente primatóloga Jane Goodall opina que la existencia del yeti podría ser real, concluís sin lugar a dudas que la ciencia respalda su existencia. Pero por muy experta en primates que sea la señora Goodall, que lo es (y fue galardonada por ello con el premio Príncipe de Asturias de Investigación científica y técnica en 2003), su opinión tiene la misma validez que la de cualquier otra persona, si no se apoya en pruebas un poco más concluyentes que las que presentáis.

Qué decir del respaldo que pretendéis obtener del descubrimiento del hombre de Flores… En *www.criptozoologia.org*, la Sociedad Española de Criptozoología no duda en atribuirse su trocito de gloria gracias al trabajo ajeno al afirmar que el descubrimiento supone un espaldarazo importante para quienes defienden que la criptozoología es una disciplina de interés científico. Muy aventurado me parece extrapolar la posible (aunque dudosa) existencia del *Homo floresiensis* a la confirmación de la realidad del orang pendek, el supuesto yeti enano de Sumatra…

Sobre todo si semejante bicho tiene las extrañas cualidades que se detallan en el reportaje «Los hombrecillos del sudeste asiático» (*www.usuarios.lycos.es/criptozoo*):

> Se le atribuyen caracteres fabulosos. Se dice que tiene un solo ojo en medio de la frente, que está dotado de una fuerza sobrehumana, y que es capaz de transformarse en un tigre. Quien acampe en la selva y no le deje una ofrenda de tabaco o musgo seco, sufrirá el acoso de estos seres, que durante toda la noche armarán jaleo para no dejarle dormir…

Esas características, desde luego, no son propias de ningún primate conocido (salvo armar jaleo para no dejar dormir, comportamiento habitual de muchos juerguistas noctámbulos de nuestra especie).

Al menos de vez en cuando topamos con personas honradas. Como Reinhold Messner, considerado el mejor alpinista de todos los tiempos, el primer ser humano que coronó el Everest en solitario y sin la ayuda de oxígeno, primero también en coronar las 14 cumbres de más de 8000 metros. En 1986, mientras seguía la ruta del éxodo del pueblo sherpa desde la región del Dege a la del Khumbu, un anochecer se topó de bruces con la leyenda:

> Y entonces algo grande y oscuro, sigiloso como un fantasma, se metió en un hueco que había entre la maleza […]. Cuando salió otra vez al claro por un breve instante, resultó ser una figura gigantesca con dos piernas, como si mi propia sombra se hubiera proyectado sobre la espesura que había a unos diez metros de allí. Por un segundo, el ser que tenía enfrente permaneció inmóvil, luego se dio la vuelta y se esfumó en la oscuridad.

Messner cuenta en su libro *Yeti. Leyenda y realidad* que la leyenda del yeti es muy antigua. Su origen está probablemente en un dios-simio tibetano, una reencarnación de Chenresi, casado con una mujer-demonio de la que tuvo seis hijos cubiertos de pelo.

En 1986, Messner había conquistado el último de los ochomiles y se había retirado del alpinismo. Pero como no es precisamente un urbanita, se dedicó a recorrer los últimos territorios salvajes de la Tierra, como la Antártida, el Ártico, el desierto de Takla Macán y su amado Himalaya, por supuesto, donde tras aquel encuentro ha vuelto en repetidas ocasiones en busca del yeti. En 1997 viajó al Tíbet, donde localizó a la criatura que identifica con el yeti. En ese viaje, el superior de los lamas le mostró un ejemplar disecado, tras bajarlo de un escondite situado en el techo:

> El enigma del hombre de las nieves quedaba para mí resuelto. El *jemo*, de quien los nativos de esta región hablaban de forma tan natural como si se

tratara de un conocido, correspondía exactamente a la descripción que los lamas daban del Yeti: podía ser tanto oscuro como claro, era por lo general un ser solitario y nocturno. Andaba sobre dos patas, casi tan erguido como un hombre, y a menudo se agachaba para desenterrar algo […]. Ernst Schäfer [explorador alemán de la década de 1930] había identificado a un oso pardo, y muchos *khambas* lo consideraban un monstruo. Para mí, el Yeti era la contrafigura salvaje del hombre en la dialéctica entre la civilización y el medio silvestre.

Tonto es el que hace tonterías

O eso le decía a Forrest Gump su mamá. Me gustaría saber qué opinaría este personaje de cosas como las siguientes:

1. En 1969, el condado de Skamania, Washington, aprueba una ley que dice que «cualquier agresión voluntaria a tales criaturas [los sasquatch] será juzgada como un crimen». El comisario del condado Conrad Lundy declara al respecto: «Ésta no es una broma del Día de los inocentes; hay razones para creer que tal animal existe».
2. Una agencia de viajes británica anuncia que en adelante asegurará a los turistas que se desplacen al Himalaya contra el eventual riesgo de encontrarse con el yeti. El seguro cubrirá la muerte o invalidez del viajero, en caso de ataque del abominable ser, con un millón y medio de dólares.
3. Disney World exhibe la foto de la presunta mano amojamada del yeti, tomada por el criptozoólogo Marc Miller durante una expedición al Himalaya. Dicha foto se puede contemplar mientras se disfruta de las emociones de la «Expedición Everest» en el Walt Disney World's Animal Kingdom.
4. Alguien se hace subrepticiamente con un pelo del cuero cabelludo que se venera en el lejano monasterio de Pangboche, en el Tíbet, y lo pone a subasta en eBay, el famoso sitio de Internet. La última puja de que tengo noticia asciende a 6000 euros.
5. Un yowy ataca una autocaravana en Australia mientras su ocupante duerme. El testigo relata que notó un fuerte golpe en el vehículo, oyó las pisadas del ser cuando éste se escapaba y abrió la puerta a tiempo de ver, a la pálida luz de la Luna, movimientos en el follaje. ¿Que cómo sabe que el atacante era un yowy y no un simple gamberro? Seguramente porque —asegura— encontró huellas de 40 centímetros y pudo *rescatar* (esta palabra tan poco adecuada en el contexto la tomo de una nota aparecida en *www.akasico.com*) unos excrementos, pues el

animal no pudo aguantarse y defecó allí mismo. Que el testigo fuera Dean Harrison, el líder de un grupo de «cazadores de yowies», parece que no tiene nada que ver con su interpretación del suceso…

6. Un ministro del Estado de Johor, en Malaisia, organiza una expedición oficial en busca de su yeti local a raíz de la aparición de una huella (o algo similar) de 45 centímetros en una ciénaga de dicha región.
7. Como no podía ser menos, el yeti tiene nombre científico por obra y gracia del señor Heuvelmans: *Dinanthropoides nivalis*, que no es otra cosa que «abominable hombre de las nieves» en latín.
8. A raíz de la recompensa que una agencia de viajes ofrece en su paquete de vacaciones, que incluye la caza del yeti, el gobierno chino decreta la prohibición de cazar a dicho ser y expulsa de su territorio a la agencia de viajes. «Por una vez, el gobierno chino ha tomado una decisión acertada», opina la redacción de *www.akasico.com*.

Para mondarse, desde luego. O lo sería si no fuera porque, a veces, alguien termina haciéndose daño. Recordemos el caso de Jordi Magraner, muerto en plena juventud, que había dedicado los últimos años de su vida a demostrar la existencia del yeti pakistaní, el *barmanu*. Ni siquiera en el reportaje sobre su trágica muerte publicado en *Año Cero*, fue capaz Miguel Seguí de mostrar una pizca de cordura, aunque sólo fuese por respeto a su memoria. Entresaco un par de frases, que desde luego no quedan fuera de contexto:

> También estarían dotados de una gran nariz chata, ojos grises, frente huidiza, cuello grueso y unos órganos genitales que los nativos comparaban en tamaño a los de un asno […]. Las apariciones del Barmanu en Chitral no son el fruto de leyendas o historias que cuentan los abuelos a sus nietos, sino algo vivo y bien documentado.

No es la única muerte causada por la creencia en estos seres. En 1932, al otro extremo del mundo, en Hamilton, Nueva York, alguien vio que un peludo ser (¿un bigfoot?) dormía en una cabina. Avisada la policía, le obligaron a salir. El ser enigmático salió rompiendo una puerta y se escondió entre unos arbustos. Desde allí gritó y disparó, tras lo cual fue abatido por la policía. Se trataba de un hombre negro, alto y cubierto por pieles de oso y ciervo. Nunca pudo ser identificado.

Más recientemente, en 2002, la propagación de rumores sobre la existencia de un ser simiesco *(muhnochwa)* en el Estado indio de Uttar Pradesh, ha provocado un desastre. Así quedó contado en *Año Cero*:

> El miedo y la superstición han resultado ser más peligrosos que el propio

Muhnochwa: más de una docena de personas murieron apaleadas por sus vecinos al ser confundidas con el monstruo.

Tantos años de «misterio» han hecho de los diversos yetis un emblema de la cultura popular y un objeto de consumo. En la década de 1950 se organizaban ya más expediciones al Himalaya para localizar al yeti que para escalar sus cumbres. En cualquier caso, eran una bienvenida inyección de dinero para la economía local. Muchos supimos de aquellas lejanas tierras gracias al álbum *Tintín en el Tíbet*, en que el intrépido reportero se topaba con la entrañable bestia. Las «variedades» norteamericanas —el bigfoot y el sasquatch— son el pretexto para realizar convenciones anuales y cumplen una función muy interesante en la promoción del turismo de ciertas zonas, habiéndose convertido en un fenomenal negocio. En Harrison Hot Springs, Columbia Británica, se celebra una multitudinaria fiesta anual en torno al sasquatch. Estos supuestos seres forman ya, de hecho, parte del folclore de Estados Unidos y Canadá, y han prestado su nombre a productos tan variados como pizzas, patinetes, un portal de Internet y un modelo de camión. No todo son tonterías, como ves.

7
Una polilla en la sala

A las seis artes tradicionales —literatura, música, danza, pintura, escultura y arquitectura— se vino a unir, a caballo entre los siglos XIX y XX, el cine. En la historia de este séptimo arte ha habido obras que confirman la naturaleza artística del cine. Así, a bote pronto, y a título personal, citaré títulos como *La quimera del oro*, *El guateque*, *La naranja mecánica*, *Bienvenido Mr. Marshall* o *La lista de Schindler*. Pero también, al igual que en las seis artes clásicas, algunos no han hecho precisamente arte con la técnica cinematográfica sino películas francamente malas, de las que no es necesario dar ejemplos.

Cine pseudocientífico

No es mi intención hacer crítica de cine en estas páginas, ni soy capaz de ello, sinceramente. Pero sí me gustaría apuntar que el cine (aunque no sólo él) ha contribuido a popularizar ideas falsas. Estoy convencido de que *Encuentros en la tercera fase* o *ET* han hecho mucho por la difusión del fenómeno ovni, abducciones incluidas. Gracias a la película *Señales*, mucha gente se ha enterado de la existencia de «enigmáticos mensajes cósmicos» aparecidos en campos de cereales. Da miedo lo que la ciencia de la genética puede conseguir de alguien que debe todos sus conocimientos a *Parque Jurásico*, *GATTACA* o *El sexto día*. El cambio climático, que ya está aquí, se puso de moda sobre todo con *El día de mañana*, filme exageradísimo. Los inexistentes fenómenos psíquicos, como la precognición o la telekinesia, parecen reales en *Premonición*, *Poltergeist* o *Carrie*. En fin, los hay incluso convencidos de que las almas de los muertos pueden comunicarse con los vivos, como en la sorprendente *Los otros*, o peor todavía, apoderarse de nosotros (¿quién no ha disfrutado sufriendo con *El exorcista?*).

Consciente o inconscientemente, el cine ha puesto su granito de arena en la aceptación social de las pseudociencias. Es obvio que la criptozoología no podía ser menos. Y como la mayor parte del cine que devoramos con las palomitas viene de EE UU, el bigfoot es uno de los protagonistas más frecuentes de este, podríamos llamarlo, subgénero. Ahí van unos pocos títulos: *Harry y los Henderson*, *Sasquatch: la leyenda de Bigfooot*, *La leyenda del arroyo Boggy*, *El aullido del mutilado*, *El hombre nuclear*, *El secreto de Pie Grande*, *El monstruo de la montaña*, *Bigfoot*… Ni siquiera ha podido escapar el popular grandullón a la temática porno: en 1971 se rodó *The Geek*, película en la que se ofrece al espectador una cópula entre un bigfoot y una

joven excursionista. Y hay más… Incluso series de televisión, como una que tuvimos ocasión de ver hace unos años en España y cuyo título he olvidado.

Por supuesto, Nessie también ha hecho sus pinitos como actor: *El horror del lago Ness*, *Incidente en el lago Ness*, *El secreto del lago* o *Lago Ness*, en la que actúa Ted Danson, el simpático camarero de *Cheers*. El primo africano de Nessie, el mokele-mbembe, es la estrella de *Babi*.

No puedo olvidarme del hombre-animal más cinematográfico de todos: el vampiro. ¡Cuántas películas se han realizado basadas en el libro que sobre esta leyenda escribió Bram Stoker! Cómo no citar la versión de *Drácula* protagonizada por Bela Lugosi o la más reciente dirigida por Ford Coppola. ¡Maravilloso, nuestro gótico personaje! O qué decir del hombre lobo… La interpretación de José Luis López Vázquez como *lobisome* en la película española *El bosque del lobo*, dirigida en 1970 por Pedro Olea, fue magistral, como es habitual en él.

El enigma del hombre polilla

Ahora bien, para hombre-animal raro de verdad, el hombre polilla. Dicho así, suena como un chiste; no puedo evitar que me venga a la memoria el del diálogo entre el perro lobo y el oso hormiguero… Quizá por eso la película sobre tan extraordinario críptido no vio su título completamente traducido al español. O simplemente no se tradujo porque se ha puesto de moda no traducir los títulos originales en inglés, como si todos por aquí domináramos la lengua de Shakespeare.

De todas formas, el público español conoció al hombre polilla gracias a *Mothman, la última profecía*, una película estadounidense dirigida por Mark Pellington en 2002. Mothman (*moth*, polilla; *man*, hombre) no es un superhéroe al estilo de Spiderman, el hombre araña, o Batman, el hombre murciélago. Al contrario, es un ser malvado que mejor debería haberse llamado Pájaro de Mal Agüero. Voy a contarte la película, aunque lo más seguro es que no te hayas perdido ese documento supuestamente «basado en hechos reales».

La película comienza con un matrimonio muy enamorado que sufre un accidente de tráfico cuando ella, sentada al volante, tiene una fugaz visión de un extraño ser a punto de impactar contra el parabrisas. La peor parte del golpe se lo lleva la mujer, por lo que es ingresada en el hospital. Cuando la examinan en busca de posibles lesiones se revela que tiene un tumor cerebral. Poco después muere, no sin antes preguntar a su marido si vio tan extraña aparición y realizar en un cuaderno varios dibujos del monstruo.

Dos años más tarde, el viudo, el periodista del *Washington Post* John Keel, interpretado por el siempre atractivo Richard Gere, sufre un episodio *paranormal*. Hora y media después de salir de Washington está perdido y con el coche averiado en Point Pleasant, ¡a 650 km de distancia! Durante el resto de la película no abandonará

esta población por dos motivos: uno, porque una representante de la policía local (interpretada por Laura Linney) le hace tilín; y dos, y mucho más importante, porque se topa con un buen número de lugareños que afirman haber visto un ser (que en la película nunca termina de mostrarse) similar al que vio su mujer poco antes de su muerte. Como entonces, cada aparición parece inextricablemente unida a una pronta desgracia.

El bicho tiene un sentido del humor muy macabro. Le da por telefonear a Keel haciéndose pasar por otras personas (incluso por su difunta esposa) y haciendo «trucos de magia»: es capaz, por ejemplo, de adivinar las palabras exactas que lee el periodista en un libro abierto en ese momento al azar.

Mothman es visto tan a menudo que Keel sospecha que algo gordo va a pasar en ese pueblo, por lo que se pone en contacto con un experto en el extraño ser, un tal señor Dick. Éste, como buen especialista en lo paranormal, sostiene que «existen cosas que no vemos, como la electricidad o las microondas» y que «la mayoría de las personas no tiene sensibilidad para captarlas». Comenta que ha sido visto en otras ocasiones, por ejemplo en Ucrania justo antes de la explosión de la central nuclear de Chernóbil.

Algo después, Mothman telefonea una vez más a Keel y le comunica que va a haber una tragedia en el río Ohio. Junto al río se levanta una impresionante planta química que al día siguiente va a recibir la visita del gobernador, por lo que, nada más bajar éste del avión, Keel le aborda y le advierte de que la planta va a explotar. Pero el gobernador le mira como si fuera un chiflado y continúa con el programa previsto. La visita se lleva a cabo con toda normalidad. Ninguna catástrofe. ¿Una broma macabra de Mothman?

No, señor. Cuando por fin Keel decide que ya es hora de volver a la redacción del periódico, una avería en los semáforos lo atrapa, junto a otros muchos conductores, en el puente Silver, que une las orillas del río Ohio en Point Pleasant. De repente, el puente se viene abajo y varios coches caen a las gélidas aguas, entre ellos el de la bella policía. Por supuesto, Gere se luce saltando al agua y rescatándola *in extremis*. Fallecen 36 personas, lo que nos hace recordar el sueño premonitorio que la agente había contado previamente al periodista, en el que oía una voz que le susurraba: «Despierta, número 37». Tras informar al espectador de que nunca se ha sabido la causa de la rotura del puente, la película termina con un fundido en negro donde se lee la siguiente leyenda:

> A pesar de que las apariciones han continuado por todo el mundo, Mothman nunca más volvió a ser visto en Point Pleasant.

«Basada en hechos reales»

Muchas películas están basadas en hechos reales, pero los hechos pueden moldearse como arcilla húmeda. Hay que reconocer que eso no está mal si se logra un relato más atractivo para el espectador… Así que podemos preguntarnos acerca de la fidelidad de esta película a los hechos. Por suerte tengo en mis manos un ejemplar de *Año Cero* en el que se publica una entrevista con Loren Coleman, antropólogo y criptozoólogo —al menos así reza el titular— y declarado seguidor de Charles Fort, personaje del que hablaré más adelante. Y digo suerte porque, además de haber publicado un libro sobre las apariciones del hombre polilla, es uno de los *expertos* que asesoró a los guionistas de la película. Aun asumiendo que hay cambios, éstos son secundarios, según Coleman: «Todo eso sucedió realmente», asevera al comienzo de la entrevista. Y en «todo eso» incluye extraños fenómenos que no aparecen en la película, como avistamientos de ovnis o mutilaciones de ganado.

Como soy de naturaleza escéptica, no acabo de fiarme de Coleman, por lo que indago en los ya mundialmente famosos hechos de Point Pleasant. Por ello me atrevo a opinar que quizá no todo fue tan real como se nos quiere vender.

Es cierto que el periodista John Keel perdió a su joven esposa tras un accidente de tráfico. Es probable que su mujer le comentara haber visto una extraña figura de ojos rojos junto al coche instantes antes del accidente, y que dibujara inquietantes siluetas aladas postrada en el lecho del hospital.

También es cierto que un par de años más tarde, a principios de diciembre de 1966, se desplazó a Point Pleasant. Pero no es cierto que apareciera allí como por embrujo y sin haber oído antes del lugar. Su profesión de periodista le llevó a esa población con el propósito de realizar un reportaje sobre ovnis. Por cierto, Keel no trabajaba para el *Washington Post* sino para una publicación que muchos hombres adultos (y también adolescentes) compran para leer sus interesantes artículos: la revista *Playboy*. Parece que a los guionistas de la película les dio por el recato, aunque eso no afecta al fondo de la cuestión, como tampoco que la película esté ambientada en la actualidad. Sí me parece interesante resaltar la afición del periodista por el fenómeno ovni.

Una vez allí, Keel entrevistó a los testigos de la primera aparición de Mothman en Point Pleasant. El 15 de noviembre anterior, dos jóvenes parejas viajaban en coche junto a una vieja fábrica de municiones cercana a la ciudad, conocida por los habitantes de la zona como Área TNT. Según su testimonio, algo parecido a un hombre, aunque mayor, con alas y unos ojos rojos y brillantes, se acercó al coche en marcha. Para cuando Keel llegó, un periodista más madrugador que él había bautizado ya a la criatura como Mothman, el hombre polilla. De cualquier manera, Keel había viajado a Point Pleasant porque en el lugar, además de las apariciones de

Mothman, se hablaba de ovnis, casas encantadas, llamadas telefónicas misteriosas, ganado inexplicablemente mutilado, amenazadores hombres de negro (sí, esos malvados agentes del gobierno cuya misión es que los testigos olviden)… Durante el tiempo que el periodista permaneció en Point Pleasant, otras personas afirmaron haber visto a Mothman.

El puente Silver se hundió la tarde del 15 de diciembre, cuando una fila de coches esperaba a que el semáforo cambiara a verde. Sin embargo, la cifra oficial de muertos ascendió a 46, diez más que en la película. También se hizo oficial que el desastre se debió a la fatiga de los materiales y no a causas desconocidas. Finalmente, cuando el puente se vino abajo, John Keel no estaba en él, así que del heroico rescate de la agente, nada de nada. Ni siquiera estaba en Point Pleasant sino en Nueva York, donde se enteró de la tragedia como la mayoría de sus compatriotas, por televisión.

No sé en qué quedó el reportaje que había ido a preparar para *Playboy*, pero la experiencia le inspiró un libro, que salió al mercado en 1975: *The Mothman Prophecies*, en el que se ha inspirado la película homónima; un libro que gracias a ésta ha vuelto a los estantes de las librerías. En él, nuestro periodista cuenta que en Point Pleasant se abrió una puerta a otra dimensión, que quedó definitivamente cerrada tras el desastre del puente. Por eso desde entonces no se ha vuelto a ver al enigmático Mothman. ¡Todo un prodigio de racionalidad! Keel sostiene que durante su estancia recibió multitud de llamadas de personas abducidas por extraterrestres e incluso de los propios extraterrestres (¿consiguió el simpático ET llevarse el teléfono a casa?). Más aún, asegura que en estas llamadas le anunciaron, además de la inminente caída del puente Silver, el futuro asesinato de Martin Luther King, líder de la resistencia pacífica contra la segregación racial en EE UU. Esto viene en el libro, pero no hay ni la más mínima prueba, claro está, que demuestre que Keel conocía esos trágicos hechos antes de que sucedieran.

¿Qué es Mothman?

Nadie lo sabe con certeza. Puede que sea un ser paranormal venido de un universo paralelo… pero yo diría que esa hipótesis es extremadamente poco probable. Ornitólogos de las cercanas universidades de Ohio y Virginia Occidental consideraron que las enigmáticas visiones, siempre bajo condiciones adversas de visibilidad (por la noche, desde vehículos en marcha, etc.) podrían corresponder a ejemplares de grullas areneras perdidas tras desviarse, por alguna razón, de sus rutas habituales de migración. Estas aves, de más de metro y medio de altura y de más de dos de envergadura, pueden dar un buen susto si levantan inesperadamente el vuelo cerca de uno. Por cierto, lucen unos bonitos adornos en forma de aros de intenso color rojo en torno a los ojos. También se ha apuntado la posibilidad de que se trate de una especie de búho de gran tamaño.

Los «escépticos» como tú no podéis creer (¡faltaría más!) en la remota posibilidad de que alguien confunda a Mothman con un bicho tan terrenal como una grulla. Al fin y al cabo, ¿qué pasa con las premoniciones? ¿Y con los hombres de negro? ¿Y con las misteriosas mutilaciones del ganado? ¿Y con los ovnis? ¿Y con…?

Dímelo tú. Yo no lo sé. No tengo ni idea de lo que pasa con semejantes fenómenos. Todo lo que sé de ellos es que hay gente que asegura que los ha visto. Que lo jura, incluso, por su honor. Ni una sola prueba más que su palabra. «Aplastante evidencia testimonial», a tu entender. Para mí, sólo testimonios. Con esos testimonios se han vendido miles de ejemplares del libro de Keel y millones de personas han visto la película en los cinco continentes. Testimonios. No debería terminar este libro sin que habláramos de ellos, ¿no te parece?

8
Hay gente muy animal

Tranquilo, que no va por ti. Me refiero a algo más literal, a esas quimeras entre hombre y bestia, a esos seres —mitad animal, mitad humano— que tanto han influido en el imaginario colectivo desde las más antiguas leyendas a las películas más recientes. Mitología en estado puro. Al menos, ésa es mi humilde opinión: se trata, nada más y nada menos, que de mitos, algunos de ellos de una hermosa complejidad, que ocupan un lugar destacado en la historia de la cultura.

Sin embargo tú, en calidad de estudioso de lo *enigmático*, *esotérico* y *paranormal*, opinas que no conviene precipitarse a la hora de llegar a conclusiones. Sostienes que deberíamos tener la mente abierta; que hay cosas que la ciencia no puede explicar; que —cómo no— algo se oculta detrás tantos testimonios, historias y tradiciones vivas aún en muchos rincones de nuestro ancho mundo…

Terribles transformaciones

Las que nos han hecho pasar tantos buenos ratos con un libro entre las manos o en la oscuridad de una sala de cine. ¿Personajes de ficción? Insistes en que no está tan claro.

Como el vampiro, ese ser nacido en Transilvania que se niega a abandonar definitivamente el mundo de los mortales, medrando a base de succionar la sangre de sus víctimas. D'Arbó (pseudónimo de Sebastià Arbonés) aireó en la desaparecida revista *Karma 7*, dirigida por él, el caso del vampiro de Borox, la aterradora historia de un ataúd llegado de la extinta Yugoslavia, que en los años de la transición recorrió España desde Cartagena hasta La Coruña pasando por diversas poblaciones, entre ellas Borox, en Toledo, hasta que un compatriota se hizo cargo definitivamente de su entierro. Durante su azaroso viaje, el ataúd, o el cadáver que se alojaba en su interior, iba dejando a su paso un reguero de anemia y muerte. Es curioso ese reportaje de investigación, repleto al parecer de datos «reales». Lo digo porque toda la historia es mera ficción: se trata de un relato publicado en 1966 en un libro titulado *Antología de la literatura fantástica española*, que formaba parte de una novela de Alfonso Sastre titulada *Las noches lúgubres*.

¡Qué juego te ha dado también el hombre lobo, del que dices que la Luna provoca su terrible mudanza! ¿Y quién puede convertirse en hombre lobo? Aquí adjunto una selección de lo que debemos evitar si no queremos ser uno de ellos: beber donde lo haya hecho un lobo, cubrirse con su piel, dormir desnudo a la luz de la Luna llena, no

ser bautizado siendo séptimo hijo varón y, por supuesto, ser mordido por otro hombre lobo. En *www.escalofrio.com* lo tienen muy claro: los hombres lobo

> no son sólo un mito; son un fenómeno complejo que se ha ido desarrollando, entre el bien y el mal, a lo largo de la historia.

Por suerte, hemos superado gran parte del oscurantismo del pasado (aunque, desde luego, no gracias a gente como tú). La creencia en los hombres lobo hizo que sólo en Francia, en el siglo XVI, se registraran unos 30.000 «casos». El temor hizo que muchas de esas personas fueran salvajemente asesinadas. Hoy día sabemos que hay enfermedades que pudieron haber alimentado el mito. La hipertricosis, por ejemplo, que provoca que todo el cuerpo esté cubierto de pelo, incluido el rostro, desde la infancia. También la porfiria congénita, enfermedad que incluye entre sus síntomas la fotosensibilidad, lo que obliga a vivir de noche. Más otras enfermedades que afectan a la médula ósea y a los cartílagos y que hacen necesario a quien las padece desplazarse a cuatro patas.

No olvidemos que en aquella época también había psicópatas, sádicos, necrófilos, antropófagos… personas con desviaciones que podrían explicar otro buen número de casos. Sumemos las alucinaciones producidas por los «medicamentos» de la época, que solían incluir hongos y plantas tóxicas, y no olvidemos los casos en que alguien denunciaba al vecino por venganza. Explicaciones racionales las hay, y muy variadas.

En mis manos tengo el reportaje «Humanos transformados en animales», publicado en la inefable *Año Cero,* donde José Antonio Iniesta hace un repaso de esa categoría de críptidos que agrupa a los hombres-animales. Nada más comenzar, deja ya clara su postura. Por un lado, reconoce que algunos relatos sobre inquietantes criaturas híbridas y sobre humanos que se transforman en bestias pueden ser fruto de testimonios exagerados de aventureros inquietos. Por otro, y aquí se manifiesta su «mente abiertas», escribe que en alguno de ellos…

> podría subyacer un encuentro con seres inclasificables o con animales deformes, resultantes de extrañas mutaciones […]. Sabemos de la enorme capacidad para fabular de los viejos cronistas y de los románticos viajeros de los siglos pasados, pero tendríamos que preguntarnos dónde acaba la imaginación y empieza la realidad.

Vamos, ¡que algo tiene que haber! Y a continuación desgrana algunos casos. Por ejemplo, el caso del «hombre culebras» de la Sierra del Segura, en la provincia de Albacete, caso que presume haber «investigado» a fondo. Nos cuenta que ese señor está vivo y coleando, y que se trata de un hombre afectado por una llamativa enfermedad que da a la piel la apariencia escamosa de un reptil. Supongo que se

refiere a la ictiosis (del griego *ichthys*, pez), que se manifiesta, entre otros síntomas, por placas cutáneas más o menos oscuras, semejantes a las escamas de peces y reptiles. Vaya, un caso con explicación racional. Me sorprende.

Poco dura la racionalidad de Iniesta. En seguida recobra su temperamento habitual para contarnos el caso que le relató una mujer «de toda confianza». Cuenta la señora que un hombre perseguía a los habitantes de Huauchinango, México, y que, aunque era un ser humano, presentaba extremidades de cabra de rodillas para abajo. Verídico, sin duda, ¿no?

Desde ahí salta al terreno de la especulación histórica para contarnos el «tormento psicológico» al que debían estar sometidos los doctores del Santo Oficio, también conocido como Santa Inquisición. En principio, las transformaciones que protagonizaban los acusados de brujería no podían ser reales, puesto que, como queda reflejado en el *Canon episcopi*, una mutación tan sólo puede hacerla Dios, creador de las esencias. El problema quedó resuelto cuando concluyeron que las transformaciones eran reales y obra del mismísimo demonio, y comenzaron a recoger cientos de casos en el *Malleus maleficarum*.

A continuación da un nuevo salto intelectual, ahora a la teratología, rama de la medicina que se ocupa de los casos de nacimientos de personas con terribles malformaciones. Algunos de estos casos podrían ser el origen —en esto estoy de acuerdo— de algunas historias de hombres-animales, como los casos extremos de siameses que comparten el organismo de cintura para arriba y tienen dos pares de piernas (caso del cruelmente llamado «niño araña» de Paraguay).

José Antonio Iniesta dedica un apartado al hombre lobo, mezclando sin hacer distingos los trastornos mentales y los físicos, ritos chamánicos de la Nueva Era, energías cósmicas que pueden conectar al ser humano con su animal interior, alucinaciones inducidas por drogas…: todo resulta igual de válido.

Antes de terminar, hace un nuevo viraje para aparecer en el campo de la mitología. Cuenta la bonita historia de Ascálago, hijo de Aqueronte y Gorgira, convertido en búho (o lechuza, según versiones) por Deméter como castigo por haber acusado a su hija Perséfone de haber comido una granada del jardín de los Infiernos. Cita a Nerites, transformado en caracol al negarse a aceptar las alas que Afrodita, enamorada de él, le había ofrecido para que la acompañara en su ascenso al Olimpo. Estas y otras historias, sin duda mitológicas, añade, nos muestran el claro rastro de esa esencia animal a la que tanto tememos. Algo me dice que con eso de la *esencia animal* no quiere referirse al origen de nuestra especie por el mecanismo de la evolución biológica. Mitológicos considera también a centauros, tritones, sirenas, hombres pez… y deja caer, como quien no quiere la cosa, un caso muy poco mitológico: el del hombre pez de Liérganes. Como este pueblo cae cerca, vamos a husmear en el asunto.

El hombre pez de Liérganes

Un caso tan apasionante como el del monstruoso hombre pez de Liérganes merecía que se investigara con el «rigor» característico de Iker Jiménez, que se hace patente, domingo tras domingo, en el programa televisivo *Cuarto milenio*. Por supuesto, la investigación no podría terminar con el enigma… Sus investigaciones consiguen siempre que los enigmas sean aún mayores que antes de empezar; su labor consiste en hacer la oscuridad aún más oscura. Por suerte, algunos tratan de tirar en dirección opuesta y encienden una vela en las tinieblas, por continuar con la metáfora. Como Fernando Frías, miembro de la Asociación para el Avance del Pensamiento Crítico, quien, motivado por su «investigación», desmantela el enigma en un pispás *(yamato.arp-sapc.org/incu01.htm)*. El título de su trabajo es revelador: «El extraño caso del hombre pez y el intrépido investigador. O de cómo unos escépticos desmontan un reportaje sensacionalista sin tener que levantarse del sillón». Empecemos por la crónica de Iker Jiménez que vio la luz en la revista *Enigmas*, n.º 5, en cuya portada pudimos leer:

> El hombre pez de Cantabria: ¡Demostramos su existencia!

Así, entre signos de admiración. En páginas interiores, el artículo con su firma. En éste leemos que en el siglo XVII vivió en la localidad cántabra de Liérganes un hombre llamado Francisco de la Vega Casar, que se convirtió en un híbrido entre hombre y pez. Cuenta cómo su labor de investigador de lo paranormal le condujo a Liérganes, donde su párroco le informó de que las actas que podrían demostrar la existencia del hombre pez sólo podían estar en las celdas del monasterio de clausura de las clarisas en Santillana del Mar. Con su labia proverbial convence a sor Emilia y entra en el convento, donde encuentra las partidas de bautismo y defunción de Francisco de la Vega Casar, el hombre pez:

> Los datos irrefutables estaban en mis temblorosas manos; nadie ya los podía negar […]. El hombre pez vivió en aquellas remotas tierras y nosotros lo habíamos demostrado.

En el reportaje se incluía una pequeña imagen de ambas actas: las pruebas «irrefutables» de la existencia del hombre pez. Junto a ellas, sus transcripciones. Así transcribe Iker el acta de bautismo:

> Digo yo el B r po; de heras que oy a 22 de octubre de 1658 anos Bautice a

Franco. de la Vega hijo de Frco. de la Vega y de ma de Cassar su mujer fue su P.o el tal Frco. de heras y testigos el SR Reñada y el Sr. Pascual de Macas y por ser así lo firmo Hurs ffr po de heras miera.

En cuanto al acta de defunción, nos cuenta que se trata de

las notificaciones oficiales del fallecimiento de Francisco de la Vega, el denominado «hombre pez» por el propio párroco.

Éste es el momento de tener en consideración el análisis de ambas actas realizado por Fernando Frías. En su concienzudo trabajo, Fernando nos muestra imágenes de ambas actas de más calidad que las que proporcionaba *Enigmas y* demuestra que donde el amigo Iker leía «Franco.» como abreviatura de Francisco, en realidad pone «Jno», es decir, Juan: se trata del acta de bautismo de un tal Juan de la Vega.

En cuanto al acta de defunción, es cierto que está firmada por el párroco de Liérganes, pero éste no escribe «hombre pez» en ningún sitio. Esta anotación (que indica que el acta «corresponde a Francisco de la Vega, llamado el hombre pez») está escrita al margen y con una letra distinta. Expertos paleógrafos han demostrado que se añadió a principios del siglo XIX, cuando la leyenda era ya sobradamente conocida, y más de medio siglo después de haberse redactado el acta.

Volviendo al acta de bautismo, alguien escribió también una vez en ella las palabras «hombre pez» para borrarlas posteriormente, lo que Iker utiliza en su argumentación. ¿Alguien se dio cuenta de que no era de Francisco sino de Juan, y corrigió su error? Parece que ese alguien tuvo, por tanto, mejor vista…

Fernando Frías no se queda ahí. Deja a Iker Jiménez aún más en evidencia al señalar que no es cierto que descubriera esas actas, pruebas «irrefutables» de un fenómeno *paranormal*. Ya habían sido descritas (y manipuladas) tiempo atrás, como se puede comprobar en su exhaustivo trabajo. Y tampoco es cierto que violara la clausura del convento de las clarisas por su cara bonita. Los documentos estaban en el archivo diocesano de Santander, en un edificio anexo al convento, pero no en él. ¡Ah, ya!, que la historia queda así más novelesca…

Resumiendo. Primero, el trabajo del intrépido reportero Iker Jiménez no supone entrar en un convento de clausura sino en un archivo público. Segundo, no es el descubridor de las actas de bautismo y defunción de nadie. Tercero, las actas son de dos personas distintas. Y cuarto, cuando se escribieron, nadie anotó en ellas la expresión «hombre pez». ¿Qué demuestra? ¿La existencia del hombre pez de Cantabria? ¡Nada de nada! O peor que nada: su nivel de honradez profesional.

¿De qué pez estamos hablando?

En 1674, Francisco de la Vega, afincado en Bilbao desde unos años atrás para aprender el oficio de carpintero, desapareció cuando se estaba bañando en el río con unos amigos. Como no apareció, a pesar de ser un buen nadador, tras una intensa búsqueda fue dado por muerto.

Cinco años después, un ser acuático con apariencia humana fue visto por unos pescadores nadando en aguas de la bahía de Cádiz. Cuando decidieron sacarlo del agua vieron que se trataba de un hombre de aspecto normal salvo por un detalle: tenía la piel del pecho escamosa. Cuando fue interrogado, pudo decir sólo una palabra: Liérganes. El hombre fue conducido por un fraile hasta esa localidad, donde fue reconocido y acogido por su madre. Se confirmó entonces que el joven era Francisco de la Vega.

Francisco se quedó en casa de su madre, donde mantuvo un comportamiento extraño: no mostraba interés por nada, iba descalzo y desnudo si no le obligaban a calzarse y vestirse, no hablaba, y comía hasta reventar para ayunar a continuación durante cuatro o cinco días. Al cabo de nueve años desapareció definitivamente, al parecer un día que se bañaba en el mar.

No puede extrañarnos que pasara a la posteridad como «el hombre pez». Desapareció en las aguas de un río, reapareció años después en las aguas costeras del otro extremo de España y volvió a desaparecer en el mar. Y, no lo olvidemos, tenía escamas. Una vida verdaderamente misteriosa. Pero de ahí a afirmar que se trataba de un híbrido entre hombre y pez media un abismo… Puede que, como buen nadador, recorriera la distancia entre Bilbao y Cádiz a nado, descansando y alimentándose a lo largo de la costa, o quizá tomó un barco, lo que es mucho más probable. Nadie en su sano juicio puede sugerir que vivió en el agua los cinco años que estuvo desaparecido. En cualquier caso, su desinterés, glotonería y mudez pueden explicarse como síntomas de cretinismo, enfermedad frecuente en aquella época en las montañas cántabras. En cuanto a la piel escamosa, he señalado que es propia de la ictiosis. Esta enfermedad suele ir acompañada de insuficiencia tiroidea, que provoca que el organismo tenga una menor demanda de oxígeno, lo que viene de perlas para las inmersiones acuáticas.

En fin, se puede optar por la racionalidad o por el espectáculo. Pero en este último caso hay que tener cuidado de no pillarse los dedos. ¿Recuerdas a Joan Fontcuberta, el fotógrafo que se disfrazó de cosmonauta para una exposición? Sí, el que hizo meter la pata a Iker Jiménez hasta la ingle en su programa de televisión, cuando trató del *misterio* del cosmonauta borrado de la historia… Pues bien, Fontcuberta ha preparado recientemente una exposición titulada *La sirena del Tormes*, que puede ser visitada en distintas ciudades. Es un montaje fotográfico con el que pretende «convencernos» —de broma, advierte, como ya lo advirtió en el caso del cosmonauta *desaparecido*— de que en las orillas de este río han aparecido fósiles de sirenas, incluso una de ellas embarazada. ¡No vaya a hacer Iker Jiménez un programa sobre ello tras intensas investigaciones por parte de todo su equipo!

9
¿Dónde se ocultan?

Sostenéis, sin propósito de enmienda, que la criptozoología es la disciplina que se dedica al estudio de los animales *ocultos*. Esto hace de ella una actividad muy meritoria, pues ya me dirás tú cómo se puede estudiar lo que está oculto… Estaba pensando que, si los críptidos existen, como mantienes obstinadamente, se esconden muy bien. Por eso sigue pasando el tiempo y no hay manera de que abandonen esa categoría de críptidos, es decir, de ocultos. Al fin y al cabo, de algunos de ellos, como los dragones o el monstruo del lago Ness, tenemos noticias desde la antigüedad. De casi todos se oye hablar desde hace, como poco, unos cuantos decenios… Las «pruebas» en las que basáis vuestros análisis, como fotografías y filmaciones de escasa calidad, huellas en la nieve o testimonios, no terminan de convencer a escépticos de mente estrecha como el que firma estas páginas. Nos conformaríamos con un solo ejemplar al que pudiéramos hincar el diente, e interpreta esto último en sentido figurado…

Ocultos... ¿Dónde? ¿Cuál es su origen? ¿Son unos animales corrientes todavía no catalogados por los zoólogos, esos científicos «conservadores» que no se conforman hasta que tienen a los bichos rellenos de estopa o dentro de un tarro de formol? ¿O su origen es, digamos, mucho más *enigmático*? Como no puedo informarme sobre tan críptica fauna en mis libros de zoología, no me queda más remedio que sumergirme en los estudios resultado de vuestras «investigaciones».

Fort en el País de las Maravillas

Charles Fort fue un científico autodidacta (así se lo califica en *www.akasico.com*) que vivió a finales del siglo XIX y principios del XX, un adelantado a su tiempo (esto también lo tomo de esa *web*) que dedicó gran parte de sus esfuerzos a coleccionar documentos referentes a cualquier fenómeno *extraño*. Vivía en un modesto apartamento del Bronx, en Nueva York, de donde apenas salía salvo para visitar la biblioteca municipal en busca de noticias inexplicables.

Poco a poco su casa se fue llenando de recortes de prensa que recogían lluvias de peces, ranas o piedras, aguas negras o con olor a azufre, apariciones de seres imposibles, meteoritos con grabados indescifrables…

Como no podía ser menos, Charles Fort se interesó por el objeto de estudio de la criptozoología. Esto cuentan José Gregorio González y David Heylen Campos respecto al demonio de Devonshire en la *web* oficial de *Año Cero* y *Enigmas*:

> Uno de los episodios más singulares de la criptozoología fue recopilado por Charles Fon a finales del siglo XIX, cuando por espacio de varios meses se localizaron un gran número de extrañas huellas en el paraje inglés de Devonshire. Su singular forma de «U» y su disposición individual en línea hicieron pensar a los expertos de la época que se trataba de una criatura con una sola pierna, un ser que se desplazaba dando saltos que en ocasiones fueron estimados hasta en 6 metros de altura. Sin embargo, nadie la llegó a ver…

Para poder encontrar explicación a tan extraños fenómenos decidió estudiar diferentes disciplinas científicas por su cuenta. Esto le permitió formular diversas teorías que recopiló en varias obras, especialmente en *El libro de los condenados*, publicado en 1919, un clásico imprescindible, en opinión de González y Campos, para todo «amante del misterio». Según Fort, *condenados* eran los sucesos sobre los que la ciencia no había podido encontrar explicación, condenándolos al olvido o, peor todavía, negándolos (la ciencia, como es costumbre, siempre por el camino fácil, ¿verdad?). Así que sugirió que los científicos deberían cambiar su manera de ver el mundo y tener la mente «abierta» a conclusiones mucho más audaces, aunque sin abandonar el método científico, único válido para llegar a la verdad.

Pero la ciencia «dogmática» continúa sin reconocer las valiosas aportaciones de la magna inteligencia de Charles Fort… Por suerte, los verdaderos conocedores de que la realidad llega mucho más lejos de lo que los científicos osan admitir, honráis su memoria utilizando el término *forteano* como sinónimo de paranormal, inexplicable, sobrenatural. *Forteanos* son, valgan como ejemplo, los avistamientos de ovnis, la precognición, el espiritismo, la radiestesia o la criptozoología. Mejor todavía, repartidas por el ancho mundo existen unas cuantas sociedades de estudios *forteanos* que intentan explicar lo inexplicable. Lo que en ocasiones no parece tener muchas probabilidades de éxito, como reconoce Richard Freeman, criptozoólogo del Centro de Zoología Forteana del Reino Unido, y jefe de una expedición que, en el verano de 2006, se encontraba en Gambia en busca de un dragón conocido en la zona como ninki-nanka.

El ninki-nanka tiene cabeza de caballo, un largo cuerpo con escamas simétricas y una cresta de piel en la cabeza, o así lo describen los «testigos». Algunos aseguran que tiene Alas y escupe fuego. El propio Freeman admitía en una entrevista a la BBC que las pruebas de la existencia del ninki-nanka no son muy sólidas, pues la mayoría de los «testigos» mueren al poco tiempo de verlo, pero rechazó la idea de que la búsqueda fuera una pérdida total de tiempo y dinero. Algo muy razonable, sobre todo tras oír el testimonio de un superviviente, quien les habló de un animal de 50 metros (¡vaya, casi el doble de largo que la enorme ballena azul!), parecido a un dragón chino, que vio una hora antes de enfermar. El «testigo» les contó que pudo salvar la vida gracias a que se le suministró una poción de hierbas. Lo último que sé de este

esperpento es que el equipo pensaba volver al Reino Unido con algo que suponen es una escama del ninki-nanka…

Respuestas para un enigma de otro mundo

En el n.º 159 de *Año Cero*, Javier García Blanco publicó un análisis de las teorías criptozoológicas más «vanguardistas», las que proponen que los críptidos son seres de carácter *paranormal*. Porque hay que partir de que los testigos no mienten. Así que haberlos, haylos.

Partiendo del axioma de que su existencia está fuera de toda duda, los norteamericanos Loren Coleman y Jerome Clark cayeron en la cuenta de que criaturas como Mothman, el yeti, el monstruo del lago Ness y los demás bichos críptidos tenían algo en común: a pesar del gran número de avistamientos de esos seres en distintos lugares de todo el mundo y de la cantidad de expediciones destinadas a capturarlos, ¡nunca se ha conseguido atrapar ni a uno solo! ¡Pasmoso! Aún hay más: en muchas ocasiones, añaden, su aparición está asociada al avistamiento de ovnis o a fenómenos paranormales como los *poltergeist*.

Pensando, pensando, se dieron cuenta de que tanto los críptidos como los alienígenas que viajan en ovni tenían muchas cosas en común: son más esquivos de lo que deberían ser, se muestran bajo gran variedad de formas, y el comportamiento de algunos críptidos y extraterrestres resulta sospechosamente mecánico.

Así que juntaron todos esos ingredientes y, en 1978, sacaron a la luz el libro *Creatures of the outer edge*, que en castellano viene a ser *Criaturas del límite exterior*. Si no ganó el premio Pulitzer fue seguramente porque la teoría de Coleman y Clark la había apuntado ya el periodista John Keel, el de la historia de Mothman, en su libro *Guía completa de los seres misteriosos*. En ese libro, Keel dividía a los críptidos en dos grupos. En el primero de ellos, los bichos que los científicos no han descubierto todavía. En el segundo,

> criaturas que no son reales ni físicas en el sentido habitual de estas palabras, pero sobradamente reales mientras duran. Son parafísicas y pueden asumir la forma, por ejemplo, de gigantes de un solo ojo, que surgen de magníficas máquinas voladoras.

La idea de Keel es que los animales de este segundo grupo tienen su origen en algún fenómeno desconocido, quizá una inteligencia oculta en una dimensión paralela que adquiere consistencia física a su antojo.

¡Genial! Así se puede explicar cualquier cosa, y así lo haces tú para dar credibilidad al hecho de que en Inglaterra se hayan visto en los últimos años, según dicen, miles de gatos extraterrestres gigantes *(alien big cats)* o que en muchos lugares

del mundo se haya informado de la presencia de cocodrilos (donde no debería haberlos, claro está). Me voy a permitir contar el avistamiento de un cocodrilo en un lugar conocido como Monte Plano, muy cerca de donde vivo. El testigo, muy próximo a mí, es de total confianza. Me contó que, al volante de su camión, se dirigía por un camino rural a depositar unos residuos en el vertedero municipal. Al bajar de la cabina para abrir la verja de entrada, tropezó con un cocodrilo de «no menos de tres metros». Como lo oyes. No le pareció ver un cocodrilo nadando en un pantano, no: literalmente se dio de bruces con él. ¡Imagina qué susto! Instintivamente, salió corriendo hacia el interior de las instalaciones, donde le informaron de que el cocodrilo, que todavía no se había movido, había fallecido la víspera en la jaula de un circo que visitaba el pueblo. Al encontrar el vertedero cerrado, habían abandonado su cadáver en la entrada, donde permanecía para susto de quienes llegaban y regocijo de los trabajadores del vertedero.

Definitivamente, no son de este mundo

No pueden serlo, tienes razón. Como prueba, entresaco las siguientes perlas de distintos artículos aparecidos aquí y allá, lo que de paso nos permite comprobar la gran variedad existente de seres «criptozoológicos».

> Estos seres son tan escurridizos que […] podrían coexistir con nosotros en un universo paralelo o hiperdimensional y su manifestación parafísica podría ser provocada por el psiquismo de los testigos.

Con la expresión «estos seres» el autor se refiere a monstruos de agua dulce como Nessie y Champ, seres, sin duda, de carácter paralelo, hiperdimensional y manifiestamente parafísico.

> Los parasimios […] han demostrado ser invulnerables a las balas […]. La doble naturaleza física y parafísica de estas criaturas ha sido comprobada al paso de los años.

Si estos bichos son invulnerables no veo cómo podemos cazarlos… Tampoco me explico cómo me atrevo a llevaros la contraria si la invulnerabilidad está «demostrada» y la parafísica «comprobada». Atención a esta noticia:

> Hallan en Bosnia el cadáver de una extraña criatura […]. «Es una criatura extraña, intermedia entre los anfibios y los mamíferos», declaró uno de los veterinarios.

No sé en qué facultad estudió el equipo veterinario que analizó bicho tan raro, porque las criaturas entre los anfibios y los mamíferos son reptiles, si no falla la teoría de la evolución…

He aquí otra perla:

> Un alto funcionario del gobierno de los EE UU […] declaró: «Como oficial de alto rango de la Fuerza Aérea, puedo afirmar sin ninguna duda que los Gremlins existen realmente» […]. Afirmó que ha conseguido grabar la voz de uno de estos entes.

¿Gremlins? ¿Se refiere a los traviesos peluches de la película de ese título? Pero… ¿en manos de quién están los ejércitos? ¿Podemos dormir realmente tranquilos?

> En el sur de Texas, la gente observa cuidadosamente los cielos en busca de Big Bird, o gran pájaro, criatura voladora que aterrorizó el área en 1976. «Este pájaro tiene el hábito de perseguir a la gente», dijo Guadalupe Cantú, testigo ocular. «Éste es un pájaro nocturno, pero… a partir de las 11 en punto, todo el mundo es presa».

Que semejante pájaro es de carácter *paranormal* está fuera de toda duda, porque no es muy normal que un pájaro lleve reloj para saber cuándo son exactamente las 11 en punto. Como tampoco es normal, o al menos a mí no me lo parece, que nos visiten seres venidos de otras galaxias. Ya sé, ya, que para ti los ovnis son tan cotidianos como los autobuses urbanos, pero puedes imaginarte la estrechez de mi mente… ¡Cuántas veces habéis hablado de la muy probable relación entre los críptidos y los ovnis! Decís que es posible que vengan (y se vayan, después de hacer la puñeta) a bordo de naves extraterrestres:

> «Pienso que tal vez este pájaro persigue las vacas y les entierra el pico para tomar muestras y después se va arriba donde hay un OVNI», dijo. «Está tan bien hecho que nadie se da cuenta que es un robot, pero yo no sé».
>
> La zona alrededor de Sao Gozalo do Amarante y Paraipaba es, posiblemente, una de las que presenta mayor número de apariciones de humanoides asociados a OVNIs en todo el mundo. Los casos documentados por expertos se cuentan por docenas.

Y es que unos ojos tan aterradores como los suyos no pueden ser de este planeta… Qué digo planeta, ¡ni siquiera de nuestra galaxia!

Duendes siembran el pánico en Argentina. […] El pasado 5 de julio la policía argentina tomó la determinación de clausurar sus dependencias en Banda de Varela […] después de que un funcionario declarase haber visto a una criatura salida del infierno […]. «¿Qué quiere?». Preguntó el agente, petrificado por el miedo. «He venido a por ti en nombre de Satán» […]. «Era una persona; no sé si era un hombre. Tenía los ojos rojos, muy rojos».

Un extraño personaje armado con grandes garras estaba atemorizando a los aldeanos […]. Un ser de aspecto simiesco, cuyos ojos despedían luces brillantes.

Una extraña bestia de color negro carbón que atacaba al ganado […]. Se destacan unos brillantes ojos verdes.

Un grupo de niños argentinos aseguró haber visto al Diablito, una criatura de unos 60 cm de alto y extrañas orejas, […] con ojos brillantes.

Los ovnis dan para mucho. Como son tan *enigmáticos* pueden venir de donde se les pase por… de donde se les antoje, vamos. Unos vienen de otros planetas, como el famoso Raticulín; otros de un universo paralelo, que está todavía más lejos. Los hay que surgen, a través del corazón del Triángulo de las Bermudas, del interior de la Tierra, que como todo el mundo sabe está hueca por obra y gracia de una inteligencia extraterrestre (o de los supervivientes de la Atlántida, ahora no recuerdo bien). Los hay, en fin, que vienen de otra época. Vamos, que son máquinas del tiempo: la mejor explicación para que el monstruo del lago Ness sea un plesiosauro, el mokele-mbembe sea un saurópodo, o el yeti sea un hombre de Neandertal. Todos ellos extinguidos tiempo atrás… Pero no son los únicos viajeros en el tiempo:

En el mismo continente africano los nativos hablan del Olumaina o Muru-Ngu, también llamado «león de las aguas». Su principal característica son unos enormes colmillos que le confieren el aspecto de los prehistóricos tigres de diente de sable, como los macairodontes que vivieron hace medio millón de años.

El Mapinguari, un posible superviviente de los grandes perezosos gigantes de Sudamérica.

El enigma de la posible supervivencia de paquidermos desconocidos se prolonga hasta Siberia, donde diversos registros históricos hablan de la presencia de unos elefantes peludos con grandes colmillos. ¿Se trata de mamuts?

> «La otra teoría que estoy siguiendo con mi libro es un poco más extrema», dijo el zoólogo criptógrafo. «Esto es la posibilidad de que sea un pterosaurio vivo».

Sí, claro, y también hay la posibilidad de que alguien haya confundido a un criptozoólogo con un zoólogo que escribe mensajes cifrados… Y hablando de mensajes cifrados, herramientas propias del mundo de los agentes secretos, ¿adivinas por qué actúa el chupacabras sólo en granjas de hispanos? Porque son agentes del FBI dedicados a luchar contra ellos, supongo que hasta el exterminio:

> El gobierno estadounidense está implicado en las actividades de estas criaturas […]. «Esta bestia atormenta a los granjeros y rancheros hispanos, por lo que no debieran preocuparse aquellos que tienen otra ascendencia cultural».

Aunque respecto al chupacabras no puede descartarse la hipótesis ovni:

> Llegaron a la conclusión de que [el chupacabras] no era una especie conocida, por lo que adujeron que posiblemente se tratara de un ente biológico de origen alienígena.
>
> En el lugar del posible asentamiento del ovni, las huellas del Chupacabras se multiplicaban […]. Estas criaturas producen una extraña energía, que hace reaccionar de manera sorprendente a los seres humanos.

Incluso puede tratarse de un diabólico mutante:

> Es conocido que en la isla [Puerto Rico] se han realizado experimentos en extremo secreto, como fue probar la píldora anticonceptiva en nuestras mujeres para los años 50, y el agente naranja en El Yunque en los 60’s. Aunque muy difícil de probar, esto nos llevaría a pensar que tal vez un experimento genético realizado en nuestro suelo, se tornó fuera de control y los supuestos «conejillos de indias» escaparon hacia las áreas silvestres convirtiéndose más adelante en nuestro conocido chupador de sangre.

Finalmente, cabe la terrible posibilidad de que algunos críptidos provengan —tiemblo con sólo pensarlo— ¡de nosotros mismos! Ay, si Freud pudiera psicoanalizaros:

Los relatos de animales que en realidad son hombres no responden a la fantasía, sino que aluden a la expresión de una energía que nos conecta con nuestro animal interior.

10
Dignos de todo crédito

En estos últimos meses no me ha quedado más remedio que leer todo aquello que he encontrado sobre el fabuloso (nunca mejor dicho) mundo de la criptozoología. De vuestros artículos, una de las cosas que más me ha llamado la atención —además de ese estilo vuestro tan barroco con el que tratáis de acrecentar la sensación de *misterio* — es que la principal prueba sobre la que sustentáis que yetis, Nessies, chupacabras y demás criptofauna son seres reales es la existencia de *testimonios*. El resto de pruebas —es decir, fotografías, filmaciones, leyendas locales, pelitos, etc.— son decisivas, faltaría más; es evidente que superan sin esfuerzo el filtro del «escepticismo» del que hacéis gala… Pero advierto que utilizáis los testimonios como la prueba definitiva.

Y eso que, para curaros en salud, reconocéis que existen los falsos testimonios. Además de mentiras, para las que no es difícil encontrar explicación, soléis admitir que en ocasiones los testigos pueden estar equivocados. Pero añadís que esos casos son sólo una fracción mínima, incluso insignificante, del total. La mayoría de los testimonios nos «revelan» la verdad. En todo el mundo, son muchísimas las personas que afirman haber visto críptidos; de lo que se deduce, necesariamente, sin duda, que esos críptidos existen…

Argumentáis que, al fin y al cabo, la mayoría de los testigos son capaces de hilvanar su relato con todo lujo de detalles, sin que tengan motivo alguno para el engaño. Por otro lado, entre los miles de testigos de estos bichos —y de tantas otras «realidades» negadas por la ciencia, como los ovnis o los fantasmas— encontramos a gente de todo tipo, desde niños a ancianos, hombres y mujeres, universitarios y campesinos analfabetos, nativos de selvas tropicales y científicos…

Sin embargo, mal que te pese, para la ciencia los testimonios tienen un valor probatorio nulo. Lo mismo da que alguien jure que Mothman le susurró al oído un desastre inminente, que otro sonría a la cámara diciéndonos (casi siempre desde otro continente, no vayamos a conocerlo) cómo consiguió su abdomen de tableta de chocolate ingiriendo durante un mes una pildorita diaria. Esto no tiene nada que ver con la ciencia. Mientras no sea posible comprobar la veracidad de un testimonio, ese testimonio no sirve para nada. Y a fecha de hoy, ni tan siquiera uno de los miles de testimonios recogidos en todo el mundo durante muchos años —¡ni uno solo!— ha podido ser verificado.

En el cerebro

En la génesis de la criptozoología encontramos enfermedades que afectan al aspecto y comportamiento de las personas: la ictiosis y el cretinismo tras las leyendas de hombres peces y hombres reptiles, o la hipertricosis y el síndrome de Ambras tras el mito del hombre lobo.

Éstas constituyen una parte de la creencia en los críptidos. Pero otra buena parte de la pretendida existencia de estos bichos podemos encontrarla en la psicología; en muchos casos, tras los críptidos se esconden trastornos psicológicos.

En *www.homowebensis.com* puedes encontrar el archivo «Psicología de los fenómenos paranormales», escrito por Ramón Ordiales, donde expone brevemente una lista de trastornos que pueden explicar los testimonios de las personas que afirman haber vivido fenómenos inexplicables o contradictorios para la ciencia, es decir, *paranormales*, entre los que podemos incluir los relacionados con la criptozoología. En primer lugar aparecen dos trastornos muy graves, la esquizofrenia y la paranoia, especialmente proclives a los fenómenos *paranormales*.

Además de ellos, y en refuerzo de lo que te he comentado ya más arriba, existen alteraciones de la memoria como la amnesia psicógena, la fuga psicógena, el *déjà vu*, la criptomnesia, la confabulación y la pseudología fantástica. Otras alteraciones afectan a la percepción: traslaciones de la calidad de las sensaciones, extrañeza perceptiva, percepción cambiada del tiempo, ilusiones afectivas, imágenes eidéticas y alucinaciones, que pueden estar causadas por drogas como LSD o mescalina, el *delirium tremens* relacionado con el alcoholismo, el envenenamiento por cornezuelo, la privación sensorial prolongada…

Hay que tener en cuenta, además, que existen alucinaciones bastante frecuentes en personas sanas, que aparecen principalmente al acostarse y levantarse y que pueden provocar estados de pánico. Por cierto, dentro de las alucinaciones las hay de diversos tipos, además de las más conocidas (visuales y auditivas): hipnagógicas, hipnopómpicas, autoscopia… Otro grupo de alteraciones lo constituyen los delirios: de posesión, percepción, ocurrencia, interpretación, de recuerdos… Finalmente, las alteraciones del yo: desdoblamiento, invasión del espacio interior por un yo extraño, disociación y heautoscopia. Ahí es nada.

Juraría haber visto…

La mayoría de las personas, no obstante, estamos libres de estos trastornos, lo que no constituye una garantía frente a los errores. En muchas ocasiones estamos seguros de haber visto u oído (nuestras principales fuentes de información de lo que nos rodea son la vista y el oído) algo que en realidad no era como nos había parecido. Las causas son muy variadas.

Es evidente que nuestro cerebro es manipulable, y tú lo sabes mejor que nadie. Nuestros deseos, miedos y esperanzas son muy capaces de distorsionar la realidad.

En muchas ocasiones, antes de que el cerebro pueda hacerse una idea de lo que hay ahí fuera, ya lo ha interpretado de manera que se ajuste a lo que queremos (o tememos) ver, eliminando al mismo tiempo aquello que no nos interesa. Desde el siglo XIX se estudia la percepción humana, y hace tiempo que los psicólogos lo tienen muy claro: lo que vemos no es una representación exacta de la realidad. La percepción es selectiva, como demuestra perfectamente un estudio en el que el 40% de un grupo de voluntarios a los que se les hizo ver una breve grabación de un partido de baloncesto no vio a una persona disfrazada de gorila que se colocaba unos segundos entre los jugadores golpeándose el pecho.

Además, la percepción es muy influenciable. En general, y así lo demuestran muchos estudios, las distancias lejanas nos parecen más lejanas; y los objetos grandes, mayores. Esto explica que, pongamos por caso, el lomo de un pez de buen tamaño que asoma distante en un lago o un ancho río, y lejos de referencias visuales, se transforme en Nessie o en el mokele-mbembe. Ya hemos visto cómo muchos testimonios que hablan de monstruos lacustres, en los que posiblemente no haya ni pizca de mala fe en el testigo, pueden explicarse perfectamente mediante fenómenos naturales como troncos, acumulaciones de restos orgánicos en putrefacción o familias de nutrias que nadan en formación. Si no estás de acuerdo, tampoco lo estarás, desde luego, en que gigantescos ovnis triangulares vistos en el crepúsculo eran, simplemente, bandadas de gansos volando en la clásica formación en V con los vientres aún iluminados por el Sol. La mala visibilidad, combinada con una ilusión óptica, puede hacernos ver cualquier cosa.

Más aún, nuestro cerebro tiende a ver algo donde no lo hay. Todos hemos jugado alguna vez a ver figuras en las nubes. Sin necesidad de esforzarnos mucho, en seguida vemos cosas en ellas. Sobre todo, caras. A la menor ocasión, unas manchas inconexas se transforman en ojos, boca, orejas… ¿Recuerdas cuando, al poco tiempo del brutal atentado contra el World Trade Center, publicasteis en prácticamente todas vuestras revistas y *webs* unas fotografías en las que se veía *perfectamente* el rostro del demonio entre el humo y el polvo que surgía del derrumbe de una de las torres? ¿Cuántas veces te has hecho eco de extraños fenómenos en los que Jesucristo o la Virgen María se nos muestran en una mancha de humedad o en media manzana oscurecida tras unos días en el frigorífico? ¿Mensajes del más allá?

Pareidolia, más bien. Así se conoce este fenómeno que nos hace ver lo que no hay: sobre todo, rostros. Porque el ser humano está capacitado por su naturaleza para reconocer y distinguir rostros. Todos los rostros siguen un patrón muy similar, pero somos capaces de reconocer millones de ellos. También los troncos de los pinos, por ejemplo, siguen un patrón muy similar pero nuestro cerebro no les hace el mismo caso. Según los psicólogos, nuestra capacidad para reconocer rostros conlleva ese «defecto»: que nos hace verlos donde no están. Los recién nacidos, sin ir más lejos, prefieren estímulos visuales que recuerden, aunque sea muy vagamente, a una cara humana, como un simple círculo con dos puntos como ojos y una raya como boca.

Seguramente ya lo sabes, pero la cosa da mucho juego en el mundo de los fenómenos paranormales… Por cierto, ¿por qué cualquier rostro con aspecto de barbudo es el de Jesucristo? Y si lo que nos parece ver es el rostro de una joven, ¿por qué la Virgen? (los budistas, ¿ven a Buda?). Y una cara deforme, ¿por qué es un espíritu atormentado? Estas ilusiones no son cosa de broma. Se calcula que en 1996 más de medio millón de devotos se acercaron maravillados a reverenciar una aparición de la Virgen María en unos cristales sucios de un edificio de Florida. Rostros. Aunque para rostro, el tuyo…

Cuánto juego le dio al difunto «doctor» Jiménez del Oso la fotografía tomada por la *Viking I* en 1976, en la que se veía una gigantesca cara inexpresiva mirando a las estrellas en la superficie de Marte… Desde el principio afirmó que la humanidad disponía ya de la prueba definitiva de la existencia de seres extraterrestres inteligentes. Una poderosísima civilización, quizá extinguida, había sido capaz de crear en el planeta vecino una gigantesca cara tal vez con la intención —¡quién sabe! — de que en el futuro la encontráramos nosotros. Aventuraba que era quizá la misma civilización que había hecho escala en el terrestre desierto de Nazca para dibujar los «evidentes» campos de aterrizaje ovni… Voces sensatas, como la de Carl Sagan, sostuvieron que lo que parecía una cara era el resultado de la erosión y una azarosa combinación de luces y sombras. En 1998, la *Mars Global Surveyor* volvió a captar una imagen del lugar, ahora con mucha más resolución y una iluminación diferente. La cara no se veía ya: en su lugar había una colina, la misma colina que está allí desde hace muchos siglos.

La pareidolia o un fenómeno similar puede afectar también al sentido del oído. En la actualidad hay un programa de televisión más digno que la media, *El hormiguero*, de Pablo Motos (tiene una sección espectacular en la que se divulgan curiosidades de física y química), en que se juega a encontrar frases graciosas, en castellano, en canciones en inglés. ¡Y aparecen a patadas! Por ejemplo, en una canción de Electric Light Orchestra titulada *Hold on tight* se puede oír «en tu huerto no hay tomates». En la famosísima *Hotel California*, de los Eagles, se oye la expresión «un chinito pecando». No se libra ni la música clásica. Sin ir más lejos, en *El Mesías* de Haendel el coro entona «pues sí saben joder los enfermos»… Lo malo es que, una vez te convencen de ello, es muy difícil no oír esas expresiones que, en realidad, no existen. La pareidolia auditiva, si así la podemos llamar, es la causa de que muchas mentes bienpensantes hayan encontrado mensajes satánicos al escuchar discos de *heavy metal* al revés. Qué rebuscado es ver el mal por todas partes…

Mira el péndulo fijamente

La escasa fiabilidad de la percepción crece conforme el suceso se aleja en el tiempo. La memoria es flaca, y eso es algo que conviene no olvidar cuando se trata de obtener

información de los testigos.

Elisabeth Loftus es, probablemente, quien mejor conoce el tema de los testigos oculares y, por tanto, el de los recuerdos. Ha publicado varios libros en los que concluye que hay que conceder muy poca fiabilidad a los testimonios oculares, lo que es de vital importancia, sobre todo, en el ámbito judicial. En su estudio ha recopilado numerosos casos de errores en los testimonios y ella misma ha provocado, con una facilidad pasmosa, recuerdos completamente falsos.

Las ruedas de reconocimiento con el objetivo de encontrar al culpable de un delito, en las que el sospechoso se coloca entre otras personas, al otro lado del espejo, para poder ser reconocido por el testigo, han deparado notables sorpresas. En muchas ocasiones, han sido señaladas personas que nada tenían que ver con el delito en cuestión. Así lo relataba, en una carta abierta al famoso escéptico James Randi, un estudiante que solía colaborar con la policía formando parte de ruedas de reconocimiento:

> Imagínese mi sorpresa y preocupación cuando en dos ocasiones distintas me señalaron a mí como el culpable. Una vez, también identificaron a mi amigo Ken, y aunque no puedo afirmar con toda seguridad que él no era la elección correcta, ¡sé con seguridad que yo no lo era! […]. En uno de los casos en que me eligieron mal, quien se equivocó estaba muy, muy convencido de que tenía razón, y añadió que nunca podría olvidar mi cara.

Este joven se lamentaba en su carta, y no sin razón, de que muy probablemente personas inocentes han podido ser condenadas por errores similares.

Loftus señala en sus trabajos que tanto la percepción como los recuerdos se ven influenciados negativamente en situaciones de estrés; en ese estado, esperable en quien cree estar viviendo una situación incomprensible, la capacidad de apreciar y recordar detalles queda disminuida.

Además, la memoria es frágil y constructiva, como ha demostrado experimentalmente. Es posible inducir falsos recuerdos mediante técnicas de sugestión. De hecho, una de cada cuatro personas es especialmente sugestionable, de manera que podemos modificar la memoria de una manera tan sencilla como proporcionando información incorrecta después de ocurrido el suceso; especialmente si se utiliza la hipnosis, estado de conciencia en que la respuesta a la sugestión es máxima. (Hay que señalar que sus trabajos han conducido a Elisabeth Loftus a ser públicamente amenazada por personas que creen haber sufrido abusos sexuales en su infancia tras haberse sometido a «terapias» pseudocientíficas de hipnosis regresiva, en lo que forma parte de una oscura historia de manipulación causante de que muchas familias hayan terminado destrozadas).

Esta investigadora señala que, desde luego, no es necesario recurrir a la hipnosis para distorsionar la memoria del testigo ocular. El entrevistador (¡qué te voy a

contar!) puede manejar muy bien los hilos con sus preguntas. Por ejemplo, Loftus hizo ver a dos grupos de voluntarios una película en la que se había filmado un accidente de tráfico. Preguntó al primer grupo: «¿Ha visto usted *un* granero?», y obtuvo un 2,7% de respuestas afirmativas. Preguntó al otro grupo: «¿Ha visto usted *el* granero?». La sutil diferencia hizo que los síes aumentaran hasta el 17,3%, una diferencia altamente significativa. Por cierto, en la película no aparecía ningún granero.

Y eso que todo giraba en torno a situaciones nada *paranormales* ni *enigmáticas*, sino muy cotidianas, por desgracia. Igualito, igualito, que cuando entrevistas a alguien que ha visto fugazmente un ave abandonando una carroña y le preguntas algo así como: «¿Está seguro de haber visto al extraño ser de ojos luminosos salir volando a toda velocidad?». La cosa gana mucho si añades un abonado previo del terreno, soltando en diversos medios que «recientemente se están multiplicando los informes», que «las autoridades quieren quitar importancia, pero…». Cuando, finalmente, presentas la noticia bajo el titular «¿Chupacabras o extraterrestre?», negando cualquier otra explicación, puedes anotarte el tanto.

Elemental, mi querido *sir* Arthur

Hay que tener muy en cuenta la siguiente máxima: *Sólo ve fantasmas quien cree en fantasmas*. Es muy adecuada en casos de «realidades» enigmáticas como los fantasmas, desde luego, pero también se puede aplicar a quien ve al chupacabras, a Nessie o al bigfoot, o a quien adivina una nave extraterrestre donde hay una nube lenticular, o a quien oye la tétrica voz de un espíritu errante en una cinta puesta a grabar en los sótanos abandonados de un viejo edificio. Queda claro que las ganas de creer realimentan la creencia en fenómenos inexistentes, de manera que la mente consigue manipularse a sí misma. Al final, un tronco flotando en el lago Ness, entrevisto en la niebla por un escéptico, es muy probable que se quede en lo que es, un simple tronco o, en todo caso, en un «no he visto bien qué era». El mismo tronco, visto por quien desea fervientemente ver con sus propios ojos al *monstruo*, tiene todos los boletos para dejar de ser un tronco flotante y transformarse, como por arte de magia, en Nessie.

Quien quiere creer es muy probable que, si las circunstancias son las adecuadas, termine poniendo a disposición del público un testimonio totalmente convincente sobre un críptido; tan convincente porque él mismo está seguro de que realmente lo ha visto. También es posible que no se le presente la ocasión de «ver» al bicho en el que cree. No importa. En este caso, es un candidato perfecto a creer el «verídico» testimonio de quien sí ha tenido la suerte de vivir en sus carnes el encuentro con ese ser venido de otra dimensión. Basta con querer creer. Y aunque los testimonios no tengan valor probatorio, resultan creíbles porque muchas personas quieren creerlos.

Un ejemplo revelador de las enormes posibilidades brindadas por unas buenas ganas de creer es el conocido caso de *sir* Arthur Conan Doyle y las hadas. No sé si recordarás que este señor fue el creador del literario Sherlock Holmes, el famoso detective capaz de resolver cualquier crimen analizando, siempre racionalmente, las pruebas dejadas por el criminal.

Sin embargo, Doyle no era tan racional como su personaje; más bien, todo lo contrario. Por ejemplo, creía firmemente en el espiritismo y se convirtió en uno de sus principales propagandistas. Los últimos años de su vida los dedicó a luchar sin descanso contra la razón y la ciencia, lo que suele ocultarse piadosamente en sus biografías.

Su candidez se reveló al máximo en la historia de las hadas. En 1920, llegó a sus oídos que alguien había tomado unas fotografías en las que aparecían gnomos y hadas. Se enteró de que las autoras de las instantáneas eran unas niñas de «buena familia, incapaces de mentir», y finalmente se hizo con unas copias de dos de las fotografías. En la primera aparecía una de las niñas, Frances, de 10 años, acompañada de cuatro hadas, tres de ellas con alas y la cuarta tocando la flauta. La foto había sido tomada por su prima Elsie, de 16 años, quien aparecía en la otra fotografía, realizada por Frances, sentada con un gnomo. Desde el principio, Arthur se mostró entusiasmado, seguro de que las fotos fueron tomadas por dos niñas inocentes, hijas de comerciantes, que no tenían ninguna posibilidad de hacer trucos fotográficos.

Algún tiempo después de la toma de las fotografías, mientras se hallaba en Australia, Doyle escribió a un amigo pidiéndole que convenciera a las niñas de que trataran de tomar más fotos. Dicho y hecho: en pocos días, las niñas se presentaron con tres nuevas instantáneas, lo que le llevó a un estado cercano al trance.

En 1922 escribió *The coming of the fairies (La llegada de las hadas).* En este libro, Doyle sostenía que las hadas pertenecen a una población que puede ser tan numerosa como la de la raza humana, separada de nosotros sólo por cierta diferencia de vibraciones (esto es bueno: ¡criptozoología de vanguardia!). Afirmaba también que, con mayores conocimientos y unos medios de visión más avanzados, estas personillas —hadas y gnomos— estaban destinadas a convertirse en algo tan sólido y real como los esquimales.

Lo más patético del caso es que las fotos estaban manipuladas, claro está, y además de una manera sumamente burda. Las hadas y los gnomos eran recortes de figuras publicadas en libros infantiles. Explicación tan simple no convenció a Doyle, quien siguió manteniendo que la fotos eran auténticas (otros creyentes en las hadas aceptaron que las figuras eran idénticas a las láminas de dichos libros pero que en las fotografías aparecían las «proyecciones mentales» inconscientes de las hadas que las niñas habían visto, tiempo atrás, en el papel; Doyle ni siquiera aceptó esta alternativa). Nuestro hombre murió sin dar el brazo a torcer.

Testimonios

En resumen: mentiras por afán de notoriedad, trastornos psicológicos, enfermedades desfiguradoras, bromas juveniles, ilusiones ópticas, pareidolia, creencias personales, recuerdos erróneos, percepción alterada por el estrés, influencia del entrevistador, ganas de ver aquello en lo que creemos. Testimonios. Sin duda, dignos de todo crédito.

11
¿Cripto… zoología?

La zoología es una disciplina científica cuyo objeto es el estudio de los animales desde puntos de vista muy diferentes. Uno de sus cometidos es catalogar las nuevas especies que se descubren, lo que sucede continuamente. Sólo por esto podríamos concluir que la criptozoología no tiene sentido. Tú no estás de acuerdo: según tú, la criptozoología es el estudio *objetivo* de los animales que únicamente son conocidos por indicios considerados insuficientes por la ciencia *oficial* (las cursivas son mías). Para ti, el problema radica en que el trabajo que realizan los zoólogos no es suficientemente bueno.

Los zoólogos tienen algunas rarezas, es cierto: informan del hallazgo de una nueva especie (lo que es, por supuesto, una cuestión de prestigio) sólo cuando presentan a la comunidad científica un holotipo. Ah, que no has oído hablar nunca de ello… Un holotipo es un ejemplar depositado en un organismo competente, como un museo de ciencias naturales o una universidad, a disposición de los interesados. Desde hace unos años, el holotipo debe superar un análisis de ADN. Además, el descubrimiento debe ser publicado en una revista científica con sistema de arbitraje. Sólo si se cumplen todos esos requisitos se acepta la existencia de la nueva especie, que se incluye en un género integrado en una familia… En fin, que se la clasifica según las normas de la taxonomía y la sistemática.

¿Cuál es el proceder de los criptozoólogos? Estos señores oyen hablar de un extraño animal, dan por hecho que existe y publican en una revista de tres al cuarto o en sus propios libros la descripción de dicho animal. En muchas ocasiones la descripción es tan poco precisa que no puede determinarse bien si el bicho en cuestión es reptil, ave o mamífero. O ya puestos, si es de este planeta. O de este universo…

Científicos *de mente estrecha*

Dices que el problema es que la ciencia es incapaz de aceptar realidades sorprendentes; que es inmovilista, y que quien osa tirar en dirección contraria es perseguido inquisitorialmente por los científicos «de mente estrecha», convirtiéndose en un nuevo Galileo.

La mayor parte de las veces, quien propone una teoría «revolucionaria» no es un Galileo sino un charlatán. Proponer una «genialidad», y que ésta no sea aceptada, significa, casi con total seguridad, que se trata de una estupidez o simplemente de un

fraude (¡cuántas «terapias» criminales habéis apadrinado en vuestra cruzada contra la medicina «oficial»!). Y digo *casi* porque, muy de tarde en tarde, surgen auténticas ideas revolucionarias capaces de poner patas arriba disciplinas enteras, que generan inicialmente el rechazo pero que, más pronto que tarde, terminan imponiéndose, como sucedió con la teoría de la relatividad de Einstein, por poner un ejemplo clásico, que se aceptó porque se comprobó que era correcta.

En cuanto a que la ciencia es incapaz de aceptar realidades *sorprendentes,* no sé qué decirte. Es la ciencia la que ha averiguado que giramos en torno a una de los miles de millones de estrellas que hay en nuestra galaxia, y que ésta es una más entre miles de millones de galaxias. Que el tiempo comenzó a contar hace más de 13.000 millones de años. Que la vida apareció en nuestro planeta hace unos 4000 millones de años. Que todos los seres vivos somos el resultado de acumulaciones sucesivas de variaciones sobre aquellos primeros organismos microscópicos. Que el código de la vida está escrito en un lenguaje químico de cuatro letras que, además, ha sido descifrado. Que a mucha profundidad bajo nuestros pies la temperatura supera la de la superficie del Sol. Que el calor interno de la Tierra genera lentas pero implacables corrientes de convección que rompen los continentes, los arrastran y los hacen chocar entre sí. Que la materia está formada por partículas más pequeñas de lo que la mente puede imaginar. Que estas partículas se relacionan entre sí poniendo en juego fuerzas y energías colosales… ¿No te parecen realidades *sorprendentes*?

La ciencia también ha encontrado realidades *sorprendentes* en el reino animal, y por supuesto que las acepta. Te presento unos pocos ejemplos. Un gusano marino llamado *Riftia* no tiene aparato digestivo; casi todo su cuerpo está ocupado por el trofosoma, un órgano cuyas células están repletas de bacterias quimiosintéticas, capaces de producir materia orgánica (el alimento del gusano) utilizando la energía liberada por la oxidación del sulfuro de hidrógeno expulsado por las fumarolas submarinas. Los cnidarios tienen una reproducción basada en la alternancia de generaciones: las medusas se reproducen sexualmente, más o menos como los humanos, pero sus hijos los pólipos, que viven fijos al sustrato, lo hacen asexualmente, a partir de yemas que se desprenden y se desarrollan como medusas. El murciélago emite ultrasonidos y detecta su reflexión en los obstáculos (y en los insectos voladores, su alimento) de forma similar a los sistemas de sónar. Las cubomedusas están dotadas de ojos bien formados, capacitados para formar imágenes, pero carecen de un sistema nervioso que las recoja e interprete. El pequeño escarabajo bombardero dispara hasta veinte veces seguidas y a medio metro de distancia, con mortífera puntería, una mezcla de líquidos que alcanza los 100 °C. Segundos después de que el mero de Florida macho ha regado de semen los huevecillos recién puestos por la hembra, se transforma en hembra mientras aquélla hace lo contrario, convirtiéndose en macho (lo que incluye cambios en sus coloraciones), para comenzar el cortejo de nuevo, cada uno con su nueva identidad sexual. El ornitorrinco es un mamífero con un curioso pico que recuerda al de un

pato, tiene un aguijón venenoso en cada pata trasera y la hembra pone huevos y secreta la leche por unas glándulas mamarias sin pezones, lo que obliga a las crías a tomarla a lametones (cuando llegó a Europa el primer ejemplar, disecado, se creyó que se trataba de una broma; el doctor Shaw, del Museo de Historia Natural de Londres, trató, tijeras en mano, de descoser el pico).

Sin embargo, el representante más sorprendente del mundo animal es el único capaz de interrogarse sobre sí mismo y de hallar, más o menos atinadamente, respuestas a sus preguntas. El que ha aprendido a guardar con celo los conocimientos que trabajosamente ha ido adquiriendo, generación tras generación, a base de codificarlos mediante la escritura. El que fabrica herramientas que sirven para fabricar herramientas más complejas. El que ha sido capaz de obtener en su beneficio energía en cantidades mucho mayores que las que le brindan los alimentos. El que, contrariando su biología, ha alcanzado las fosas marinas más profundas y ha hollado un mundo que no es la Tierra. El que trata de divulgar conocimientos y el que divulga cuentos chinos. El ser humano.

El ratoncito Pérez

¿Por qué tan enigmático animal no forma parte de los desvelos de los criptozoólogos? ¿Por qué no le habéis dedicado ni una línea, ni un segundo de vuestro tiempo en radio y televisión? ¿Por qué no lo habéis nombrado en ninguna conferencia, en ninguna mesa redonda, en ningún debate?

Al fin y al cabo, el simpático ratoncito Pérez cumple todos los requisitos para ser considerado un críptido. Por ejemplo, forma parte de la tradición oral española. Son muchísimos los nativos, los aborígenes de este rincón de Europa, que han transmitido las antiguas revelaciones de sus ancestros, de generación en generación, sobre las andanzas nocturnas del famoso ratón, lo que sin duda constituye una sólida prueba en favor de su existencia. En otras culturas tan antiguas como la nuestra existen críptidos similares, que conforman, sin duda, junto a nuestro ratoncito, una gran familia extendida por todo el globo. Leyendas sobre misteriosos seres ávidos de dientes de leche los encontramos en culturas tan alejadas como la británica o la australiana; leyendas que, como todas, tienen su base de verdad.

Es evidente que, en algunas ocasiones, hay fraudes tras el supuesto roedor, y no nos debe temblar el pulso a la hora de denunciarlo: algunos padres desalmados, aprovechando la oscuridad de la noche, han engañado a sus inocentes hijos llevándose el tierno dientecito depositado bajo la almohada dejando en su lugar una moneda o una baratija. Todos conocemos testimonios de padres que han asumido el engaño. Sin embargo, existen cientos, qué digo cientos, miles de casos en los que no se ha podido relacionar el misterioso fenómeno con la actuación de tramposos progenitores.

Por otro lado, de todos es sabido que los niños, junto con los integrantes del colectivo de borrachos, siempre dicen la verdad. Pues bien, hay documentada gran cantidad de testimonios relativos al avistamiento del enigmático ratón desde hace muchas generaciones de niños y por todos los rincones de nuestra geografía. Además, y al igual que sucede con otros críptidos más «mediáticos», las descripciones que podemos obtener de él a partir de los diversos testimonios son harto variadas, tanto en lo tocante a su tamaño como a su coloración y otros detalles de su anatomía. De hecho, habría que preguntarse si realmente se trata de un representante del amplio grupo de los roedores: quizá sea un reptil y «lagarto Pérez» sea un nombre más adecuado.

No debemos rechazar la posibilidad de que Pérez no sea de este planeta. Tal vez se trate de un ser extraterrestre proveniente de un lugar cuya fuente de energía se obtiene de la dentina infantil. O puede que venga de una dimensión que no está en este universo sino en otro paralelo —o perpendicular— al nuestro. Eso explicaría que pueda acceder a nuestros hogares sin abrir puertas ni ventanas. Debería también considerarse la alternativa de que se trate de una proyección mental que se materializa frente al sorprendido testigo…

Como ves, las mismas pruebas que apoyan la existencia de Nessie, el yeti o el chupacabras.

Ockham, el de la navaja

Como hemos visto, para intentar aparentar credibilidad echáis mano de trucos, como el consabido de reconocer la existencia de fraudes y montajes periodísticos, que afeas de manera hipócrita. Así queréis dar a entender que donde no se puede demostrar la trampa es porque no la hay. Podrías aplicarte la máxima que reza *ausencia de prueba no constituye prueba de ausencia*, que tanto te gusta retorcer en tu propio beneficio.

Otro truco es no hacer distingos entre lo racional y lo irracional, como en el reportaje que explica que el llamado hombre culebra padecía ictiosis, pero a la vez presenta «auténticos» hombres lobo; o cuando se pone al mismo nivel el bigfoot y una nueva subespecie de elefante pigmeo malayo.

De lo que deduzco que vives en un mundo poblado por unicornios, gigantescas polillas extraterrestres, dinosaurios juguetones, hadas, gremlins, sirenas, centauros, seres que nos visitan desde dimensiones ocultas… Deberías hacértelo mirar.

O, simplemente, echar mano de la navaja de Ockham, un principio filosófico muy útil propuesto por Guillermo de Ockham allá por el siglo XIV. En resumen viene a decir que la explicación más simple es la más probable. Para que lo entiendas, ahí va un ejemplo. Un día llegas a casa, pulsas el botón del ascensor y éste no se digna aparecer por muchos minutos que lo esperes. Es posible que no venga porque los átomos que lo componen se hayan trasladado por trillones de agujeros de gusano que

conectan con otra dimensión espaciotemporal, para reaparecer en otro lugar del universo y en un tiempo distinto del presente. También es posible que alguno de los fusibles del motor eléctrico del ascensor se haya visto afectado por una subida de tensión. Son dos explicaciones para un mismo caso, pero no son igual de probables. Supongo que me entiendes, ¿no? En tus libros, en tus conferencias, en tus artículos, en tus programas, blandes la navaja de Ockham sujetándola por el filo: la mejor explicación es la más inverosímil.

Siguiendo con la filosofía, ahí va otra buena frase, ésta de David Hume: *Afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias*. Vamos, que si un amigo me dice que el sábado se fue al cine con su primo de Palencia no tengo motivo de duda. Pero si me dice que fue Angelina Jolie quien le acompañó, no me basta con una foto de ambos cogidos del brazo ¡Ya sabemos que existe el Photoshop! ¿Lo captas?

¡Vaya timo!

Los académicos de la Real Academia Española levantaron ampollas entre vosotros cuando, en la 22ª edición de su *Diccionario* incluyeron el término *ufología* con la siguiente acepción: *simulacro de investigación científica basado en la creencia de que objetos voladores no identificados son naves espaciales de procedencia extraterrestre*. Cuando escribo estas líneas todavía no ha salido a la luz la 23ª edición, pero darían en el clavo si incorporaran la criptozoología indicando que es también es *simulacro de investigación* y una *creencia*.

La criptozoología no es investigación y no se centra en la realidad. Y no lances el golpe bajo de exigirme que demuestre la «no existencia» del yeti, Mothman o lo que sea: sabes bien que es imposible demostrar que algo no existe. Es de sentido común aceptar que quien propone una hipótesis está obligado a demostrarla. Así que ponte a ello. Y presenta pruebas de verdad. Hasta entonces, aplícate la exigencia de James Randi a todo aquél que afirma poseer capacidades paranormales: «Hágalo… o cállese».

En la introducción dejé claro mi convencimiento de que no crees en lo que dices. A lo largo de todo el libro, como acordamos, he prescindido de él. Permíteme que, ahora que vamos acabando, vuelva a tenerlo presente. Asumo que con la divulgación de «bobadas» te ganas la vida. Pero, por si sirve de algo, me gustaría que tuvieras en cuenta la respuesta de Randi al editorial del *Washington Star* referido a los esfuerzos del CSICOP, organización empeñada en luchar contra los fraudes irracionales de los que vives. He aquí un fragmento de dicho editorial:

> No hay nada más gracioso que la aplicación errónea de una disciplina rigurosa a tareas desproporcionadamente triviales. Es exagerar las cosas hasta el límite.

> Equivale a matar un mosquito con una maza; a ametrallar mariposas […]. ¿Dónde está su sentido del humor?

Y he aquí la respuesta de Randi:

> No sé quién escribió eso, pero […] nunca vio los rostros enloquecidos de padres cuyos hijos eran atrapados en algún culto estúpido que prometía milagros. Nunca tuvo que enfrentarse con un hombre que había perdido sus ahorros para poder eliminar un hechizo maligno. Nunca sujetó durante una sesión a oscuras la mano de una mujer que esperaba que su ser querido regresara tal como había prometido un estafador […]. ¿Ametrallar mariposas? […] Vaya a excavar la tumba de alguno de los 950 cadáveres que hay en Guayana y grítele a la cara que el reverendo Jim Jones no era peligroso. ¿Qué sucedió con su «sentido del humor»?

Un último consejo: dejad en paz a los niños. En vuestro afán por expandir el negocio no estáis teniendo reparos en salpicar con vuestra porquería pseudointelectual el mundo infantil. En uno de los últimos números de la revista sobre animales de compañía *Pelopicopata*, dirigida a los más pequeños, aparece una entrevista con un tal Gustavo Sánchez Romero, criptozoólogo, autor del libro *Monstruos acuáticos: desde el lago Ness hasta el Okanangan*. En sus respuestas, el señor Sánchez hace una buena apología de la irracionalidad. Seguid con vuestro trabajo pero, si os queda un poco de decencia, alejaos de los niños, que lo vuestro tampoco tiene ninguna gracia.

Para leer más

Chordá, Carlos, *Ciencia para Nicolás*, Laetoli, Pamplona, 2005. Libro con el que pretendo, utilizando un lenguaje al alcance de todos, dar a conocer que la ciencia es el único método que tenemos para conocer la realidad del mundo físico, y que sus fundamentos son mucho más sencillos de lo que habitualmente se piensa.

Dixon, Dougal, *Después del hombre. Una zoología del futuro*, Blume, Barcelona, 1982. Dixon se plantea cómo podrían llegar a ser los animales dentro de 50 millones de años, sometidos a la inexorable evolución biológica. Partiendo del hecho de que es totalmente imposible acertar, supone un catálogo faunístico mucho más apasionante que el de la criptozoología.

Dröscher, Vitus B., *Cómo sobreviven los animales. Asombrosos recursos de la creación*, Planeta, Barcelona, 1988. El autor, etólogo y brillante divulgador científico, presenta una serie de asombrosos recursos que permiten la existencia de muy diferentes especies animales.

Page, Michael y Robert Ingpen, *Enciclopedia de las cosas que nunca existieron*, Anaya, Madrid, 1986. Delicioso libro, magníficamente ilustrado, que despliega un apasionante muestrario de seres fantásticos. El título lo dice todo.

Sagan, Carl, *El mundo y sus demonios*, Planeta, Barcelona, 1999. Si existe una Biblia que nos revela en qué consiste el pensamiento lógico y racional es este libro del genial astrónomo y divulgador.

Revistas

El escéptico. Revista para el fomento de la razón y la ciencia editada por ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico.

Natura. Buenos reportajes divulgativos sobre zoología y naturaleza.

Pensar. Revista latinoamericana para la ciencia y la razón, publicada en español por el Comittee for the Scientific Investigation of Claims of the Paranormal.

Quercus. Sobre el estudio y conservación de la naturaleza en general y de la fauna en particular.

Webs

http://www.arp-sapc.org
http://www.blogs.elcorreodigital.com/magonia
http://www.charlatanes.blogspot.com
http://www.circuloesceptico.org
http://www.homowebensis.com